

EL IDEAL

DE

UNA ESPOSA

por

V I C E N T E G R E Z



SANTIAGO
IMPRENTE CERVANTES

CALLE DE LA BANDERA, 73

—
1887

EL IDEAL

OBRAS DEL MISMO AUTOR

HISTORIA I BIOGRAFÍA

LAS MUJERES DE LA INDEPENDENCIA

LA VIDA SANTIAGUINA

EL COMBATE HOMÉRICO

ANTONIO SMITH

POESÍAS

RÁFAGAS

NOVELAS

EMILIA REYNALS

LA DOTE DE UNA JÓVEN

MARIANITA



EL IDEAL DE UNA ESPOSA

PRIMERA PARTE

I

Faustina era hija única de un antiguo abogado, el señor L. B., que después de hacer en el foro un brillante papel, se retiró con alguna fortuna i mucha honra, enfermo, cansado i, mas que todo, escéptico, con ese esceptismo poco amable i tolerante que comunica a los demás su tristeza i sus brumas. Había enviudado cuando Faustina solo tenía ocho años, i no había contraído nuevas nupcias porque su corazón estaba lleno con el

amor de su hija. La amaba, mas que eso, la adoraba, como que era la sola alegría que llenaba de luz i de sonrisas su hogar sombrío i solitario.

La jóven creció al lado de este hombre frío, pero de un fondo tierno i benévolo, recibiendo una educacion excepcional en nuestro mundo femenino. A los quince años era ya una mujer instruida i de carácter firme, decidido i valiente, capaz de desafiar impávida las mas grandes pruebas de la vida. Nadie se imaginaba lo que habia en el fondo de esa jóven dulce i apasionada, de seductoras i casi lijeras exterioridades, caprichosa i acostumbrada a ser obedecida, como que desde su infancia gobernaba una casa en la que no imperaba mas lei que la de sus órdenes, i en la que un lijero fruncimiento de sus cejas hacia inclinar todas las frentes, así como una sonrisa suya iluminaba toda la mansion.

A esa edad, la vida de la jóven era, sin embargo, mui triste. Viviendo al lado de un hombre casi sin relaciones, que no frecuentaba otra sociedad que la de algunas personas tan graves como él, jueces en ejercicio de sus funciones, senadores o ex-ministros de estado, que le visitaban jeneralmente los domingos en la tarde, o de noche, sin que la velada pasara jamas de las diez, principiaba a sentir la pesadumbre de esa existencia conventual. Ella veia pasar, los domingos, desde

la puerta de calle o las ventanas del salon, los elegantes carruajes que conducian a los paseos damas i niñas encantadoras, vestidas a la última moda, sentadas al lado o al frente de jóvenes que no la disgustaban, i sufría entónces toda la tristeza de su soledad. Había otra vida mas expansiva que ella desconocía por completo i que le estaba vedada. En esos instantes sentía en el corazón un vacío inmenso, i sus miradas se fijaban en los alegres coches, hasta que su pensamiento se desvanecía con el ir i venir de las rápidas marchas. Sonaba la campanilla de todos los días que la llamaba a la mesa; comía sin apetito, i su tristeza se acrecentaba a la vista del gran comedor silencioso i vacío, en que no veía jamás otras fisonomías que la de su padre i Rosalía, especie de mayordoma o de aya, que se sentaba a su lado, grave i severa como una dueña de casa.

La comida era rápida, las fuentes apenas eran tocadas; toda esa jente sóbria vivía con muy poco. Algunas veces, Faustina daba con su padre un paseo hijiénico; pero esto no era frecuente. Jamás concurría al teatro o a las tertulias; rarísima vez a una visita; jeneralmente frecuentaba la casa de sus tías, en la que se encontraba con jente vieja i beata que solo conversaba de las funciones de iglesia o de las molestias que sufrían con la mala servidumbre. La jóven prefería la iglesia a estas

desagradables visitas en que su juventud se envejecia i en que se le pintaba el mundo con los mas siniestros colores, un mundo sin sol i sin amor, en que solo vivia el pecado i la muerte. El sombrío horizonte de la vida de Faustina se oscurecia mas en estas visitas lúgubres en que se agitaban palpitantes algunos restos del misticismo colonial.

Solo en esos paseos de la calle podia ensancharse su corazon, cuando su belleza estraña despertaba la admiracion de los transeuntes. Muchas veces escuchó a su paso un dulce murmullo, i la exclamacion "¡Qué bella!" llegó a menudo hasta sus oidos. Entónces su instinto de mujer la hacia erguirse altiva; pero la frase seguia vibrando en su interior con timbre armonioso i simpático.

Una noche, en una de sus visitas a casa de sus tías, se encontró con una sociedad distinta: una señora viuda, acompañada de su hijo, un jóven de veintitres a veinticuatro años, recientemente instalados en la casa contigua, i que habian ido a pagar una visita de vecindad.

La señora, a pesar de sus cuarenta años, era bastante hermosa; tenia esa belleza fina i correcta, esa palidez limpia i suave que da a las personas un tinte de aristocrática distincion. El jóven poseia las mismas líneas delicadas i correctas de su madre; pero en sus labios delgados i desdeñosos

vagaba una sonrisa irónica, algo como una burla constante, que contrastaba con la inmovilidad de todas aquellas caras sin espresion que Faustina estaba acostumbrada a ver siempre a su alrededor.

Al principio no agradó a Faustina la baja estatura del jóven i su espresion maliciosa i socarrona; pero eran tan cultas sus maneras i tan dulce el timbre metálico de su voz, que terminó por fijarse en él con verdadero interes. Entónces descubrió muchas cosas que no habia notado al principio: que sus ojos eran hermosos; que vestia con elegancia; i que sus cabellos echados hácia atras, con un poco de desórden, le daban un aire despreocupado que le sentaba mui bien. Notó igualmente que, cuando la miraba, su aire insolente tornábase tímido, quedando sumerjido en un silencioso asombro. Esto gustó a Faustina, pues comprendió que habia impresionado al jóven.

En efecto, le habia impresionado: su belleza rara i casi fantástica habia producido en Enrique algo como un arrobamiento. Todo contribuia en ese instante a hacer mas notable la hermosura de Faustina: la sala poco alumbrada, los muebles antiguos i cubiertos con ese tinte oscuro de los años, hasta las mujeres graves i místicas que la rodeaban hacian que la jóven resplandeciera en medio de esas sombras, como algunas creaciones

llenas de colorido i de luz que los pintores destacan de sus fondos sombríos.

La conversacion, a pesar de ser mas animada que de costumbre, versaba sobre el eterno tema de los defectos de nuestra servidumbre.

— Hai en casa —decia doña Trinidad, una de las tías de Faustina — una sirvienta de mano que come mas que todas nosotras juntas. ¡Ah! ¡es horroroso! Todo lo que sobra de la mesa, que es mucho, porque se llevan las fuentes casi intactas, se lo come ella. La misma cocinera se admira. — «¡Qué estómago! dice; si esta mujer no se llena jamas!» ¿Creerá usted que no deja nada para las gallinas? I usted se imajinará que la Juana es una mujer gorda; pues al contrario, es flaca; yo no sé lo que se le hace la comida.

— Pero tiene sus méritos — interrumpia otra de las tías — la Juana es una muchacha mui devota; aun cuando llueva o truene, ella va a misa todos los dias.

— Sí, en verdad, la Juana tiene muchas cosas buenas — agregaba doña Trinidad — i lo mejor en ella es que se viste como le corresponde. ¿Ha visto usted nada mas indecente que esas *chinas* que pretenden imitar a las señoras? Algunas se hacen tambien crespos sobre la frente . . . Lo que me admira es que sus patronas las toleren. ¡Oh!

a mí me da fiebre cuando veo una de esas indias remilgadas.

La mamá de Enrique sonreía al escuchar este diálogo; i, como persona bien educada, refería también sus chascarrillos sobre el mismo inagotable asunto, con el solo propósito de parecer amable ante las dueñas de casa.

El jóven, silencioso, no tomaba parte en la conversacion.

— ¡ ¿qué piensa usted de nuestra servidumbre? — le preguntó doña Trinidad. — ¿No podrá el gobierno dictar un reglamento sobre el particular? Esto va de mal en peor; ya no se encuentra una sirvienta buena.

— Pienso — dijo él — que entre nosotros es mui conveniente que la servidumbre sea mala.

— ¿Por qué? — preguntó admirada doña Trinidad.

— Porque si fuera buena, las señoras no tendrían de qué conversar en las visitas.

La mamá de Enrique se mordió los labios; las tías quedaron silenciosas i mohinas; el señor B. miró sonriendo al jóven; pero Faustina experimentó un placer intenso: habría aplaudido i hasta felicitado al que tan bien interpretaba sus sentimientos.

Sin saber por qué fué esa noche mui agradable

para Faustina: le pareció como que había estado en un espectáculo; encontró hermosísima a la madre de Enrique; creyó ver a su padre mas alegre i comunicativo, i hasta las momias de sus tías, que siempre la fastidaban, le dejaron buena impresion. Durmió bien i soñó por primera vez: soñó que se encontraba en la misma tertulia, rodeada de los mismos personajes, sin exceptuar a nadie, ni aun a Enrique. . .

Trascurrieron muchos dias sin que el señor B. llevara a su hija a casa de sus hermanas; Faustina tenia verdadera impaciencia por volver, creyendo encontrar otra vez la agradable compañía de aquella noche de recuerdos. Al fin, un domingo, despues de comer, se dirijieron a la casa; pero la vieja mansion habíase sumerjido nuevamente en su antiguo tedio; no existian en ella sino sus moradores de siempre.

Faustina esperiméntó una vaga tristeza al encontrarse sola; permaneció mucho rato silenciosa, i solo despues de vencer sus vacilaciones, preguntó por la dama que había conocido en su última visita.

Al oír esta pregunta, el señor B. miró a su hija con estrañeza.

Doña Trinidad contestó haciendo elojios de Hortensia: era una mujer encantadora i virtuosa; se había hecho mui su amiga por la circunstancia

de que ambas tenían el mismo confesor. Se visitaban casi diariamente.

Faustina se retiró esa noche disgustada i bostezando. ¿Experimentaba los primeros síntomas de esa enfermedad del alma, mezcla de languidez i de tristeza que ataca a las mujeres cuando el corazón está desierto? Es verdad que ella amaba a su padre, que tenía por él un amor que era casi un culto; pero a su edad esto no la satisfacía. Las inquietudes de lo desconocido o de lo que ya se entrevé principiaban a asaltarla.





II

Las visitas de Faustina a casa de sus tías se hicieron mui frecuentes. Admirábase ella de que fuera su padre quien ahora la invitara, cuando poco ántes se resistia a llevarla, diciendo con su espresion de supremo hastío:

—¿Qué vamos a hacer allá?

Pero en este último mes los hábitos de vida del señor B. habian experimentado un notable cambio. Salia de noche con mucha frecuencia, dejando a la pobre jóven en la aburridora compañía de Rosalía que la referia, para entretenerla, historietas i cuentos estravagantes de duendes, de magos, de jigantes, de hadas i de amoríos inverosímiles, imaginándose que Faustina era siempre la niña crédula i cándida que en otros tiempos se adormecia al murmullo de antiguas baladas.

Faustina habia notado tambien en su padre

cierto contento, algo desconocido i hermoso que le trasformaba, como si una de esas hechiceras de los cuentos de Rosalía le hubiera tocado con su pincel májico, cubriéndole de un barniz de juventud. Se habia hecho recortar los cabellos i su larga barba; vestia su mejor ropa, i, por primera vez, despues de muchos años, se quejó del poco cuidado que la lavandera ponía en sus camisas. Una mañana le oyó tararear una cancion; pero lo que la llenó de asombro fué ver llegar de la sastrería dos trajes nuevos. La tarde de ese dia, la jóven sorprendió a su padre retorciéndose los bigotes frente al espejo de su tocador. Sin saber por qué, Faustina comenzó a alarmarse de tan súbita trasformacion, sintiendo un misterioso desasosiego, como si algo desagradable la amenazara.

Despues de comer, el señor B. dijo a su hija:

— Arréglate; vamos a ir donde tus tías.

Pero la admiracion de Faustina creció todavia cuando supo que su padre nó solo visitaba a sus hermanas las veces que a ella la llevaba sino que iba casi todas las noches. Sin saber lo que habia en el fondo de esta historia, no pudo ménos de sonreír de tan súbita ternura.

No hacia mucho rato que el señor B. i su hija calentaban los viejos sillones de la sala de doña Trinidad, cuando Enrique se presentó.

Saludó con desenvoltura i, al parecer, con mucha confianza al caballero i estrechó la mano de Faustina con una espresion indefinible de ternurá i de timidez.

Algo como una inundacion de rubor i de alegría experimentó la jóven en ese instante. Su mano suave i tibia palpitó en la de Enrique. ¿Por qué se estremecía? Lo ignoraba; pero en verdad que ella esperaba con impaciencia este encuentro.

Enrique hizo presente que su madre estaba indispuesta, que no vendria esa noche i que les esperaba en su casa a tomar el té.

El señor B. no se hizo repetir la invitacion, i, acompañado de doña Trinidad, que era la mas jóven de sus hermanas, de Faustina i de Enrique, se dirijió a la casa vecina.

Faustina sintió una sensacion de agrado al penetrar en el salon de Hortensia, adornado con muebles modernos, de colores vivos, en que la seda, los dorados i los espejos arrojaban como un resplandor de oro, que la luz del gas avivaba con sus destellos.

Hortensia estaba sentada en una poltrona, cerca de la mesa de centro, sobre la que se veía un pequeño costurero. De sus faldas caía un abrigo de pieles, envolviéndola en una nube gris, suave i reluciente.

Al ver a sus convidados, Hortensia intentó levantarse de su asiento, pero el señor B. se lo impidió con galantería.

Desde las primeras palabras que se pronunciaron, Faustina comprendió que su padre había estado otras veces en esa casa.

La aparición de Faustina alegró mucho a Hortensia: la atrajo hácia sí con ternura, como si las uniera una antigua amistad, pasó su brazo al redor de su cintura i la acarició como a una hija.

Enrique sonreía satisfecho; miraba a Faustina con ménos timidez, insinuándose con tanta delicadeza, que la jóven se entregó confiada a la dulce caricia de aquella voz suave, que tenia a veces la armonía de una frase musical.

El señor B. parecía completamente feliz; su sombrío aspecto había rejuvenecido, como esos paisajes de otoño, opacos i lúgubres, que el sol alegra i colora. Conversaba íntimamente con Hortensia, hablaba a Enrique como a un amigo a quien se quiere, i sonreía a Faustina con amor, como si quisiera enlazar con un cariño único todos aquellos corazones.

Esa noche, las horas se deslizaron fugaces para Faustina, i cuando llegó el momento de partir, sintió abandonar tan pronto la amena i deliciosa compañía de aquella sala resplandeciente en que su corazón gozaba de un bienestar completo. Si

esa noche se le hubiera dicho:— "No volverás mas aquí" — ella habria sufrido mucho.

Cuando doña Trinidad entró en su casa, sus dos hermanas velaban todavia, a pesar de ser mas de las once. Una de ellas reemplazaba por otros nuevos los usados galones i lentejuelas de una casulla; la otra preparaba un purgante de magnesia en agua de rosa, que iba a tomar a la mañana siguiente:

— ¡Bien! — dijo doña Jesus, la que componía la casulla — ¿qué has sacado en limpio? ¿está ya resuelta la cuestion? ¿era como yo decía?

— No sé qué decirte — contestó doña Trinidad — estoi desorientada i no quiero emitir juicios temerarios.

— ¡Bah! ¡en toda una noche no has podido descubrir la verdad!

— ¡Si lo que se me ocurre es mui grande!

— Dilo no mas.

— Me parece que tendremos dos matrimonios: el de nuestro querido hermano, que ha sacado los piés del plato, i el de nuestra encantadora sobrina, que le imita perfectamente.

— ¡Oh! ¡eso no puede ser!

— Es lo que me parece, i ya sabes que no me engaño. ¿Te acuerdas cuando te anuncié el casamiento de Isolina? I eso que no la vi con su novio mas que una sola vez, i por la calle.

—Si lo que dices fuera cierto, sería un escándalo.

—Escándalo no; desde que se casan . . .

—Sí, pero el padre i la hija, con la madre i el hijo. Es un escándalo! I no se puede, no se puede; no lo permite la iglesia.

—Te engañas, es permitido. ¿Quieres que te cite muchos ejemplos? La Isidora B. se casó con Arturo U., hijo de su padrastro. No hai en esto nada que sea contrario a los cánones. Es cuestion de dispensa i nada mas.

—Así será, niña —dijo doña Jesus, que jamas se daba por vencida—pero lo que es yo no lo acepto.

I doña Trinidad tenia razon; sus datos eran exactísimos. Con ese disimulo de beata, que todo lo observa indiferente, habia penetrado con facilidad los secretos de la reunion. Es cierto que nadie se ocultaba, que aquel doble i naciente amor no tenia por qué recelar i se manifestaba sencillo i natural, como es siempre el verdadero.

El señor B. habia sido sorprendido en su retiro por la varita de los encantos de Hortensia. Él, tan serio i tan frío, habia experimentado una conmocion violenta al ver a esa mujer linda i grave que llevaba con una gracia anjelical el negro traje de su viudez. Se sintió atraido por una poderosa simpatía hácia esa mujer cuyo corazon esta-

ba huérfano como el suyo. Al principio casi se avergonzó de amar a su edad i en su alta posicion de hombre político i de ex-juez; pero las deliciosas emociones que esta pasion hacia nacer en su alma, el renacimiento juvenil que experimentaba, le sedujeron, i se dejó arrastrar dulcemente, se dejó vencer sin resistir.

Hízose entónces mui buenos argumentos para dar a su pasion un carácter de conveniencia doméstica. A su edad necesitaba de una compañera, no tanto por él como por Faustina; él podia pasarlo solo ¡pero su hija! . . . ¡Ah! ¡su pobre hija a quien habia sacrificado, sometiéndola en su infancia al lado de un viejo excéntrico i de una sirvienta! Esto no podia durar eternamente. Habia que colocar a Faustina en cierta posicion; su deber era preocuparse de su porvenir, por medio de un enlace ventajoso, i esto no podia obtenerse sino abriendo su salon a la buena sociedad; i un salon que no preside mujer hermosa i culta es como un proscenio sin actrices; un salon sin una mujer de verdadero mérito, pronto se llena de todos esos parásitos de la fortuna, de la casualidad o de la suerte que visten bien i nada mas; de esos politiquillos que dicen en la cámara vulgaridades aprendidas de memoria, i que a la noche se presentan en un corrillo estirando la mano con indolencia, así como soñolientos i fastidiados, por-

que para ellos la vida no tiene seducciones ni secretos i el mundo ya no da nada de sí. El señor B. se horrorizaba al imaginarse rodeado de esta invasion. ¡Oh! el necesitaba a Hortensia para su dicha i para la de su hija.

Decidido a dar el gran paso, el señor B. se propuso hablar a Hortensia de su proyecto. Por la noche fué resuelto a hacer su declaracion, i aun cuando tuvo muchas oportunidades, una timidez infantil le detenia. No habia sido él un Lovelace, i en los momentos en que su corazon, lleno de los efluvios de su amor, parecia querer estallar, dominábanle temores juveniles que no sabia vencer. Pensó entónces en escribir, i así lo hizo.

Hortensia leyó la carta con sorpresa: dudosa ella durante algun tiempo sobre los sentimientos del señor B., habia llegado a atribuirles un carácter de pura amistad. Pensó despues que proyectaba el enlace de su hija con Enrique, i esta alianza de familia que la halagaba i veia casi resuelta, en vista de la actitud amorosa de los dos jóvenes, la hizo considerar al señor B. como a una persona de la casa i aceptarle en su intimidad. Pero se habia engañado; los proyectos eran mui diferentes.

Por un momento su vanidad de mujer se sintió satisfecha, pues nunca está demas una conquista; pero esta impresion fugaz se desvaneció ante el

recuerdo de su hijo. ¡Qué diría él! I Hortensia se ruborizó, pareciéndole que veía dibujarse en los finos labios de Enrique la burlona sonrisa que le arrancaba este enlace ridículo.

A la noche siguiente, cuando el señor B. se presentó acompañado de Faustina, recibióles con su amabilidad de siempre, aunque se notaba cierto azoramiento en sus maneras. No hubo nada de confidencial en esta visita, ni era posible que ella decidiera tan grave asunto en el término de veinticuatro horas. El hecho de que el señor B. se presentara acompañado de su hija manifestaba también que no esperaba tan pronto una respuesta; pero tres noches después se presentó solo, i como Hortensia lo estuviera también, él tomó bríos, i al estrechar su mano la retuvo suavemente entre las suyas, diciéndole:

— He esperado la respuesta de usted. A los condenados a muerte no se les tiene en capilla por más de tres días ¡i eso es demasiado!

Ella inclinó la cabeza i retiró su mano.

Él insistió suavemente.

— He prometido a alguien que ya no existe permanecer siempre viuda — dijo.

— Cuando las promesas no son razonables — replicó él — no hai el deber de cumplirlas.

— Lo he jurado también — agregó con tono semiserio — i además, no puedo olvidar que tengo

un hijo que es ya un hombre, i al que no agrada ver a su madre casada otra vez.

El señor B. tomó esta declaración, que era mas bien una confidencia, como una táctica mujeril, como uno de esos excitantes que emplean las mujeres de mundo para impacientar i enardecer a los que las aman.

Aceptó su desgracia con una tranquilidad que era casi resignación, creyendo que así desarmaba a su adversario. Se hizo el indiferente i el frío.

Por su parte, Hortensia continuó siendo siempre amable.

Después de algunas semanas, el señor B. emprendió de nuevo su ataque.

Era una tarde de primavera. Hortensia estaba sentada en el sofá de junco que habia hecho colocar bajo el corredor del segundo patio, desde donde gozaba de la vista completa del jardín, en cuyo centro se ostentaba una pequeña fuente de bronce. Los árboles, que no habian sido podados ese año, estendian sus ramas confundiendo los unos con los otros el variado color verde de sus hojas; las hiedras i las enredaderas, cubiertas de flores, tapizaban las murallas trepándose sobre los tejados, exuberantes i curiosas. El follaje era tan espeso que solo permitia ver algunos pedazos del cielo azul. Reinaba allí una dulce claridad

tibia i discreta, como la de una alcoba cuyos cortinajes están caídos.

Faustina i Enrique se paseaban en el fondo de este hermoso jardin, entretenidos en examinar las flores i arrancar las hojas secas i marchitas, demostrando, sin saberlo, esa hostilidad innata de la juventud a todo lo que es vejez.

El señor B. experimentaba cierta voluptuosidad al ver a Hortensia con su sencillo traje de casa, con su bata cubierta de encajes i sus cabellos anudados sobre la nuca, que dejaban descubierto por completo su blanco cuello. Un poco excitado tambien por el olor de las flores, sintió renacer con fuerza su pasion. Se acercó a Hortensia, i con voz conmovida i casi suplicante, le dijo:

—¡I bien! ¿todavía insiste usted? Esto ¿no tendrá fin jamas?

—¡Oh! nó, no es posible — dijo ella con dulzura — lo he reflexionado mucho. . .

I mirando al jardin, donde se paseaba Enrique con Faustina, agregó:

— Eso está bueno para ellos. Que ellos se amen. El porvenir es de la juventud. Nosotros. . . nosotros ya no tenemos papel en la comedia del amor.

El señor B. miró al jardin i vió a Enrique i su hija tomados del brazo, felices en su juventud i en su ilusion, circundados de esa aureola que pa-

rece flotar como una luz propia al rededor de los que se aman.

Bajo aquella verde i movable techumbre, los dos enamorados creian tal vez encontrarse en un salon, un poco a cubierto de la contemplacion indiscreta de los demas.

Entónces, de una sola mirada, todo lo comprendió el señor B.

El hombre experimentado, el hombre de mundo, embelesado en su propia pasion, no habia visto lo que pasaba a su alrededor durante tanto tiempo. Buscando para sí la dicha, habia dado a otros lo que él no habia podido alcanzar. Por fortuna, la que obtenia el beneficio era su hija.



III

Lo que el señor B. no habia notado, lo habia visto Hortensia desde el primer día. ¿Puede el amor pasar cerca de una mujer sin que ella lo sienta? ¡Imposible! Hortensia habia gozado viendo esta pasion desde su primera chispa; sentia cierta embriaguez voluptuosa cuando espiaba los menores movimientos de Enrique i de Faustina. ¡Cómo las mejillas se teñian de rosa i los ojos relampagueaban de dicha; cómo al estrecharse las manos se chocaban las miradas; cómo parecia pasar el alma del uno a la de la otro, cómo se asimilaban las ideas mas altas i los gustos mas frívolos! ¡Oh! i Hortensia no necesitaba de mucha perspicacia para observar cuánto hai de sublime en ese misterioso mundo del amor.

Cuando el señor B. conoció el amor de los dos jóvenes experimentó una impresion de temor i de

disgusto. ¡Cómo! Faustina podía permitirse... sin que él lo supiera... ¿Le convenia acaso el partido que se le presentaba i que ella parecia haber aceptado resueltamente? Ese jóven, que él apenas habia tratado ¿era digno de su hija? Un sentimiento mas profundo i egoista que su propia pasion se alzó en su pecho, debilitando i casi estinguendo el amor que sentia por Hortensia. Quedóse silencioso i preocupado durante algunos instantes; pero luego la reflexion fué desvaneciendo sus temores. En verdad, no habia nada de grave en el asunto. Enrique parecia un jóven de mucho mérito, i su posicion i fortuna no eran en nada inferiores a las de Faustina. Es cierto que ella era demasiado jóven i podia esperar otro enlace mas ventajoso, pero ¡i si ya se amaban! Si Hortensia proyectaba este matrimonio ¿podia él contrariarla? De ninguna manera; no tendria una razon séria que dar, a no ser ese empecinado *no quiero* de los viejos egoistas e imbéciles que sacrifican la felicidad de sus hijos a una preocupacion o un capricho; i él, hombre ilustrado i de mundo, no pertenecia a esa ralea.

A medida que el señor B. se tranquilizaba por este lado, renacian sus temores respecto a su propia pasion; principiaba a invadirle el amargo convencimiento de que no era amado por Hortensia, i alzábase en su espíritu algo como el perfil de

una máscara burlesca que le señalaba el contraste de amar él, a los cincuenta i nueve años, al mismo tiempo que su hija a los diecisiete. ¡Qué ridículo no caería sobre su nombre si esto se supiera! Estaba en competencia con Faustina! I la implacable máscara sonriente persistía en señalarle como un objeto digno de la burla social. Todo esto molestaba al señor B., pero no le hacía desistir de sus propósitos.

Pensó entónces que la salvacion de su decoro estaba en anticiparse a su hija. Casándose él ántes que ella, todo el mundo encontraría natural este segundo enlace. Pero Hortensia ¿se decidiría al fin? I la resistencia de esta mujer tomaba ya a sus ojos un carácter odioso que ofendía a su amor propio.

Un suceso, cuya realizacion no esperaba tan pronto, vino a contrariarle en su reciente propósito. Enrique solicitó de él la mano de Faustina, El señor B. contestó lo que la mayor parte de los padres, esto es, que consultaría a su hija. Enrique no pudo ménos de sonreír, pues conocía mejor que nadie la inutilidad de esta consulta.

Las pretensiones del jóven fueron inmediatamente transmitidas a Faustina.

— I tú ¿qué le has contestado? — preguntó la hermosa niña llena de ansiedad.

— Que te consultaría...

Una sonrisa mui semejante a la de Enrique se dibujó en los labios de la jóven.

— Pero ¿cuál es tu deseo? . . .

— El tuyo— contestó el señor B., dejándose arrastrar por la seductora influencia de Faustina.

— ¡Yo no quiero!— dijo ella, posando con dulzura su mano acariciadora sobre el hombro de su padre.

— ¡Cómo! ¡Rehusas! ¿Me habia yo entónces engañado?

— ¡Ah!— exclamó alegremente la pícara— ¿lo sabias? ¡Pues cómo aparentabas tanta indiferencia!

El señor B. sonrió a su vez.

Un goce infinito inundaba su corazon; la dicha de su hija le rejuvenecia i el recuerdo de su esposa, de la bella i tierna madre de Faustina, le conmovia profundamente.

— Veo que te has entristecido con mi negativa— dijo la jóven con su graciosa burla— pues bien ¡acepto!

El señor B., llorando i riendo al mismo tiempo, la estrechaba entre sus brazos.

— ¡Acepto!— repitió Faustina, interrumpiendo el idilio— pero con una condicion: que viviré a tu lado i que no me separaré jamas de ti.

I al decir esto ya no bromeaba ni reia, sino que las lágrimas rodaban por sus mejillas, como el rocío sobre las hojas de las rosas.

Enrique aceptó estas condiciones i, además, la de un plazo de seis meses, pues el señor B. quería poner un poco a prueba su amor. Cerrado este pacto, la casa del señor B. se abrió para Hortensia i su hijo.

El amor de los jóvenes fué creciendo día a día. Podían ahora repetirse a cada momento, i aun estaban autorizados para ello, los temores i júbilos secretos de sus corazones; eran prometidos, iban a atravesar la vida juntos, i, por consiguiente, ya se consideraban dueños el uno del otro. La feliz pareja estaba unida por los lazos de ese matrimonio ideal del primer amor que no destruyen jamás los nuevos afectos de la existencia, ni las más recias tempestades de la desgracia, ni los más grandes goces de la dicha.

El señor B. parecía feliz, i tanto, que no volvió a hablar a Hortensia de su amor. Estaba satisfecho con la felicidad que le rodeaba, con la dicha de los otros. Su casa, alegre i embellecida con el amor, le había curado de esa terrible i absorbente enfermedad del ánimo, que había vuelto a renacer cuando su pasión rechazada lo obligó a reconcentrarse otra vez en su hastío, en su negro i anonadador fastidio. Contentábase con ver a Hortensia entrar segura i tranquila en su casa, preocupada como él de la dicha de los dos novios. Sus pensamientos se unían en este punto, i entónces

ambos se felicitaban interiormente de haber depuesto toda idea personal i egoista en obsequio de ese puro amor que iba a consagrarse para siempre sobre las gradas del blanco altar de los desposados.

El tiempo de los dichosos corre veloz; los seis meses de espera habíanse reducido a uno; los preparativos de las bodas estaban hechos; el gran día se acercaba. Faustina palidecia al pensar en él; pero una inmensa desgracia, la muerte casi repentina de Hortensia, vino a llenar de luto los corazones i a cubrir con un velo fúnebre las flores, las sedas i las gasas acumuladas para la fiesta.

La muerte de Hortensia contribuyó tambien a engrandecer el amor de Faustina; su espíritu tierno i soñador se conmovió profundamente en presencia de ese féretro frío i terrible que encerraba el gran secreto de la vida. Amó mas a Enrique en su desgracia i en su orfandad; se encontró mas sola en el mundo, i se estrechó a su amante, no solo para consolarlo, sino para cobijarse ella misma bajo las alas de aquel amor que la iba a proteger en la adversidad. Creía tener para con él nuevos deberes, puros i santos como los de una madre. La esplosion del dolor habia sido tan inmensa en el jóven, que a veces gritos desesperados, salidos de lo íntimo del pecho, obligaban a Faustina a estrecharle contra su corazon, i fué

entonces cuando la jóven posó por primera vez sus labios sobre la frente i sobre los párpados de Enrique. Este gran consuelo le aliviaba. Confundíase tan completamente con su amor, que los besos tenian a veces el sabor amargo i salado de las lágrimas.

En tres meses se amortiguó el pesar; ya no se lloraba. Los recuerdos dolorosos eran ménos punzantes i mas tardíos, i solo cuando Enrique encontraba alguno de los objetos mas íntimos i queridos de Hortensia, que conservaban todavia el aroma de su vida, algo como la acerada punta de una flecha penetraba en su corazon. Despues, el recuerdo se desvanecia, i los deberes de su nueva vida lo arrojaban otra vez al realismo de su existencia.

A principios de invierno tuvo lugar el matrimonio. Fué una fiesta un poco lúgubre, como que Enrique estaba todavía de luto, i la casa del señor B. no tenia ese fausto mundano i deslumbrador del gusto i la vida modernos. Los novios se ausentaron de Santiago durante una quincena i regresaron a ocupar el departamento arreglado para ellos en casa del señor B., donde vivieron tranquilos i amándose mas cada dia. Antes de un año dió a luz Faustina su primer hijo, que bautizaron con el nombre de Luis, i un año despues una niñita, que murió de pocos dias.

En este tiempo falleció también la hermana mayor del señor B., i éste llevó a vivir a su lado a otras dos hermanas. La casa se hizo entónces estrecha, i como Enrique, que se habia lanzado al comercio, poseia una fortuna considerable, compró la elegante casa en que los encontramos instalados, i donde se desarrollan los sucesos siguientes de esta historia.



cuando salía a las avenidas que circundan la laguna, asumía su actitud seria i preocupada.

El cupé pasó al lado de una fila de carruajes situados al poniente de la laguna, i en seguida se confundió entre otros que iban i venían arrojando de sus brillantes faroles, de sus arneses i cristales, chispeantes reflejos que iluminaban el césped i los árboles del bosque. Era tarde de gran concurrencia, i por todos lados veíanse pasar, semejando el desfile de una inmensa i fantástica galería, bustos de mujeres de todas edades, tomadas de frente o de perfil, con todas las espresiones imaginables, risueñas, pensativas, picarescas, altivas o melancólicas. La jóven, casi desvanecida con el ir i venir de aquella brillante multitud que pasaba i volvía a pasar como las comparsas de una ópera, no contestó al saludo de — ¡Adios, Faustina! — que una amiga le dirigió al pasar desde un descubierta landó.

— Te han saludado, mamá — le dijo el niño — i tú no contestaste.

Ella sonrió, sin apartar su mirada de los paseantes que se deslizaban al lado de su cupé.

— Yo sé a quien buscas — dijo el niño fijando en Faustina sus grandes ojos melancólicos.

— Veamos ¿a quién? — contestó ella con entusiasta curiosidad.

— A mi papá ¿no es cierto?

— ¡Cierto! — exclamó Faustina, con la espresion de una colegiala que juega con su amiguita — i como has adivinado, voi a recompensarte.

El chiquitin cerró sus ojos i ella le besó sobre los suaves párpados i despues sobre sus pálidas mejillas.

— Ya está, ya está — repetia el niño casi sofocado por las caricias de su madre. I como Faustina insistiera, le dijo mas sério: — Déjame, pues; me ahogas; no seas loquilla.

— ¡Soi tan dichosa al verte sano i que paseas!

— Ya no me enfermaré mas, para no aflijirte.

Faustina tomó entre las suyas las manos del niño como si fueran las de un pequeño amante i las llevó a sus labios.

Los carruajes principiaban a retirarse por la avenida que circunda el campo de las maniobras i de las revistas militares, i el cupé de Faustina siguió el rumbo de los demas. Era ya la hora de la comida para toda aquella jente elegante i ociosa.

En ese momento la vista del parque i de toda la inmensa campiña era encantadora: las torres de la ciudad alzábanse por entre el oscuro follaje de los árboles i uno que otro edificio destacaba sus azoteas i pabellones. Hacia el oriente se veia el Santa Lucía solo, aislado, majestuoso como una inmensa pirámide sobre la que se hubiera construido una ciudad fantástica. Los últimos deste-

llos del sol inundaban el valle con una luz rojiza, i sus reflejos llegaban hasta la inmensa cordillera, iluminándola con tintes de aurora. Una especie de blanco polvo de plata principiaba a descender del cielo i se detenía flotando sobre las siluetas i perfiles de la ciudad, como si fuera el sueño de la noche que esperara las sombras para penetrar en las alcobas.

Parecía que la tibieza de la tarde i la belleza del paisaje hubieran esparcido en el cuerpo de Faustina una especie de languidez, de dulce desmayo. Se reclinó en un extremo del cupé i se abandonó muellemente al voluptuoso vaiven del carruaje, miéntras éste se deslizaba sobre el suave pavimento macadamizado; pero cuando penetró por las calles adoquinadas, formando sus ruedas el estruendo de una cascada, la jóven se irguió i volvió a tomar la actitud seria de una mujer elegante.

Al fin, el cupé se detuvo frente a la puerta de uno de esos suntuosos palacetes verdaderamente parisienses que el moderno Santiago ha visto levantarse en todos sus barrios centrales.

La fachada era de un estilo elegante i sencillo: un pórtico majestuoso sostenido por cuatro columnas, formaba el centro del edificio, i a cada costado habia tres grandes ventanas cubiertas de rejas bronceadas. El segundo piso tenia la misma

arquitectura, pero las proporciones eran mas reducidas. Un fino estuco, imitando el mármol, cubria las murallas i envolvia las columnas.

Faustina atravesó lijera el elegante vestíbulo i entró en las primeras habitaciones de la derecha. Una débil claridad de crepúsculo las alumbraba apénas.

Un sirviente salió a su encuentro.

— Enciende el gas — le dijo ella.

Las lámparas descendieron rodando por sus cadenas de bronce, i luego la habitacion se encontró brillantemente iluminada. Una serie de salones se sucedian rivalizando en la profusion de sus lujosos adornos. Todo era flamante, costoso i de buen gusto. Si algo habia que reprochar era tal vez esta misma monotonía de lo nuevo. La vista fatigada, deslumbrada casi por el brillo de tanta sedería, bronce, porcelanas i mármoles, buscaba algun objeto antiguo que admirar, un cuadro o un mueble cualquiera; pero nada, todo era recién adquirido, llegado directamente de Europa, o trasportado de los grandes almacenes de la capital. Se sospechaba que la fortuna que habia dado para tanto tenia un oríjen reciente i rápido.

Faustina atravesó los salones hasta llegar al comedor, cuyos tupidos cortinajes i resplandecientes aparadores le daban la solemne apariencia de un templo.

Una mujer como de cuarenta años, que parecía pertenecer a la servidumbre distinguida de la casa, se ocupaba en colocar flores sobre las repletas fruteras.

Al ver a Faustina se volvió hácia ella, i con espresion i acento casi familiares, le dijo:

—¿Quiere comer ya?

Faustina no contestó.

Quitábase sus guantes con violencia. Notábase en ella cierta ajitacion nerviosa. Bajo la doble sombra de sus pestañas i de su sombrero, sus ojos arrojaban destellos que cegaban.

—¿No ha llegado Enrique?—preguntó esforzándose por dar a su acento la mayor serenidad.

—Nó—contestó secamente Rosalía.

—Pero ¡esto es insoportable!—dijo la jóven estallando—¡hace tres dias que no come en casa!

—A mi papá ya no le gusta la comida de aquí—dijo el niño.—Mira, mamá, pregúntale si quiere que le hagan la comida del club.

—Tienes razon, Luchito—dijo Faustina sonriendo—voí a tomar lecciones del cocinero del club.

—I esta mañana me prometió que se venia a comer—añadió el niño.—“Si no vienes, no como”, le dije; i no como, mamá.

—Si te ha prometido vendrá—dijo Faustina;—esperemos.

— I se quitó su hermoso sombrero que arrojó indiferente sobre el sofá.

Una cabeza rubia, sobre la que arrojaba la luz del gas vívidos destellos, alegró aquella sala un tanto sombría.

Era una mujer encantadora; poseía esa belleza orijinal, i que entre nosotros es bien rara, de los contrastes de colorido. Su tez blanca i ligeramente rosada en las mejillas parecía palidecer ante la nívea blancura de sus dientes, i su magnífica cabellera arrojaba reflejos de oro al fondo de sus ojos oscuros. Su nariz era fina i correcta; sus labios un poco gruesos terminaban en ondas suaves i amorosas; pero lo que poseía de mas bello era su barba, una maravilla de contornos cincelados como los de una obra maestra de escultura. Era de estatura mas que regular i tal vez un poco gruesa; pero la elegancia de su traje a la moda, ceñido al cuerpo, ponía de relieve formas tan graciosas, que lo exuberante de ellas se estimaba como un exceso de belleza. Lo que mas agradaba en Faustina era el timbre dulce i tierno de su voz i sus maneras sencillas i naturales. No habia en ella nada de artificioso o falso: su carácter serio al par que amable, rechazaba todo finjimiento. No podia aparentar lo que no sentía.

— Luchito, que ya tenia seis años, era el vivo retrato de su madre: poseia sus mismos cabellos

rubios i sus grandes i espresivos ojos pardos. Algo de triste, sin embargo, vagaba en esta fisonomía anjélica, i su espresion melancólica parecía acentuarse todavia mas cuando sonreia, pues, entónces dibujábanse junto a sus labios, dos arruguitas formadas por el sufrimiento . . . Esta mezcla de inocencia, de encantos i desventuras despertaba en todos los corazones la simpatía; se le queria con ese amor profundo i compasivo que inspiran los niños enfermizos, cuya vida vacilante se teme ver desaparecer de improviso. Cuando solo tenia dos años una horrible tos convulsiva le mantuvo a las puertas de la muerte, de la que escapó gracias a las mas tiernas atenciones; pero ¡cómo había salvado el pobrecito! con los pulmones casi despedazados; el menor descuido, un cambio de temperamento del que no se ponía a cubierto oportunamente, lo enfermaban de nuevo. Así, viviendo en medio de esta lucha continúa, de este sobresalto de todas las horas, se le habia rodeado de todas las ternuras i cuidados. Luchito era lo que se llama un niño regalon; pero Faustina, tal vez por disculpar su tolerancia, sostenia que solo mui rara vez abusaba él de su situacion de niño idolatrado i consentido; ademas, sus caprichos eran siempre tan amorosos i dulces que era imposible no acceder a ellos. Él amaba a los suyos con toda su alma i exijia que se le pagara con la

misma moneda; sobre todo, no quería que le engañaran jamás.

Esa noche Luchito estaba disgustado i había decidido asumir una actitud séria i enérgica; había sido engañado por Enrique tres veces consecutivas i su corazón se rebelaba contra este abuso de la fuerza.

Faustina, contrariada por la inutilidad de su espera i viendo que el sirviente llegaba a cada momento hasta las puertas del comedor como esperando la orden de servir la comida, exclamó, al fin, levantándose de su asiento:

— Es inútil esperar; trae la sopa.

— Yo no como — dijo el niño.

Faustina se acercó a él sonriendo.

— ¿Entonces yo no soi nada para ti? Solo estás contento al lado de Enrique?

El niño la miró con ternura i con una señal de sus ojos la atrajo a su lado.

— Es necesario — le dijo al oído — para que mi papá no me engañe otra vez.

Faustina suplicó, prometió muchas cosas, — ella que no engañaba, que sabía cumplir.

— Es necesario que tomes, por lo ménos, la sopa i el asado — le decía.

El niño, impasible, meneaba su cabecita, repitiendo:

— Nó, nó, mamá.

— Pero ¿qué quieres? — exclamó Faustina disgustada. — ¿Quieres enfermarte?

— Oye... — contestó él dulcemente.

La rubia cabeza de la madre se acercó a la del niño. Era aquella una escena simpática i conmovedora. Faustina restregaba su sedosa mejilla en la de su hijo. Luchito, arrepentido de lo que iba a decir, quedó silencioso.

— Pero habla — le dijo Faustina.

— ¡Oh! nó, tú no querrias...

— ¡Sí quiero; dímelo!

Entónces, bajando el tono, como quien duda i no se atreve, le dijo:

— Vamos al club, vamos a buscar a mi papá i volvemos a comer con él.

— ¡Qué ocurrencia! — exclamó Faustina riendo contenta a la idea de semejante sorpresa.

El niño alentado con esta alegría, repitió:

— ¡Sí, sí! vamos, vamos!

— ¿Qué quiere? — preguntó Rosalía.

— Quiere que vamos al club, a traer a Enrique.

— ¡Oh! eso seria una locura!

Faustina, que estaba indecisa, pareció decidirse al oír esta observacion.

— ¿Por qué será una locura? — dijo; — al contrario, Enrique se alegraria mucho de la sorpresa.

I recordando sus dias de mujer regalona en que

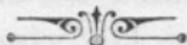
sus caprichos eran leyes, agregó rejuvenecida i sonriente.

— Sí, sí, es una buena idea. ¡Vamos!

Luchito se arrojó de un salto del sofá, palmo-teando alegremente. Sus pálidas mejillas se ha-bian sonrosado.

Faustina, dichosa tambien, dominada por una especie de sobrexitacion singular, dijo a José le trajera un carruaje de posta; corrió despues a su dormitorio, un lindo aposento cuyos muebles i cortinajes celestes parecian como animados ante la sonrisa de la jóven. Cubrióse con un amplio manton, i tomando a Luchito de la mano, le dijo con la alegría de una colejiala que se escapa:

— ¡Vamos, vamos! ¡Qué va a decir Enrique!





II

El carruaje que conducía a Faustina i a su hijo hacía el primer club de Santiago, marchaba rápidamente; el cochero azotaba con crueldad los pobres animales, que hacían esfuerzos inauditos por recorrer la distancia en el menor tiempo posible.

La noche descendía lentamente, las estrellas brillaban en un cielo sin nubes, arrojando destellos cuyos resplandores se perdían en la inmensidad sin llegar a la tierra. Los faroles del gas estaban encendidos. Reinaba en las calles ese silencio misterioso de las primeras horas de la noche, en que la animación i la alegría están reconcentradas en el hogar, al rededor de la mesa de familia. Solo uno que otro paseante, de esos que no comen o comen muy temprano, transitaba por las aceras haciendo resonar sus pasos sobre el asfalto.

Faustina, desorientada, miraba los edificios i no los reconocia; no sabia por qué calles pasaba.

El carruaje penetró en una especie de ancha avenida, i ella, reconociendo el sitio fijó sus miradas en las altas columnas del palacio legislativo i despues en el bronce colosal de la *Desesperacion*, que conmemoraba la espantosa catástrofe de 1863, i que ha sido reemplazado por una *Virjen*, a fin de disculpar la responsabilidad humana con la gran irresponsabilidad divina. La actitud de la estatua, con sus brazos levantados al cielo, la hizo recordar la noche horrible en cuya hoguera pereció la única hermana de su madre, i un lijero estremecimiento de espanto la conmovió.

Las lúgubres ideas que este recuerdo trajo a su espíritu se desvanecieron tan pronto como el carruaje se detuvo frente al gran club. A esa hora el edificio ofrecia un aspecto semi-sombrío: veíanse a traves de los cristales de las altas ventanas los mecheros de gas que alumbraban a medias los salones de conversacion i de lectura, arrojando un opaco resplandor sobre los marcos dorados de los grandes cuadros al óleo, cuyas composiciones aparecian borradas, destacándose solo una que otra cabeza, alguna malla de acero, algun seno turjente cuya carne sonrosada resaltaba de entre el oscuro fondo. Se conocia que esos salones estaban desiertos i que toda la vida

del club se reconcentraba en el interior. Tal vez algún aburrido u ocioso descansaba su pereza tendido en los grandes sillones, con el diario caído a sus pies; pero esto no se veía desde el coche de Faustina.

Algunos carruajes de posta, un gran *break* i dos faetones estaban estacionados en la misma calle, esperando las órdenes de sus dueños o pasajeros.

Faustina asomó la cabeza por la portezuela buscando algún sirviente con quien hacer llamar a Enrique; pero no viendo a nadie, hizo bajar a su cochero.

—Los caballos ¿no se moverán?

—¡Oh, nó! contestó él, seguro del poco brío de sus corceles.

Pero Faustina vacilaba recelosa, hasta que otro cochero se ofreció a tener las riendas.

Pronto volvió el mensajero diciendo que el señor no estaba en el club.

Faustina, disgustada por el fracaso de su aventura, iba a regresar a su casa, cuando el otro cochero se acercó a la jóven diciéndole:

—Señorita, yo sé donde está el señor don Enrique; si quiere la conduzco allá. ¿No es usted de la partida?

La jóven no comprendió el significado de la última frase, i entusiasmada con la idea de encontrar al que buscaba, replicó con viveza.

—¿Sabes tú dónde está?

—En el jardín; en la quinta del Tajamar.

—¿En la quinta del Tajamar?—repitió ella.—
No la conozco. I ¿qué ha ido hacer ahí?

El bribon miró a Faustina fijamente, i una sonrisa llena de malicia vagó por su rostro.

—Habrá ido a hacer algo, pues.

—Pero a estas horas ya no estará; habrá vuelto a comer.

—¡Cómo nó! Va a volver, cuando iba a comer allá...

Faustina notó que su cochero daba al otro disimuladamente con el pié, tratando impaciente de que no continuara hablando i de que se retirara.

Algo que ella no habia sentido nunca oprimió su corazón i subió hasta su garganta. Fué como una ola ardiente que avanzó desgarrándole el alma.

Un instante permaneció inmóvil en su angustia, hasta que un suspiro pareció desvanecer su pesar. Dominóse, i casi tranquila murmuró:

—¡Oh! no es posible... Enrique nó. Será un paseo de amigos, un paseo de locos, de esos que hace siempre cuando regresa trayéndome flores.

I dirijiéndose al cochero le dijo con voz segura:

—Condúceme a casa.

Los caballos, haciendo un nuevo esfuerzo, partieron con gran rapidez.

Pero no habian andado mucho cuando la duda principi6 a mortificar a Faustina; record6 mas de una historia cruel que habia oido referir, mas de un desengaño terrible e inesperado acontecido a sus amigas, i algo mortal i helado volvi6 a oprimir su corazon.

Se imagin6 muchas cosas que en su inesperienza creia terribles; comprendi6 que bien podia dejar de ser amada ¡como tantas otras! record6 que mas de una vez le habia hecho sufrir la frialdad de Enrique, que se alejaba de su lado, que se escabullia de entre sus brazos por asuntos de negocios, i lleg6 a convencerse de que su esposo no era ahora el mismo de ántes. ¡Ah! la diferencia era mui grande! I a medida que pensaba en esto se hacia mas inmenso i se ahondaba mas i mas el abismo de sus dudas i de sus celos.

Un deseo vehemente de ver a Enrique la ajitó; le parecia que su presencia disiparia al instante la angustia, tal vez inmotivada, que la dominaba; iba impaciente por llegar a su casa, pues creia que su esposo habia regresado, que la esperaba a la mesa riendo del fracaso de su aventura, i que todos los fantasmas que su imaginacion habia evocado se evaporarian como por encanto; i volvia a entregarse a su vida tranquila i feliz.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la elegante fachada de la casa de Faustina, el sirviente

que esperaba a la puerta, avanzó presuroso para abrir la portezuela; pero ella no descendió; con la voz trémula por secreta emocion, preguntó si Enrique habia llegado.

A la respuesta negativa del sirviente, la jóven quedó un momento silenciosa; despues dirijiéndose al cochero le dijo:

—¿Conoces tú esa quinta del Tajamar?

—Sí, señorita—dijo él.

—Llévame allá.

Pero el carruaje no se movió.

Faustina repitió su orden.

—Los caballos están mui cansados; no alcanzarian a llegar.

La jóven pareció comprender el motivo de la escusa, i aumentadas sus sospechas por esta resistencia, le dijo con imperioso acento:

—No tengas cuidado; te pagaré lo que quieras; necesito ver a ese caballero.

Indeciso todavia el cochero, levantó su látigo con indolencia. Los caballos apénas se movieron.

—¡Anda!—repitió ella—te digo que no tengas cuidado. Tu carruaje ¿no es para que sirva a quien lo paga?

—Es que los caballos...

I sin decir mas, torció las riendas.



III

Eran las nueve de la noche cuando el carruaje de Faustina llegó frente a la gran quinta i se confundió con otros estacionados en la ancha avenida. Los cocheros, cansados de esperar, dormían en los pescantes, i solo dos que se habían situado mas léjos, charlaban fumando sus cigarros. Un claro rumor de agua, como el que produce una enorme i torrentosa acequia, llegaba hasta ahí: era el Mapocho, con su escaso caudal de verano, que se deslizaba al pié del viejo Tajamar.

La puerta enrejada de la quinta estaba abierta, i desde sus umbrales veíase el boscoso jardín, cuyos árboles confundían sus sombras con las de la noche. Un angosto camino, limitado a sus costados por cercas de rosas, conducía al interior.

La entrada estaba desierta, i Faustina no tuvo a quién preguntar por la persona que buscaba.

El cochero silbó varias veces, nadie se presentó; entónces la jóven descendió del carruaje, despues de recomendar a Luchito que no se moviera, i penetró recelosa pero resuelta por el estrecho sendero de las rosas.

Un silencio triste vagaba en el jardin: era de creer que estaba desierto; pero de improviso un murmullo lejano llegó hasta ella, como arrastrado por el viento. Este ruido pareció servirle de guía; alijeró el paso i como esquivando un encuentro, abandonó el angosto camino, perdiéndose en medio de los árboles. Su corazon palpitaba con tanta violencia que mas de una vez se detuvo para respirar i reponerse de su emocion. El vago i confuso murmullo llegaba ahora hasta ella mas claro i vibrante, escuchándose voces, risas i palabras que herian como flechas su corazon.

Deslizándose junto a los troncos de los árboles, hundiendo sus piés en el húmedo sembrado, desenredando su traje que se prendia entre los espinos i malezas, llegó al borde de un ancho camino, desde donde se presentó a su vista, perfectamente clara i alumbrada, la escena de la gran comida.

Era aquella una fiesta campestre. La mesa estaba colocada en el centro de una península que avanzaba mas allá de la mitad de la laguna; su forma era elíptica. Se habia construido al rededor

de un grupo de higueras, que estendian sus ásperas i verdes ramas formando una espesa techumbre, bajo la que se apiñaban los mas friolentos, resguardándose del débil rocío de las noches de primavera.

Rodeaba el lago una exuberante vejetacion, toda esa flora acuática de grandes hojas, de verdes penachos, de estrañas malezas, de raíces i fibras cuyos tupidos hilos, semejando flotantes enredaderas, se perdian en el fondo de las aguas. De trecho en trecho alzábanse algunos tallos jigantescos, de hojas caracoleadas, i como para variar la oscura monotomía del follaje, ostentábase el *cyperus* cual inmenso ramillete de suaves plumillas mas rubias que la caña. Algunos bajos i coposos pinos, verdaderos enanos sin cuerpo pero de abultada cabeza, yacian diseminados en grupos simétricos en el camino exterior que rodeaba la laguna, alternando con los grandes olmos, con los naranjos cubiertos de doradas frutas i las acacias ya floridas. De vez en cuando una lijera brisa arrastraba consigo los olores de esta rica vejetacion i rizaba la superficie del lago silencioso i desierto; los patos i cisnes que lo poblaban se habian retirado al sitio mas oculto, refujiándose entre las grietas de una cascada en miniatura, recelosos de esa invasion de sus dominios, que bien podia serles hostil.

Faustina no estaba para gozar de la hermosura del sitio; su atención se fijaba en un grupo numeroso de hombres i de mujeres que charlaban i reían confundidos en la mayor confianza; i a la luz de los faroles chinoscos, que caían prendidos de las ramas de los árboles, pudo reconocer algunas fisonomías; las demás se ocultaban tras de otros grupos o se perdían en las sombras. La mayor parte de esos personajes eran amigos de Enrique, constituían su sociedad íntima i predilecta; pero él no estaba ahí, por lo ménos, Faustina no lo descubría todavía, i su corazón renació por un momento a la esperanza.

Al principio no comprendió toda la significación de la vasta escena que tenía ante su vista, aunque le chocaron desde luego el tipo i las maneras de las damas, cuyos trajes orijinales i cuyo humor i alegría no había visto jamás.

Un caballero de alguna edad, i que ella conocía mucho, galanteaba a una muchacha, casi una niña, que servía a la mesa.

—¡Oh, esto es mui bueno!—decía—esto es mui bueno!

Las mujeres que estaban sentadas a su lado miraban i sonreían.

Pero él tuvo que interrumpirse para hablar con un jóven que se le había acercado.

—Te felicito, Luciano—le dijo—por tu discurs-

so de hoy. Estuviste magnífico. Lo único que no me gustó fué que comenzaras como todo el mundo: "Señores, el debate está agotado". Cuando un debate está agotado no se habla o, por lo ménos, no se le agota más con un discurso de dos horas, i sobre todo cuando se declara que "no se pensaba tomar parte en la discusión".

El orador se interrumpió otra vez; la muchacha que fijaba su atención se había acercado a retirar las botellas vacías i reemplazarlas.

—Dime—dijo el orador tomando del brazo al mayordomo de la quinta ¿de dónde diablos ha salido esta muchacha?

—Las buenas minas las descubren los pobres—replicó éste sonriendo maliciosamente, mientras Luciano agregaba con acento socarrón:

—A su edad, señor, eso le hace mal: le indijesta.

—Mas me indijesta un discurso de dos horas cuando el debate está agotado.

Una muchacha explicaba el amor a su manera: según ella al principio era un sentimiento tonto; después, con la experiencia, se podía sacar mucho provecho, i entonces era un sentimiento que valía la pena de ser cultivado.

Mientras tanto, Faustina se había deslizado por el borde del camino hacia el otro extremo del lago, a fin de reconocer a los que se ocultaban tras los grupos de pie o de los grandes maceteros

que adornaban la mesa. Gracias a esta maniobra pudo descubrir a Enrique que con la cabeza inclinada sobre el hombro de una mujer le hablaba al oído. Ella sonreía i se inclinaba también, i tanto, que los crespos de su frente a veces rozaban el bigote de su vecino. El rostro de Enrique tenía tal espresion de idiota apasionamiento, que Faustina llegó a imaginar que se había engañado, que ese hombre no era su esposo; pero esta ilusion se desvaneció mui pronto.

Una muchacha alta, de facciones graciosas aunque un tanto toscas, se acercó al grupo con una copa en la mano, e interrumpió el idilio diciendo con espresion insolente:

—Aseguran que no me atreveré a beber con ustedes, i yo quiero probar a esos imbéciles—i señaló con desden a dos o tres jóvenes que desde sus asientos la contemplaban—que soi capaz de esto i de mucho mas.

Enrique irguió su cabeza i, tratando de separar a la joven, le dijo con disgusto:

—¡Oh, no fastidies!

—¿Te fastidio? desde cuándo? No se te olvide lo que me has dicho.

Él la miró con despreciativa compasion.

—En fin—dijo ella—yo no quiero hacer cuestion de palabras; lo que quiero es beber con ustedes i ganar mi apuesta.

Enrique parecía dispuesto a resistir; su compañera lo decidió, tomando la copa que tenía al frente i exclamando:

—¡Es mui justo! Bebamos con Amalia.

I chocaron las copas derramando el licor, que cayó sobre el vestido de la jóven.

—¡*Importi nada a mí!*—dijo ella mirando las manchas.—¿Me darás otro, Enrique? El último... como recuerdo de esta noche de inconstancia...

—¡Oh, basta!—retírate; no fastidies.

Ella no se movió.

—Mira Enrique—dijo Amalia haciendo un jesto de indiferencia—*importi nada a mí* lo que tú haces.

—Si no te importa, retírate.

—¡No quiero! ¿No soi dueña de estar en donde a mí se me antoje?

—Eres una impertinente.

—¡I tú un canalla!

A estas palabras hubo un intento de agresion; muchos se levantaron de su asiento i se agruparon al rededor de Enrique como para evitar un escándalo.

—¡Oh, nó, no es posible!—decian.

—¡Al órden, al órden!

—Paz, caballeros, no haya duelos ni quebrantos.

—¡*Importi nada a mí!*

—Tú estás impresionada—le decía un jóven, tratando de tranquilizarla—tienes razon; donde fuego ha habido, cenizas quedan.

—Cenizas, tal vez; pero lo que es amor ¡ni ésto!

I llevó a su boca una uña larga, blanca, afilada, i haciendo una graciosa mueca arrancó de sus dientes un sonido vibrante.

Los que presenciaron esta accion cómica aplaudieron.

Estaba, en efecto, mui interesante con su rostro encendido i animado por la comida i, mas que todo, por la indignacion.

En ese momento dejáronse oír algunas exclamaciones.

—¡Atencion, atencion!—repetian.

—¿Qué hai?—preguntaban otros.

—¡Mirad! ya sale...

Todos miraron al cielo, por el lado del oriente.

La luna principiaba a lanzar sobre el perfil de la nevada cordillera el suave destello de su disco luminoso. Hombres i mujeres se pusieron de pié para esperar la salida del astro. Al fin apareció el borde resplandeciente, i la diosa continuó ascendiendo majestuosa hasta que se destacó por completo de las cimas, como si resucitara de entre un sepulcro de nieve.

El parque se iluminó como por encanto, los faroles perdieron su luz ante esta irradiacion blan-

ca i suave que lo bañaba todo como una ráfaga de amor, de misterio i de poesía.

Miéntras algunos entonaban la célebre *casta Diva*, de la ópera *Norma*, Amalia, entusiasmada, arrancó uno de los faroles chinescos que pendian de las ramas de las higueras, diciendo:

—¡Ya esto es inútil!

I arrojó al lago el farol despedazado.

En medio de los aplausos de sus admiradores, arrancó el segundo farol, despues el tercero, el cuarto, el quinto... i los fué arrojando despedazados al lago, sobre cuya brillante superficie flotaban como ramilletes de ajadas flores, conservando el último bajo su brazo, tal vez como un recuerdo de esa noche.

La conducta de Amalia indignó a todas aquellas mujeres, que calificaron de *impropia* la accion de su compañera; otras, mas ofendidas, decian que eso era *indecente*; la jóven no daba la menor importancia a semejantes protestas, que oia indiferente i risueña, contentándose con repetir su estribillo:—*¡Importi nada a mí!*

Los vinos de los postres habian hecho su efecto, mareando con sus perfumes i encendiendo con sus llamas los cerebros, i a medida que los piés se entorpecian i el brillo de los ojos se apagaba, una verbocidad delirante parecia desatar todas las lenguas. Se pronunciaban discursos académicos;

se hacian promesas mas bombásticas que las que se leen en los programas políticos. Un murmullo de quejas, de excusas, de secretos, envolvia la mesa i subia hasta el follaje de los árboles como un incienso embriagador.

Una jóven bastante simpática le decia al compañero que tenia al lado:

—Todo está bien; pero tienes que ponerle la dedicatoria al retrato que me has dado; de lo contrario parecerá una fotografía comprada.

—Cuando tú quieras, no tengo inconveniente.

Otra juraba falsamente con lágrimas en los ojos que era verdad lo que decia; otra se quejaba de sus amigos porque no la saludaban en la calle; otra decia que ella no habia podido rehabilitarse porque carecia de fortuna.

—¡Ah! las ricas—decia—pueden hacer lo que quieren sin que ninguna puerta se les cierre; pero a nosotras, apénas damos una caída se nos marca para siempre. Solo las pobres tenemos obligacion de ser honradas.

I como su compañero la contradijera, se puso furiosa, asegurando que era verdad lo que decia, porque conocia muchas historias i podia nombrar muchas personas que no eran mas morales que ella i que, sin embargo, disfrutaban del respeto jeneral.

Un viejo que la escuchaba i que parecia ena-

morado de ella, se hacia el enternecido i aseguraba que tenia razon.

Esto la alentó, i lanzó al viento un nombre de mujer.

Entónces el jóven que momentos ántes la contradecia, la tapó suavemente la boca con su mano, diciéndole mui alarmado:

—¡Cállate, por Dios! ¿No ves que vas a levantar una tempestad?

Ella, colérica por aquella mano que se habia posado sobre su boca, se puso de pié diciendo en alta voz:

—¡Sí, es cierto, es cierto!

I repitió el mismo nombre de mujer.

Por fortuna, la persona interesada estaba distante i no le oyó; pero los hombres que estaban mas serenos, temerosos de que siguiera adelante el escándalo, se pusieron de pié repitiendo que ya era hora de retirarse. Otros que se habian fastidiado apoyaron la indicacion iniciando al momento los preparativos de marcha.

En efecto, parecia que todo habia concluido; no quedaban sobre la mesa botellas ni copas: Amalia las habia arrojado al lago. Oíase a lo léjos, como perdido entre los árboles, el rumor de las risas i cantos de los que se retiraban.

Faustina, al ver el desbande, huyó presurosa; pero al llegar a la reja se detuvo i se ocultó en las

sombras. Habia reconocido a su esposo que pasaba confundido en medio de un grupo.

Al llegar a la puerta, Enrique preguntó en alta voz:

—¿Quién tiene mi ramo?

—¡Yo!—esclamó Amalia.—¡Tómalo i obséquia-lo en mi nombre a tu mujer!

I lo pasó a Enrique despues de besarlo i de aspirar su aroma.

Cuando el grupo en que iba Enrique se hubo retirado, Faustina corrió en direccion a su carruaje i subió a él con precipitacion.

No lloraba; sus ojos i sus lábios estaban secos i ardientes. Solo al ver a su hijo que dormia, reclinada la cabeza sobre uno de sus bracitos, estuvo a punto de estallar en desesperados sollozos; pero las lágrimas habian huido de sus ojos, como el sueño en las noches de insomnio.

La salida precipitada de Faustina llamó la atencion de Enrique i de sus amigos.

—Es una mujer que va huyendo—dijo uno.

Entónces Enrique se acercó al carruaje.

—¿Quién va aquí?—preguntó balbuciente.

—¡Yo!—esclamó Faustina, asomando su rubia cabeza por la portezuela.

I el carruaje partió con extraordinaria velocidad.





IV

Por un momento Enrique quedó como atur-
dido ante la aparición de su mujer; le parecía
que el cielo se había desplomado de súbito sobre
su cabeza. La felicidad presente, el porvenir, la
gloria i la dicha de su espléndido hogar, su fortu-
na, su honra, su hijo a quien amaba mas que a su
propia vida, i su esposa que constituia su único
amor puro i sério, desaparecian para siempre, i
sentia en su corazon el inmenso vacío de la pér-
dida de todos estos afectos.

Permanecia como petrificado en el mismo sitio,
siguiendo con la vista desvanecida el carruaje
que se perdia a lo léjos, cuando sus amigos le ro-
dearon, preguntándole con interes quién iba en el
carruaje i si era Amalia.

Él no contestó; la pregunta le heria profunda-
mente. Esa confusion de Faustina i de Amalia

ofendia la dignidad de su esposa i la suya propia. Sentia toda la bajeza de su situacion i se juzgaba arruinado i perdido.

Siempre silencioso, tomó el brazo de su mejor amigo i se alejó de los demas.

—¿Qué ha pasado?—le preguntó éste con acento confidencial.

—La persona que acaba de subir al carruaje es Faustina.

—¡Cómo! ¿Tu mujer?

—Sí—murmuró Enrique desfallecido.

—Pero eso no es posible, será una ilusion...

—¿Puedo yo confundir a mi mujer con otra? Ella ha salido de la quinta i subido precipitadamente al carruaje. ¿Recuerdas que nos llamó la atencion una mujer que se escapaba? Cuando me acerqué a preguntar quién era, Faustina asomó su cabeza por la portezuela i me dijo: "Soy yo".

—Insisto en creer, amigo mio, que te has engañado, confundiendo su rostro con otro; piensa que has bebido algunas copas i que tu vista no está mui clara.

—¡Oh! no me engaño: ¡era ella!

Siguió un largo silencio; uno de esos silencios sombríos que prolongan indefinidamente el dolor i el abatimiento.

El otro grupo esperaba el resultado de esta

confidencia. Se hacian curiosos comentarios: se suponía que Enrique no quería irse con su compañera; que la persona que se habia ido en el carruaje era Amalia; que esto lo habia tal vez impresionado avivando su capricho o haciendo renacer su antigua pasión por ella.

—Pero no es posible que esperemos aquí eternamente—dijo uno de los del corrillo—voy a ver qué hai.

I se dirigió hacia los dos amigos.

—¿Qué sucede, Enrique? ¿Te has indispuerto? preguntó con interés.

Nadie contestó.

Disgustado por este frío recibimiento, iba a retirarse, cuando Enrique le detuvo, diciéndole:

—Oye, pero reserva lo que voy a decirte: la persona que salió del jardín i que acaba de partir en el carruaje, es mi mujer.

—¿De suerte que todo lo ha visto?

—Indudablemente.

—Pero eso es terrible.

—Para mí—dijo Enrique.

—Para todos, amigo mio, para todos.

Hubo nuevo silencio.

—¿Qué me aconsejas hacer?—dijo al fin Enrique a su amigo.

—Vámonos; es preciso reflexionar... ver mas

claro... tengo todavía la esperanza de que puedas estar engañado. Subamos a este carruaje.

I abrió la puerta del que estaba mas cerca.

Enrique subió abatido como un enfermo a quien se conduce a su lecho. El otro se unió a sus compañeros.

—¿Qué ha pasado?—le preguntaron con ansiedad.

—Nada; me han recomendado reserva.

—Déjate de bromas.

—No puedo.

—¿Es grave?

—Gravísimo.

—Vamos, cuenta, ya ves que todos nos interesamos. Nosotros hacemos aquí causa comun. ¿Qué ha pasado?

—Voi a decirles, pero bajo el compromiso de guardar la mas estricta reserva.

El grupo se estrechó al rededor del jóven.

—Lo que ha pasado—dijo éste—es que Enrique ha sido sorprendido por su mujer; la dama que subió al carruaje era ella.

—¡Diablo!

—¡Pobre Enrique!

—¡I tanto como la quiere!

—Pero no puede ser—dijo otro con seguridad—la que se fué en el primer carruaje era Amalia.

—Pues él ha creído que era Faustina.

—Son los espejismos de la borrachera.

—I de la conciencia—dijo un moralista.

—Fácil es averiguar la verdad—agregó un estadístico.—¿Dónde está Amalia?

—Está adentro; la ví volver del brazo con Luciano.

—¿Cuántos eran los carruajes?

—Cuatro.

—Bien; aquí hai tres i con el coche en que se fué Enrique son los cuatro. Hai uno de mas, que es en el que partió la dama.

—El asunto se pone grave.

En ese momento se dejaron oír ruidos de risas, de conversaciones i de cantos. Todas las personas que estaban en el jardín llegaron a la puerta.

—¡En marcha! en marcha!—decían los que llegaban.

—¿Está ahí Amalia?

—Sí ¿quién me necesita?

—Nadie.

—¡Gracias!

—Era para aclarar una duda.

—¡Silencio!—gritó el estadístico.—Hai aquí un asunto grave. ¿Cuántas son nuestras amigas?

—Seis.

—¿Están todas?

Las mujeres se contaron i formaron un grupo aparte.

—Estamos las seis.

—Entónces la cosa es seria, i Enrique puede tener razon.

Las mujeres querian saber lo que ocurría; pero los hombres no les daban en el gusto; guardaban reserva todavia.

—¿I Enrique?—preguntó una de las damas.— Es él quien falta ¿qué se ha hecho?

—Se fué a dejar el ramo.

I una esplosion de risas, ruidosas unas i otras comprimidas, puso fin a la escena.

Aquellos buenos amigos compadecian a Enrique, indudablemente, pero al mismo tiempo no podian ménos de reir de la situacion cómica en que se encontraba.

Al dia siguiente todo Santiago conocia la aventura, con sus mas mínimos detalles, a pesar de que ninguno de los del círculo lo habia referido a persona estraña.



V

Tanto le habian asegurado a Enrique que era imposible pudiera ser Faustina la misteriosa dama del carruaje, que despues de desvanecido su estupor llegó a aceptar como probable que bien podia haberse engañado; para robustecer su ilusion recordaba las fisonomías de todas las mujeres que esa noche estaban en la quinta, i llegó a descubrir cierta vaga semejanza entre su esposa i Amalia, semejanza que en medio de las sombras que borran o debilitan los detalles, podia dar lugar a un equívoco, mucho mas posible en la situacion en que él se encontraba, dominado de la exaltacion nerviosa que produce un festin con todo su cortejo de espirituosos excitantes.

Bajo la zozobra de esta incertidumbre llegó a su casa, preparando una tonta historia que debia servirle de excusa para con Faustina; pero él mismo

encontraba la disculpa tan poco razonable que temia ponerse en ridículo sin alcanzar la deseada reconciliacion. Principiaba por declararse completamente inocente, i por creer que su solo pecado consistia en su condescendencia en aceptar un convite de esa naturaleza; pero él no lo sabia; se imaginó que seria una comida como otras que habian tenido lugar en la misma quinta, solo entre amigos; pero desgraciadamente esta vez se le ocurrió a uno de los convidados, que ni siquiera era su amigo, invitar a esas damas. Todos, al llegar, se sorprendieron de encontrarse con ellas, i especialmente él; se iba a retirar pero sus amigos le retuvieron, diciéndole que aquello nada significaba desde que estaba libre de observar la conducta que quisiera; él insistió en retirarse, i como entónces le dijeran que iba a aguar la fiesta, resolvió quedarse. Si le preguntaba Faustina quién era el amigo que habia arreglado la fiesta así, él nombraria a cualquiera; la cuestion consistia en salir del pantano de la mejor manera. ¡Qué importaba el sacrificio de un amigo ante su propia salvacion!

Pero despues comprendia que estas excusas, tontas o nó, de nada servirian si Faustina le habia visto a la mesa i contemplado la escena con Amalia i oido su insolente respuesta cuando él pidió el ramillete. Si Faustina habia sido testigo de todo esto, valia mas no disculparse con estúpi-

das mentiras, sino inclinarse sumiso ante su negra suerte.

Cuando Enrique penetró en su casa eran mas de las doce de la noche. Las habitaciones de Faustina estaban cerradas, pero se veía luz a través de los cristales. Se dirigió al comedor deseoso de encontrar a Rosalía i pedirle informes; pero la gran sala estaba desierta i solo uno de los quemadores de gas arrojaba una débil llama. Reinaba ese silencio revelador que precede a los grandes dramas i que a Enrique le pareció una confirmacion de todos sus presentimientos. Se paseó un instante mudo i abatido. Pronto se abrió una puerta que comunicaba con el departamento de Faustina i se vió aparecer a Rosalía. Un fuerte olor a éter se escapó de esas habitaciones, como un anuncio cierto de su desgracia.

Rosalía se acercó al aparador i tomó una taza del servicio de té preparado que habia sobre la bandeja de plaqué.

Miró a Enrique, pero no hizo la menor señal de querer hablarle. Estaba pálida i conmovida.

Cuando ya se retiraba, él la detuvo suavemente diciéndole:

—Oye, Rosalía ¿i Faustina?

—Casi se ha muerto...

—Cuéntame... ¿Qué ha tenido?

—De la impresion, del desengaño. ¿Le parece poco lo que ha visto?

—¿Qué te ha dicho?

—Todo lo que ha pasado.

—¡Oh, Dios mio!—esclamó él desesperado.

Despues, tomando una de las manos de Rosalía, le dijo.

—Que te parece... ¿le hablaré?... ¿Le diré que yo no tengo la culpa?

—Ahora nó; está un poco mas tranquila, i seria renovar lo que ha pasado.

I como él callara, Rosalía añadió:

—¡Buenos los amigos que tiene, don Enrique! ¿Para qué se junta con esa jente? Yo le decia que no fuera a buscarlo; pero el niño tuvo la culpa. ¡Bueno el golpe para ella que lo creia un santo! Si esto hacen los mejores ¡qué no harán los otros!... ¡Ai, Dios mio, lo que son los hombres!...

I Rosalía, que tambien era casada i a quien su marido habia abandonado tres años despues de sus bodas, terminó su discurso con una lijera sonrisa, que hizo en el corazon de Enrique el efecto de un rayo de sol en un cielo sombrío.

Alentado con esta sonrisa, exijió nuevamente de Rosalía le refiriera con todos sus detalles lo que le habia dicho Faustina; pero ella se escusó diciendo que iba a confeccionar una tizana para

la enferma, que nada habia comido i se encontraba mui afebrada.

Él la dejó partir.

Estaba mas tranquilo; parecíale que tal vez no era tan difícil como se habia imaginado el convencer a Faustina de su inocencia; por momentos apoderábase de su ánimo cierta audacia que llegaba hasta el cinismo, i otra vez volvía a encontrar aceptables las inverosímiles disculpas que fraguara poco ántes. Estaba resuelto a todo i no se ruborizaba de confesar, si era necesario, que lo sucedido era obra de la borrachera. Al fin, no era un crimen beber, desde que todos lo hacen, i un hombre en esta condicion no es responsable de nada. Enamorado de tan magnífica salida, llegó a convencerse de que era esta la explicacion mas sencilla. Él, en su sano juicio, jamas habia hecho una indecencia.

Miéntras así reflexionaba habíase acercado a la puerta que daba entrada a las habitaciones de Faustina a fin de escuchar lo que se conversara; pero solo llegó hasta él el ruido de un inmenso suspiro. La herida estaba palpitante i manaba sangre. Entónces pensó que el tiempo, que es el gran cicatrizador, la sanaria; e interiormente concedió el plazo de un mes para verla restablecida. Recordaba haber leído en no sé qué observador profundo del corazon humano que no ha-

bia dolor que pasara de cuarenta dias. ¿Por qué Faustina habia de ser una excepcion? Pensó tambien que su situacion no era única i excepcional, i que casi todos los maridos habian pasado alguna vez bajo estas *horcas caudinas* del matrimonio, i los que habian escapado a ellas no lo debian a su virtud sino a su fortuna. ¡Ah! qué se le podia contar a él, que los conocia a todos, uno a uno!

Cuando Rosalía volvió al comedor, Enrique estaba tranquilo, su voz ya no temblaba, i no exigió sino como satisfaccion de su curiosidad que se le refiriera lo sucedido.

Así lo hizo Rosalía, narrando palabra por palabra, tal como se la habia contado Faustina, la historia de la terrible aventura.

Enrique se indignó sobre manera al saber que Faustina, para espiarlo, habia llevado consigo a su hijo. Jamas la hubiera creído capaz de semejante indignidad.

¡Oh! la conducta de su esposa no tenia nombre!

¡Habia corrido toda la noche en un carruaje de posta, con su hijo recién convaleciente de una grave enfermedad, esponiéndolo a una recaída, para informarse de su paradero en los clubs i pedir a los cocheros datos sobre su vida! ¡Esto era indecoroso! No habia oído decir jamas que una mujer educada i de sociedad cometiera se-

mejantes extravíos. I luego ¿qué motivos habia dado él para que se le espiara de tal manera? ¿No era un marido modelo?

Ante estas reflexiones, la indignacion de Enrique subia de punto i sus propias faltas se desvanecian en presencia de esa gran criminal que habia puesto en peligro hasta la inocencia de su hijo i su propia reputacion. ¿Qué podian pensar de ella los que la vieron sola, a las altas horas de la noche i en un carruaje de posta? ¿A quién se le ocurriria decir que andaba espiando a su marido? Por mucho ménos que eso habia visto arrojar sombras sospechosas sobre mujeres honorables.

I en esos momentos estaba tan ajitado i colérico, que Rosalía tuvo que tranquilizarle.

—¡Ah! no soi yo—decia—quien debe dar esplicaciones sino quien debe pedir las.

I a pesar de su sincera indignacion, al pensar así, sentia que se aliviaba de una gran responsabilidad.

Inútil era que Rosalía le explicara cómo del modo mas natural e inocente, habia llegado Faustina al desgraciado descubrimiento de esa noche; él no aceptaba ninguna de esas razones, i a medida que las combatia, alzaba el tono i se exaltaba, confirmándose mas i mas en la justicia de su causa, en su derecho e inocencia. El bullicio de su conversacion llegaba hasta la alcoba de Faustina;

pero Enrique no se preocupaba de ello, al contrario, parecia querer imponer con su tono altisonante. Estaba inconocible; nunca Rosalía le habia visto en semejante estado de agitacion i de violencia.

La pobre mujer, alarmada, trataba de tranquilizarle, llegando su condescendencia hasta el punto de confesar que efectivamente Faustina habia estado poco cuerda.

La situacion de Enrique habia cambiado a sus propios ojos, i mas sereno i satisfecho se dirigió a sus habitacines i se acostó en su lecho; pero estuvo desvelado, i cuando la realidad de su situacion se presentaba desnuda i terrible ante su conciencia, se desesperaba de haber caido del alto i bello pedestal en que su esposa le creia colocado, i sobre el cual ya no volveria a ascender en el puro i noble amor de Faustina. I pensando en esta felicidad perdida tal vez para siempre, de un modo tan imprevisto i torpe, la fiebre del desvelo aumentaba en él por momentos; al fin el cansancio le venció, i al dia siguiente, cuando le llevaron a la cama los diarios de la mañana, dormia con ese sueño tranquilo y poderoso que se atribuye a los justos.

— En verdad — dijo al despertar — tiene razon el filósofo: no hai ni puede haber dolor que dure cuarenta dias.

Vistióse con su acostumbrada elegancia, con cierto refinamiento de mal gusto que habia adoptado desde que sus costumbres se habian hecho mas fáciles i mundanas. Cuando el sirviente entró en su dormitorio, preguntóle por Faustina, i éste contestó que no se habia levantado, i que le parecia que la señora continuaba enferma.

A pesar de su aparente tranquilidad, le mortificaba la idea de que aun no habia visto a su esposa ni tenido con ella la esplicacion a que naturalmente iba a dar lugar la sorpresa de la noche anterior; lleno de un malestar indefinible, meditaba sobre la actitud que debia asumir. ¿Abordaria desde luego todas las dificultades, viendo a Faustina i provocando una esplicacion? Tal vez era esto lo mejor, porque se libertaba del peso que le oprimia; pero no tenia valor para iniciar valientemente esta solucion. Su espíritu era presa en esos momentos de una estraña mezcla de audacia, de vacilaciones i cobardías.

Un ruido de rápidas carreras le distrajo, trayendo a sus labios una sonrisa i a sus ojos el brillo de una súbita alegría. La puerta de su dormitorio se abrió con estruendo, i apareció en el umbral una figura que para Enrique pareció iluminar el aposento: era Luchito con su aspecto endeble, con su belleza marchita, pero que en esos momentos i, gracias al buen estado de su

salud, tenía un aire varonil, como esos arbolillos raquíuticos que, sin embargo, crecen rectos i echan sus brotecitos.

Al verle, Enrique le tendió sus brazos, diciéndole:

—¿Qué dice el hombre? ¿Está bueno?

—Sí, estoy bueno; pero mira, dime ¿dónde comistes ayer?

—¿Ayer?—repitió Enrique como pensando la respuesta.—Comí con unos amigos.

—Pero a dónde—insistió él.

—Allá mui léjos, en una casa.

—En una casa-quinta ¿no es cierto? Pero mira, yo vi el rio.

—I ¿qué te pareció?

—Mi mamá dijo que era mui chico.

—¿Entónces tú no lo viste?

—Nó, sentí que pasaba no mas.

Por un momento el niño se distrajo formando dibujos con los cigarros que encontró esparcidos sobre el velador; pero pronto se aburrió de esta ocupacion, deshizo lo hecho i volvió a dirigir la palabra a su padre:

—Mira, es necesario que no vayas a comer mas a esa quinta; mi mamá ha llorado mucho por eso... Dime ¿por qué es malo comer en quintas?

Ante este nuevo apuro, Enrique volvió a hacerse el distraído, pero Luchito no era el que dejaba

pasar sin respuesta una pregunta, i repitió otra vez la que acababa de hacer.

—No es malo comer en quintas—dijo Enrique—pero es mejor comer en su casa.

Esta vaga respuesta desorientó al niño que volvió a entregarse a sus juegos silenciosos, aparentando haber comprendido lo que no había podido entender.

La situación de Enrique era de lo mas desagradable: creia conveniente ver a Faustina i arribar de una vez a una reconciliacion; pero no podia decidirse a dar este paso. Toda la vergüenza que en él habia, todos los sentimientos delicados que aun le quedaban, subian a su rostro a la sola idea de encontrarse cara a cara con su esposa. Nó, no buscaria él la oportunidad de esta entrevista terrible; si ella se presentaba naturalmente, la aceptaria con valor, pero miéntras tanto no queria hacer alarde de cinismo i de descaro.

I, mas tranquilo desde que habia acordado postergar indefinidamente este asunto, tomó su sombrero, sus guantes i su baston, i acariciando al niño que le veia partir con su carita llena de asombro, le dijo:

—Yo no almuerzo aquí ahora... tengo que hacer.

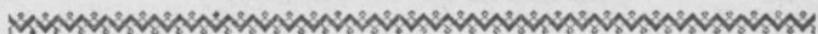
El niño, que siempre le detenia, no contestó esta vez.

Enrique, al parecer mui contrariado porque le dejaba partir sin hacerle ninguna observacion, le preguntó:

—¿Qué quieres que te traiga de regalo?

—¡Nada!—contestó él con toda la seriedad de un hombre grave.





VI

Como casi todas las mujeres enamoradas i felices que atraviesan la vida ignorando los abismos que encierra, Faustina creyó morir al sentirse herida en medio del corazon. Su fe sincera i profunda en el amor de Enrique, sus ideales juveniles, que la esposa honrada habia elevado hasta la altura de una creencia relijiosa, se desvanecieron en presencia de aquella traicion. El golpe se hizo mas terrible por lo inesperado: no le habia precedido ni la sombra de la mas leve sospecha. Acostumbrada a ser querida hasta la adoracion, jamas la preocupó la idea de ser engañada, i a pesar de sus veintiseis años conservaba todo el candor i toda la ignorancia virjinal de la niña que no ha visto el mundo sino al traves de los cristales de su ventana. A la edad en que otras mujeres están hastiadas i escépticas, ella creia aun

en la pureza de los sentimientos i en la honradez de todas las jentes, como que carecia de la experiencia que dan las desgracias; por eso cuando se descorrió ante sus ojos el telon que le ocultaba la falsedad de sus creencias, su dolor fué tan grande como su indignacion, i el recuerdo de esa escena asquerosa manchaba sus besos de amor, su castidad de esposa i todo lo que habia de puro i delicado en sus ternezas. Se creyó no solo engañada en su amor, sino, lo que le parecia mas terrible, profanada i manchada en su hogar, i una fuerza poderosa, que nacia de la moral i de su corazon, abria un abismo inmenso entre el pasado i el presente de su vida.

Cuando se levantó del lecho, supo por Rosalía la actitud asumida por Enrique i su descaro para buscar faltas en ella a fin de disculpar las propias. En vez de caer de rodillas a sus piés implorando perdon, se erguía altivo, haciendo el cómico papel de indignado i de ofendido. La táctica era de lo mas cobarde. Se pretendia ahogar su dolor e indignacion viendo en su conducta inocente, en los actos casuales que la habian conducido al descubrimiento de su desgracia, todo un sistema de espionaje puesto en planta por una mujer torpe i celosa. Era esta actitud innoble i desleal la que en semejantes casos asumian los maridos que ya no amaban a sus esposas, segun

habia oido decir Faustina a mujeres de mas experiencia, a fin de sofocar los cargos que se hicieran a sus traiciones i de conservar la independencia necesaria para sus vicios. Pero ella no se dejaria dominar por falsos cargos; sabia ya el partido que debia tomar. Estaba decidida, i nada en el mundo podria obligarla a volver sobre sus pasos i a aceptar una vida humillante i degradada.

I al hacer esta solemne promesa, todo su sér se estremecia, recordando su reciente dicha cambiada de súbito en eterna desventura.

Inmediatamente, como para no volver atras en su resolucion, se dirigió a casa de su padre.

Nunca habia dejado Faustina de visitar con frecuencia al señor B. A pesar del gran cambio experimentado en su vida durante los últimos tres años, debido al aumento considerable de la fortuna de Enrique, a su instalacion en la lujosa casa que habitaba, a las nuevas i numerosas relaciones contraidas, jamas habian trascurrido tres dias sin que ella viera a su padre.

Esta fidelidad siempre solícita, que no se quebrantaba ni desvanecia ante el encumbramiento de su posicion que mas bien se acrecentaba cada dia, aumentó, si es posible, el amor del señor B. para con su única hija. La amaba con una ternura tan inmensa que siempre, al recordarla, sus ojos se humedecian. El único pensamiento del pobre

viejo era ahora la felicidad de su hija, i se estremecia i anonadaba al pensar que pudiera ser desgraciada.

Cuando el señor B. vió entrar a Faustina en el escritorio i biblioteca, en que pasaba la mayor parte del dia, su corazón se oprimió por terrible presentimiento. Bastó una sola i rápida mirada al rostro de su hija para que comprendiese que algo fatal acontecia.

Quiso levantarse del sillón para recibirla con su acostumbrado cariño, que no estaba exento de galantería, i a pesar de que todavía era ágil, una especie de fatiga que descoyuntaba su cuerpo se lo impidió. Apénas tuvo fuerzas para tenderle sus manos i decirle:

— ¡Hija mia!

Faustina iba preparada para mostrarse severa a fin de no aflijir demasiado a su padre; pero, al ver este recibimiento doloroso, supuso que todo lo sabia, cuando el corazón del padre solo adivinaba.

—Padre mio—dijo Faustina, esforzándose por que las lágrimas no brotaran de sus ojos—vengo a pedirte hospitalidad. ¿Quieres tenerme otra vez a tu lado como cuando era niña i feliz?

—Pero ¿qué sucede?—dijo el señor B. con voz tranquila, pues ya se habia dominado i alzado de su asiento con toda la gravedad i nobleza que

le distinguian.—¿Has tenido algun disgusto con tu esposo?

La serena i orgullosa actitud del señor B. comunicó valor a la jóven. Las lágrimas que titilaban al rededor de sus pestañas retrocedieron, i con la espresion de una amargura cruel, contestó:

—Mas que eso, padre mio, he descubierto que no me ama ni es digno de mi amor.

—¿Ha sucedido ya lo de siempre, lo de todos los matrimonios?—dijo el señor B. procurando no dar importancia a lo que bien comprendia.

—¿Lo de todos los matrimonios?—repitió la jóven con el disgusto de una persona a quien se desarma.

—Sí, lo de todos los matrimonios.

—Te engañas, padre mio; lo que ha pasado no es un disgusto, una disputa, ni una contrariedad; es un hecho de esos que jamas se olvidan, que nos hieren de muerte i que una mujer como yo, una hija tuya, no perdona en toda su vida.

El señor B. se sorprendió. Acercóse a Faustina fruncido el ceño i fijó su mirada en su rostro pálido i casi demacrado.

—¿Qué sucede, entónces, qué sucede? Dímelo todo, hija mia.

I el señor B., perdida otra vez su calma, dominado por una especie de terror, acercó a Faustina uno de los anchos sillones, diciéndole:

—Siéntate, hija mia.

El momento era tan angustioso i solemne, que hasta los grandes retratos de la madre de Faustina, del señor B. i de otros viejos parientes, parecian haber tomado la actitud cómoda de personas que desean oír bien una narracion.

Faustina refirió con todos sus detalles la historia de la sorpresa, desde su ida al club, llena de confianza, hasta su salida de la quinta, i la actitud asumida por Enrique que pretendia disculpar sus faltas inventando cargos contra ella.

Al terminar Faustina su narracion, el señor B. habia vuelto a su tranquilidad; todos sus temores parecian haberse disipado, estaba casi alegre.

— En verdad — dijo gravemente la jóven al notar este cambio — no comprendo, padre mio...

— Es natural: tu falta de mundo te estravia... imaginas que ya no eres amada, i yo te aseguro que Enrique te idolatra como el primer dia. Entre los hombres, entre los jóvenes principalmente, semejantes aventuras son como una partida de juego, como una carrera de caballos. ¿Crees que el corazon se mezcla en eso, que queda algo para el dia siguiente?...

— Pero eso es inmoral...

— Es la moral corriente. ¿Quieres tú rehacer el mundo, a los hombres, a la naturaleza? El gran inconveniente del matrimonio es que en jeneral

las mujeres no van a él un poco prevenidas contra estos lances...

— Ninguna mujer digna se casaría entónces.

— Se casarían lo mismo; cada una iría con la esperanza de ser la excepcion a la regla; pero si la excepcion no le tocaba, su sorpresa no llegaría hasta el punto de hacerla desdichada para siempre.

Hubo un instante de silencio; el señor B. creyó tal vez que iba demasiado léjos en su explicacion; pero estaba resuelto i continuó:

— Por esto, hija mia, no se puede romper un matrimonio, separar a un hijo de su padre dándole a conocer sus faltas i haciéndole perder su respeto i su amor. Eso sí que sería inmoral. Miéntras Enrique te guarde todas las consideraciones que mereces...

— ¡Eso es demasiado, padre mio!

— En diez años mas — continuó el señor B. — tú no serás ya una jóven, tendrás mas esperiencia del mundo, sabrás que es imposible encontrar hombres perfectos i que la pureza i la castidad son tan bellas para nosotros porque son ustedes únicamente quienes la poseen.

— ¡Eso es imposible! — exclamó Faustina con actitud desesperada i casi trájica — todos los hombres no pueden ser lo mismo. Lo dices por atenuar su falta.

—Todos, todos—repitió el señor B.

—No lo crees, lo dices solo por consolarme.

Hubo un largo silencio, que el señor B. rompió diciendo:

—Pero esa separacion es imposible. Yo espero que desistas, que seas razonable...

—¿Tú lo exijes?

—Te lo suplico—contestó él con tono casi humilde.

—Haré lo que deseas—dijo la jóven con resignacion.

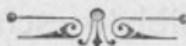
El señor B., alegre con su triunfo, tomó la mano de su hija i con tono persuasivo le dijo:

—Haces bien, hija mia; perdona: es lo mas bello en la esposa i en la madre perdonar i olvidar.

—¡Eso nó!—esclamó Faustina irguiéndose de nuevo—olvidar i perdonar... ¡jamás!

—Sí, sí—repitió el señor B.—perdonarás cuando pase la violencia de tus primeras impresiones. El tiempo calma todos los pesares i cicatriza todas las heridas.

—¡Las del amor nunca, padre mio!



VII

Después de su entrevista con el señor B., Faustina regresó a su casa. Estaba, al parecer, más tranquila. Lo que su padre le había revelado sobre la moral de los hombres la indignaba; pero al mismo tiempo la idea de esa ley universal que pesa sobre las mujeres casadas la obligaba a resignarse, como la humanidad se somete a morir porque es lo inevitable.

— ¡Ah! — exclamaba con el corazón lleno de angustia — ¿este es el matrimonio? ¡Vergüenza, vergüenza para él!

Y se sumergía de nuevo en la amargura de su situación de mujer burlada, herida en lo más vivo de sus ilusiones y de sus creencias. Le parecía que jamás podría someterse a esa ley infame, ni olvidar la ofensa recibida. El consuelo de esa ley pareja, de ese código igual para todas las mujeres

que por un momento pareció aliviarla, estimábalo ahora indigno. ¿Qué le importaba la conducta de los demás hombres? Podían hacer lo que quisieran; pero Enrique nó. Enrique era para ella el único que había engañado a una mujer. Por lo ménos ella no conocía a otro. La actitud alegre, satisfecha, feliz de todas las mujeres casadas que conocía, la afirmaba en su orijinal creencia. ¿Podrían vivir indiferentes i dichosas sabiendo que eran engañadas? O probablemente lo ignoraban... como lo ignoraba ella hasta hacia algunos dias... I el recuerdo de su dicha perdida inundaba otra vez de lágrimas su corazón. Le parecía escuchar una voz secreta que repetía los cargos hechos por Enrique.—“¿No eras feliz así, ignorándolo todo? ¿A qué fuistes a buscar tu propia desventura?” I contestando a ese reproche misterioso se erguía altiva murmurando:— “Prefiero mil veces mi desdicha presente a vivir engañada.”

No existía, pues, ni en las desgracias de las otras, ni en la altivez de su orgullo herido, ni en las conveniencias sociales que obligan a ocultar estos hechos, nada que la consolara. Se creía viuda para siempre. El golpe recibido era de esos que no solo cambian en desgraciado un destino feliz, sino que modifican por completo nuestra naturaleza. Ella no sería nunca la misma de ántes, ni volvería a

esa intimidad del matrimonio que llega hasta hacer comun un mismo lecho. ¡Oh, nó! jamas, jamas, jamas! preferiria morir mil veces ántes que consentirlo. Si se sometia a vivir en la misma casa con Enrique; a no hacer público el escándalo por medio de una separacion, era solo por su hijo i por su padre, sobre todo por su padre, cuya angustia la desesperaba i a quien mataria el estruendo de una pública campanada.

Durante estos dias de vivo dolor para Faustina, Enrique sufría tambien todo el desagrado de su situacion; pero estaba mas tranquilo por haber escapado a la vergüenza de una esplicacion personal con su esposa. Faustina no le habia dirigido una palabra a este respecto. Cuando se encontraban solos permanecian silenciosos i graves; él casi tímido i ruboroso, i ella fria, muda, altiva.

Este prolongado silencio tuvo que romperse al fin, pues el señor B., que visitaba poco la casa de su hija en los dias que era feliz, ahora, en su desgracia, la veía con frecuencia i en esos momentos la conversacion se hacia jeneral. Cuando se encontraban en presencia de otras personas, Enrique se esforzaba por aparecer tranquilo, amable i hasta galante con Faustina, a fin no solo de desvanecer las sospechas de las jentes respecto al estado de su matrimonio, sino, i esto era lo principal, de ir obteniendo poco a poco el perdon i el cariño de

su esposa; pero cuando quedaban solos enmudecian como por un tácito acuerdo.

Trascurrieron así algunos meses en esta lucha de dos personas que se aman, pero que un agravio recíproco aleja. Muchas veces Enrique hubiera caído de rodillas a los pies de Faustina implorando su perdón i el olvido de lo pasado, jurando que jamás volvería a delinquir i asegurando que no era tan culpable como ella imaginaba en su inocencia i su candor; pero el conocimiento que tenía del carácter de su esposa le hacía desistir de estos propósitos i encontrar inútil una humillación.

Sin embargo, le agradecía su silencio i discreción para no hablarle jamás de aquella noche terrible, i este silencio doloroso elevaba moralmente a Faustina ante sus ojos. Creyóse obligado a evitarle todo disgusto i hasta las sombras de nuevas sospechas, modificando por completo su jénero de vida. Se retiró del club i hasta de sus amigos, reduciendo su número a los mas serios, a los que podían inspirar mas confianza a Faustina. Almorzó i comió en su casa todos los días i de noche se recojía a la hora del té. Se hizo mas atento, mas tierno, mas obsequioso que nunca; pero sin abandonar la timidez i reserva en que lo había colocado su situación. En esta vida de privaciones i de esfuerzos, gozó de una satisfacción noble

i pura. Se imaginaba haber andado mucho en el camino de una reconciliacion.

Desgraciadamente, Enrique se hacia ilusiones respecto de su situacion. Estimando en mucho sus sacrificios, juzgando que su vida de casado era de lo mas correcto, llegaba a impacientarse porque no se admiraba i agradecia su irreprochable conducta. Sofocó, sin embargo, su despecho, temiendo que la menor imprudencia le hiciera perder las ventajas que suponía adquiridas i provocar la tempestad que tanto le costaba evitar.

I en verdad, Faustina no agradecia en lo menor todos estos esfuerzos por complacerla. La debilidad de Enrique le parecia un indicio de sus faltas. Era amable porque era falso. Hubiera querido ser subyugada por un carácter atrevido i firme, i no verse constantemente desarmada por aquella cobardía sumisa que ocultaba el engaño i la traicion. A veces llegaba a creer que toda aquella ternura era una burla. La menor contrariedad, la mas insignificante palabra la exaltaba, i si no hacia explosion era porque ante ella todas las lenguas enmudecian i todas las frentes se inclinaban. La idea del inmenso disgusto que daria a su padre una ruptura con Enrique, la obligaba tambien a calmar sus cóleras.

Durante esta primera época, Rosalía habia sido la sola confidenta de los pesares de Faustina; pero

a medida que su carácter se hacia mas irascible ya no le bastaba la amarga satisfaccion de ser compadecida por una sola persona. Poco a poco fué informando de su desgracia a sus mas íntimas relaciones, i con la violencia de sus sentimientos exajeraba su situacion, a la vez que pintaba de una manera monstruosa los vicios i defectos de su marido. Como le observara Rosalía que esto no era propio i que si Enrique habia cometido alguna falta su conducta presente era irreprochable, pues se recojia temprano todas las noches i muchas veces no salia de su casa, quiso tener pruebas evidentes de la falsedad de su arrepentimiento i le hizo espiar a toda hora i por todas partes. Al principio el espionaje no dió resultado alguno favorable para la causa de Faustina: Enrique iba de su casa a su escritorio; si salia de ahí era para dirigirse a un banco, a un almacén, a cualquier lugar público. Esto contrarió a Faustina. Seguramente sus agentes eran unos torpes o habian sido comprados por Enrique; a veces los reprendia i otras los exhortaba a servirla con celo, de lo contrario serian despedidos. Los pobres diablos comprendieron al fin su negocio i le referian inventadas sorpresas: ya era una carta que habia recibido de manos de una mujer sospechosa; o una dama, mui cubierta, que le esperaba

en sitio apartado i solitario, i con la cual habia subido a un carruaje. Estas relaciones mantenian sangrando la herida de Faustina. Sus celos i su despecho llegaron a ser en ella una enfermedad endémica. Subió a tal grado su fiebre i su locura, que de noche, despues que Enrique se retiraba a sus habitaciones, ella velaba hasta una hora avanzada, esperando verle salir furtivamente; pero jamas se realizó este deseo de su demencia.

Miéntras tanto, Enrique esperaba con impaciencia ver llegar el momento de una reconciliacion; pero sus ilusiones se desvanecieron ante la frialdad inmutable de Faustina. Muchas veces le pareció encontrarse en el instante oportuno, cuando se enternecia por alguna ocurrencia de su hijo, cuando despues de una visita del señor B. quedaba mas comunicativa; pero a la primera insinuacion, ella se alzaba altanera fijando en su esposo una mirada orgullosa i despreciativa que le detenia en su intento.

Un dia, durante el almuerzo, Luchito, como un hombre que no puede guardar un secreto por mas tiempo i con esa gravedad encantadora de los niños intelijentes i precoces, dijo a Faustina:

—Dime una cosa, mamá.

—¿Qué?—respondió ella con emocion i casi adivinando el objeto de la pregunta.

Enrique, en suspenso, esperaba la palabra del niño, creyendo que tal vez iba a procurar la ocasión de reconquistar a su esposa.

—¿Por qué no eres la misma con mi papá? ¿Por qué están disgustados tanto tiempo?

Al oír estas inocentes quejas, todos los amargos recuerdos de Faustina renacieron al instante i recobraron súbito vigor.

—¿Por qué?—repitió la jóven—porque tu padre ya no es el mismo, porque ya no me ama...—i añadió.—¡Si supieras lo que ha hecho!

I como ahogada por la emoción que experimentaba al confesar a su hijo esa verdad terrible rompió en sollozos desgarradores.

El niño echó también a llorar.

Enrique, pálido, temblando, trataba de calmar aquel dolor que desgarraba su corazón; pero sus súplicas eran inútiles.

Madre e hijo, abrazados, confundían sus sollozos.

Entonces él llegó a impacientarse al ver la impresión que semejante escena hacía en la servidumbre. El sirviente que servía a la mesa permanecía de pie contemplando severo ese drama íntimo, i los demás se habían agrupado cerca de la gran ventana del comedor que daba al jardín del segundo patio, con el oído atento, listos para no perder la menor frase.

Enrique, indignado, los hizo retirarse.

Después fué necesario conducir a Faustina a su dormitorio.

El estado de su hijo la obligó a calmarse.

El niño parecía dominado por un terrible pesar. Los sollozos casi le ahogaban. Enrique, como un loco, le paseaba entre sus brazos i le tranquilizaba prometiéndole que todo se arreglaría... Faustina, muy asustada, le hacía beber agua con azahar.

El niño se tranquilizó un poco; pero entre sus sollozos más tardíos dirigía siempre a Enrique estas palabras:

—Sí, sí, es cierto; ya no quieres a mi mamá...

Se le sentó en su lecho, se le rodeó de todas las atenciones, i lentamente, como un convaleciente de larga enfermedad, fué recobrando la calma.

Un inmenso cariño renacía en él hacia sus padres; quería tenerlos a los dos juntos al lado de su lecho. Faustina se sometió con dulzura a este tierno capricho, concediendo una lijera tregua a sus resentimientos.

En la tarde, cuando la crisis hubo desaparecido i el niño sonreía ya, Enrique se acercó a Faustina i trató de tomarle una de sus manos, que la joven retiró bruscamente.

—¿Esto no va a terminar jamás?—dijo él con tierno i cariñoso acento.—¿Es posible vivir así eternamente?

—Tú lo has querido—contestó la jóven recobrando su altanera actitud.

—Pero toda falta se castiga i se perdona; yo he recibido ya mi castigo. Perdona Faustina, perdona.

—¡Jamás!—repitió ella tratando de retirarse.

Él la detuvo con alguna violencia.

Estaba colérico ante esta resistencia tenaz; pero trataba de dominarse i sonreía nerviosamente.

—Reflexiona un momento en nuestra situación, Faustina; piensa en tu hijo, en la vida de aislamiento i de desesperación a que me condenas. Piensa que esto no puede prolongarse para siempre.

—¿No has dejado de amarme? ¿No has ido a buscar la felicidad en otra parte? ¿No me has dado por reemplazante a esas dignas mujeres con quienes pasas la vida?

—¡Con quienes paso la vida!

—¡Sí! sí! —repitió ella exaltada i rabiosa. —¡Eres un miserable!

Al oír estas palabras, Enrique, lívido de cólera, tuvo un arranque de violencia que por fortuna reprimió al instante.

Faustina, frente a él, parecía provocarle a un acto de demencia. Estaba inconocible: con sus mejillas cárdenas por la irritación que la dominaba, su seno hinchado i palpitante i su cabellera

un poco desordenada. En ese momento, si no hubiera sido por su belleza i su traje elegante, se la habria podido confundir con una mujer plebeya; toda la gracia i distincion de su persona habian desaparecido. Estaba ordinaria i monstruosa.

Enrique, asombrado ante esa trasformacion que le heria por primera vez, tuvo miedo i trató de apaciguar con su calma la tempestad que veia venir.

Su carácter violento i débil era incapaz de dominar una escena semejante.

— Está bien, señora — dijo, al fin, con una resolucion que parecia inexorable — todo ha concluido entre nosotros. Puede usted tomar el camino que quiera. ¡Por lo que a mí toca, juro que nada me volverá a unir a usted!

I salió de la habitacion resuelto a no ver jamas a Faustina, a alejarse para siempre de ese hogar que se habia trasformado en un infierno.



VIII

Con el corazón henchido de despecho, Enrique penetró nuevamente en los salones del club que por tanto tiempo había abandonado. Fué recibido con estrépito por sus antiguos camaradas, en cuyo centro ingresaba enfermo i lleno de hastío, resuelto a hacer la vida de un hombre soltero. Para celebrar su reaparición en el *high life*, se le dió esa noche un banquete improvisado; pero en medio del estruendo i la alegría, estuvo triste, sin poder olvidar a Faustina, a la cual creía perdida para siempre. Su vanidad, sin embargo, estaba halagada por el espléndido recibimiento de que era objeto. Sus amigos le querían, i esto era algun consuelo en medio de sus desgracias.

Cuando abandonó el club, el fastidio i el desencanto invadieron otra vez su alma. Se reprochaba su condescendencia i debilidad, creyendo que el

mejor medio de castigar a Faustina seria continuar la vida formal i casi austera que habia adoptado. Pero ¿de qué le habia servido su completo retiro del mundo, su abstinencia de seis meses? De nada. Cuando se creia digno de ser perdonado, su juez inexorable no habia tenido para con él una sola palabra de clemencia, i al contrario, habia sido cruel, injusto i hasta grosero. Su conducta ¿era digna de tanto vilipendio? ¡Ah! Conocia a los hombres, i sabia que entre los buenos era él de los mejores.

Vacilaba sobre el camino que debia seguir, cuando llegó a su casa i sin hacer ruido entró en sus habitaciones. Eran las dos de la mañana. Todo dormia sumido en el silencio i en las sombras; pero al traves de los cerrados postigos del dormitorio de Faustina veíase un lijero rayo de luz. Ella velaba esperando su regreso. Pero no velaba para correr cariñosa hácia él, como en otro tiempo, sino solo para sentir de léjos sus pasos.

¿Cómo se esplicaba esa cólera, ese odio profundo con esta vijilancia de todas las horas? ¿Era amor o celos lo que dominaba a su esposa? Su corazon se compadeció, olvidó los insultos recibidos i se abrió otra vez a la esperanza. Al fin, él era el culpable i debia sufrir las consecuencias de su conducta desleal. «Si en lugar de ser yo el infiel hubiera sido ella...— se dijo.—¡Oh, la habria

muerto! I sin embargo, Faustina nada me ha dicho i solo hoi ha hecho esplosion su cólera. Seamos justos, ¡Faustina tiene razon! I resuelto a seguir esta vez la vía recta, se acostó en su antiguo lecho de soltero, lleno su corazon de los mas jenerosos propósitos. Al dia siguiente amaneció alegre. La mañana estaba bellísima i el sol alumbraba con estraordinaria riqueza de luz el boscoso jardin de la casa. Enrique penetró por las estrechas avenidas rozando su cabeza en el ramaje de los copudos árboles i de las enredaderas en flor. Al ruido del follaje algunasavecillas se escaparon; él las hubiera querido detener; pero siendo esto imposible, se entretuvo largo rato contemplando el vuelo bullicioso de los pajarillos que revoloteaban de rama en rama. Una suave corriente de voluptuosidad i de juventud llenaba su alma. Cortó algunas de las mas hermosas flores e hizo con ellas un gran ramillete desordenado i sin arte, pero rico en colores i en aromas.

Oculto entre las enredaderas, que como un inmenso cortinaje cubrian el corredor, envolviendo las columnas i trepando sobre las cornizas, le contemplaba Luchito.

Al ver por primera vez a Enrique arrancar las flores del jardin, corrió mui alarmado donde Faustina i, con voz jadeante, le dijo:

—Papá está arrancando las flores.

—Las habrá ofrecido—contestó ella.

Enrique colocó el ramillete en la mesa del comedor, junto al sitio de su esposa.

Pero, a la hora del almuerzo, Faustina no se presentó en el comedor.

Enrique, silencioso i resignado, se sentó entre su hijo i Rosalía.

Una especie de sorda cólera volvía otra vez a roerle las entrañas ante aquella resistencia tenaz que concluiría por alejarle de su casa i hacerle odioso su hogar.

Por un instante le dominó cierta enerjía i, asumiendo el papel de jefe i dueño de su casa, dijo a Rosalía:

—Dí a Faustina que venga a almorzar.

Pronto regresó Rosalía con la respuesta.

—Dice que no viene i que ya no vendrá nunca mas.

—¡Pues bien—dijo Enrique levantándose de su asiento—yo tambien no vendré nunca mas!

I salió de la sala con toda la gravedad amenazante de un hombre resuelto a cumplir lo que promete, sin detenerse ante los llamados de su hijo i sin que al parecer le enternecieran sus lágrimas:

—¡Es imposible, es imposible!—repetía Enrique apretando los dientes de rabia.—No hai propósitos que valgan. Esto no tiene remedio.

Se creía humillado i castigado hasta el exceso. Un ciego despecho, nacido de la idea de que se cometía con él una grande injusticia, oprimía su corazón, i vehementes deseos de venganza le hacían sonreír acariciándole en su dolor.

Pensaba que en la situación en que se le había colocado, no era responsable de lo que hiciera para consolarse i distraerse, pues no estaba resuelto a hacer eternamente el papel de anacoreta i de conciliador que con tan poco éxito desempeñaba desde hacia seis meses. Su existencia era triste i monótona. Un barniz de súbita i anticipada vejez principiaba a cubrir su rostro. Contemplándose al espejo esa mañana, descubrió en su bigote una que otra cana, brote, no de sus años, sino de sus pesares; una especie de ardor juvenil parecía invadirle, como invitándole a aprovechar bien el plazo no muy largo de goces que aun le quedaban.

Distraído i dejándose guiar por sus pensamientos, caminaba sin rumbo fijo. La idea de abrir su escritorio i entregarse al trabajo, le causaba profundo fastidio. Ávido de impresiones, de sonrisas, de cariños, aun cuando fueran finjidos, saboreaba con delicia el recuerdo de pasadas aventuras i anhelaba volverlas a encontrar. El grupo de los brillantes calaveras, de cuyo centro se había alejado, principió a seducirle con su inagotable buen

humor, i las ocultas comidas hechas en el cerrado gabinete de un hotel o bajo el misterioso ramaje de los árboles, en las que se alternaban el champaña i la risa, despertaban en él una suave voluptuosidad.

Dominado por estos deseos que tan violentamente se despertaban en él, se dirigió a la casa de uno de sus mejores amigos, por lo ménos del que mas le agradaba por su carácter jovial i franco. Habia dejado de visitarle desde los desgraciados sucesos de su matrimonio. Camilo era uno de los concurrentes a la comida de la quinta, cuando Faustina hizo el gran descubrimiento, i Enrique habia creido necesario separarse de él, como de los demas, a fin de tranquilizar a su esposa i de no despertar en su ánimo el recuerdo de aquella horrible sorpresa. Camilo se esplicó así tambien el alejamiento de su amigo, i sin tocar jamas este punto desagradable, se resignó silencioso a esta separacion impuesta por una dura i cruel necesidad; pero estimaba a Enrique, preferia su amistad i su charla a la de los otros camaradas, i esperaba reanudar con él los lazos de la cariñosa intimidad que en otro tiempo les unieran. Al ver a Enrique se sonrió como si esperara su visita, i luego, señalándole con el dedo, exclamó:

—¡El resucitado! ¿Cómo has podido levantar la pesada loza de tu sepulcro?

—Con mis propias fuerzas—esclamó Enrique, asumiendo la actitud de quien acaba de conquistar su libertad.

Camilo miraba a Enrique i reia; pero con una risa que no era ofensiva.

—Verdaderamente—dijo Camilo poniéndose sério—en tu carácter, aquello debió molestarte mucho. I al fin ¿cómo te has arreglado?

—No me he arreglado todavía.

—¡En tanto tiempo!

—En tanto tiempo.

—Has debido conducir mui mal tus cosas.

—Lo mejor que he podido.

—Yo al mes estaba arreglado. Mi mujer i yo dormíamos tranquilos.

—Eso depende del carácter de la mujer.

—Nó; del carácter del hombre.

—Pero ¿cuál es tu receta?

—Dejarlas tranquilas, que hagan uso de la mas completa libertad de indignarse; concederles el derecho de gritar, de llorar i hasta de insultarnos, miéntras uno se hace el asombrado de que se incomoden por tan poca cosa; pero nunca se las abandona completamente a su desesperacion, ni se pierden los derechos de esposo. Al fin de un mes, la mujer se ha desahogado, sus rabias ceden, se imagina que el esposo que le ha tocado es una bestia inconsciente i lo aceptan resignadas con este

defecto... Pero el hombre que en ese crítico momento pierde su calma i se anonada, el que palidece i baja la vista dando a entender que comprende mejor que nadie la enormidad de su delito, el que entra en puntillas al dormitorio de su mujer i pregunta en voz baja por el estado de sus nervios, ese está perdido. Lo dominan i le imponen la lei del mas fuerte.

—Yo he hecho mas o ménos lo que tú me indicas, sin obtener el menor resultado favorable.

—Mas o ménos no sirve; es necesario ceñirse estrictamente al programa.

—Pero si Faustina es una mujer excepcional.

—Todos los maridos dicen lo mismo de su mujer; créelo, la mia tambien es excepcional.

—I luego, deben tomarse en cuenta los antecedentes, la opinion que la mujer tiene del marido; Faustina me creia un ángel.

—Esa horrorosa opinion ha sido para ti una verdadera desgracia: mi mujer siempre me creyó capaz de cometer un pecado mortal, de consiguiente, cuando supo que delinquia, su asombro no fué tan grande. Ya ves como esta mala opinion me ha sido mui favorable.

Enrique parecia entristecido; envidiaba el carácter lijero i zumbon de su amigo, que trataba con la misma indiferencia los asuntos mas graves como los mas triviales.

Era éste un defecto que acusaba en él mui poco sentimiento i mui poca moral; pero este defecto le habia salvado, i él con todas sus virtudes estaba arruinado.

Camilo comprendió lo que pasaba en el interior de su amigo i quiso consolarle.

—¿Nos ponemos en marcha?—le dijo.

—Sí, eso me vendrá bien; necesito andar i respirar mucho aire.

—¿A dónde iremos?

—Donde tú quieras.

Camilo tomó su sombrero, i miéntras pasaba a su ropa una suave escobilla, se acercó a Enrique en actitud confidencial.

—Estas situaciones son desagradables —le dijo— pero tienen para nosotros su lado ventajoso.

—¿Cuál?

—Jeneralmente las mujeres no engañan a los hombres que las engañan. Recorre la lista de los mas grandes tunantes; la inmensa mayoría tienen una esposa de una honorabilidad a toda prueba.

—I ¿bien?

—Que es alguna compensacion por lo que nos hacen sufrir.

Enrique no pudo ménos que lanzar una carcajada ante aquella inmensa satisfaccion que convertia en provecho propio tanto los buenos como los malos actos de la vida.

Se pusieron en marcha tomados del brazo, como dos amigos que se confían recíprocamente las intimidades de su vida.

Caminaban sin rumbo fijo, cuando Camilo se volvió bruscamente i fijó una mirada curiosa en el interior de un coche que pasaba.

Era uno de esos carruajes americanos, de caja cuadrada como la de un wagon, i cuyos grandes vidrios permiten ver fácilmente a las personas que conducen.

Una sonrisa franca i amable se dibujó en los labios de Camilo.

—¿Quién es?—preguntó Enrique.

—¡Mira!—le dijo Camilo.

I le indicó el gran vidrio de atrás sobre el cual se agrupaban dos cabezas femeninas que parecían disputarse el sitio para observar mejor a los dos jóvenes.

—¿No es Amalia?—murmuró Enrique, aparentando no reconocer del todo a su antigua amiga.

—La misma.

—Pero está mas jóven.

—I ¿por qué habia de estar vieja? No sabes que es el corazon el que nos hace envejecer ántes de tiempo; i cuando no se tiene...

El carruaje habia detenido su marcha, caminaba lentamente; las personas que conducia esperaban que ellos se acercaran.

—¿Sabes que es linda la muchacha que acompaña a Amalia?

—Ya lo creo—contestó Camilo con entusiasmo.—No hai en Santiago un rostro mas interesante. I si tú la vieras de cerca i la trataras, te volverias loco.

El carruaje se detuvo, i Camilo se dirijió a él resueltamente miéntras Enrique, a alguna distancia, dirijia a su alrededor miradas intranquilas para ver si álguien los observaba.

—¡No hai cuidado!—le gritó Camilo—ven sin temor.

Enrique se acercó a tiempo que una mano enguantada abria la portezuela.

—¡Sube!—le dijo Camilo.

Enrique, para abreviar aquella escena, dió un salto al interior del carruaje, Camilo imitó su ejemplo.

Cerróse la puerta con estruendo i los caballos se pusieron en marcha con velocidad, al mismo tiempo que Amalia con una risa exajerada i nerviosa, se felicitaba de tan dichoso encuentro.





IX

A fines del mes de octubre, cuando los campos se hermo­seaban con las galas de una exuberante primavera, Luchito, cuya existencia débil i raquí­tica era la de un eterno convaleciente, sufrió de im­proviso una grave recaída.

Desde los dolorosos sucesos que produjeron en el feliz hogar de Faustina el desórden i la ruina, el niño parecia preocupado i triste. Acostum­brado a ver al rededor de sí solo el amor i la dicha, a ser el ídolo de sus padres, sentia ahora todas las consecuencias de tan tremendo cambio. Por pri­mera vez veia sufrir i llorar a su madre, i a su padre adusto e indiferente. La alegría de aquella casa feliz se habia cambiado en duelo, i él, tan agasajado i querido, habia pasado a ser un objeto indiferente. El niño sentia sobre sus débiles es­paldas el peso de aquel desplome inmenso. Sensi-

ble i delicado como era, este cambio súbito influyó en su salud. Todas las alternativas de la nueva vida que se desarrollaba a su alrededor le herian en lo íntimo de su corazón. Las tristezas de su madre, los disgustos violentos que tenían lugar, las ausencias prolongadas de Enrique i su actitud reservada i fría, todo le causaba profunda pena. Ya no era amado como ántes i sus padres no eran felices.

Estos pesares que el niño sentía sin explicárselos, desarrollaron en él una negra melancolía. Con motivo de su enfermedad no se le mandaba al colejo, i por la misma causa se le prohibía jugar, porque se ajitaba demasiado, i hasta pasear por el jardín, porque había sol i humedad. Luchito, que hasta entónces vivía a influjo del amor de sus padres, que creaban a su alrededor una atmósfera de tibias caricias, semejante ahora a una planta enfermiza, privada de calor i de frío, decaía i se marchitaba. I lo mas doloroso era que nadie notaba que el niño dirigía hácia la tumba sus débiles pasitos.

Faustina, despues de la violencia de sus celos, que parecía haber estenuado su poderosa naturaleza, buscaba en la relijion un consuelo a sus desgracias. Cuando era feliz, sus prácticas católicas se reducían a lo ménos que la iglesia exige de sus fieles: oír misa los domingos i dias de fiesta i con-

fesarse una vez en el año. Sus deberes sociales i las agitaciones de su vida de placer le impedían hacer mas; pero ahora su vida entera se consagraba a Dios. Sumerjía en los éxtasis de esta nueva pasión con toda la vehemencia de que era capaz su alma ardiente i apasionada. Sentía una delicia inefable, i olvidaba su situación de mujer abandonada al escuchar las celestes armonías que subían al cielo envolviendo las columnas i la cúpula del templo con su eco vibrante. La luz rosada o azuleja que penetraba a través de los cristales de las ventanas, llevaba hasta su alma acongojada un rayo de esperanza. Cada día se sumergía mas en esta vida de misticismo, pasando mas tiempo en la iglesia que en su casa. Absorta en los goces ideales de su nueva pasión, no veía los estragos que hacía en su hijo la misteriosa enfermedad que le aquejaba desde su nacimiento, i la costumbre de contemplarle siempre débil i enfermizo velaba ante sus ojos la terrible verdad. Fué necesario una escena inesperada para que Faustina comprendiera la inminencia del peligro.

Una mañana el señor B. llegó a la casa de su hija i como de costumbre en esta última época, no la encontró, pues estaba en la iglesia. Luchito, taciturno i soñoliento, yacía recostado en un sofá. El señor B. se acercó a él silenciosamente i le contempló un instante, entristeciéndose ante su debi-

lidad i flacura. El niño despertó i quiso levantarse; pero no tuvo fuerzas i volvió a dejar caer la cabeza sobre el almohadon. Entónces el señor B. notó el brillo extraordinario de sus ojos i las manchas rosadas que cubrian sus mejillas. Mui alar- mado tomó al niño entre sus brazos, a tiempo precisamente que Faustina entraba en la sala.

—Este niño está enfermo—le dijo—¿no lo ves? gravemente enfermo.

Faustina, como si despertara de un sueño, abrió los ojos i fijó en su hijo una mirada llena de pavor.

—¿Qué tienes?—le dijo con profundo espanto— ¿qué sientes, qué te duele?

I arrancándolo de los brazos del señor B., lo confundía a cariños i a preguntas.

Despues, presa de un terrible presentimiento, echó a llorar.

Luchito, fortalecido por estas muestras de ternura que no veia hacia algun tiempo, sintió circular por sus venas el calor de una nueva vida. Dominó su abatimiento i dijo con voz serena:

—Nada, mamá, nada; no me duele nada.

Esta respuesta tranquilizó a Faustina; pero su mirada de madre se fijaba con angustia en el rostro del niño.

El señor B., que sabia hai enfermedades que no duelen pero que roen secretamente, dijo a su hija que era mui posible que el niño nada sintiera,

pero que eso no disminuía la gravedad de su estado.

Ese mismo día Faustina reunió algunos médicos, los que eran mejores a su juicio i que el señor B. le indicaba como sobresalientes.

Todos, ménos uno, auscultaron al niño, mostrándose intranquilos despues del exámen. Estaban de acuerdo respecto del diagnóstico. I como era necesario recetar i decir algo, uno de ellos tomó la palabra i dirijiéndose indistintamente a Faustina i al señor B., que estaba presente:

—La curacion de este niño—dijo—es mas obra de la naturaleza que de la ciencia. No le mantengan en el lecho, pues el calor de las sábanas le consumiria. Necesita de una libertad que sea vijilada... que juegue, que corra un poco, que ria, que se distraiga. Alimentarlo mui bien..; sobre todo el campo; un lugar a cierta altura seria uno de los medios mas eficaces de curacion.

—¿San Bernardo?—preguntó Faustina.

—Sí, el clima de San Bernardo le probará mejor que el de Santiago.

No era la primera vez que los médicos recomendaban a Faustina un temperamento semejante para su hijo; pero en otra época le habria sido mui difícil i molesto permanecer largo tiempo en el campo o en un pequeño pueblo de provincia, léjos de Enrique que por sus ocupaciones no po-

dia abandonar a Santiago. Hoi esta proscripcion la aceptaba con verdadero placer. La idea de alejarse de Enrique, llevando consigo a su hijo enfermo, le pareció un acto de venganza i de castigo que le haria sufrir. La terrible herida de su corazon estaba mui léjos de cicatrizarse; al menor incidente se abria i manaba sangre. Todas las desgracias las aceptaba casi con placer, siempre que alcanzaran al traidor.

Tres de los cuatro médicos que constituian la junta, se habian retirado; el otro conversaba con el señor B. en la sala vecina. El abuelo, dominado por dolorosa ansiedad, queria informarse de la verdadera situacion del niño, i escujo para ello al doctor que le pareció mas franco i mas serio.

A las primeras palabras que se cruzaron entre esos dos hombres, el señor B. quedó satisfecho de su eleccion.

—Yo no quisiera ser médico—decia el doctor—solo por no ver a los niños enfermos. Es algo que destroza mi corazon, sobre todo cuando me creo impotente para salvarlos. Que termine la vida un hombre que ya ha hecho su carrera, que por sus años se acerca al fin, eso es lo natural; pero que muera un niño, que siempre es una esperanza i en el que se ven tantas promesas, es un atentado i un crimen...

—Es verdad, es verdad—repetía el señor B.—siento lo mismo; la muerte de un niño es algo que jamás se olvida i que siempre se llora. I en este caso, doctor ¿qué piensa? ¿Es una enfermedad incurable la de este niño?

—¿Es usted de la familia?

—Sí; pero no soy su padre i a mi edad se pueden oír todas las verdades. Dígame francamente lo que tiene.

—Una tísis laríngea.

El señor B. palideció.

—Pero usted no le ha auscultado como sus demás compañeros—dijo el señor B. buscando en sus propias palabras un consuelo o una esperanza.

—He creído inútil hacerlo—dijo convencido el doctor—me ha bastado contemplar el ansia con que acaba de devorar unas frutillas i ver sus manos flacas en las que las uñas se levantan como prontas a separarse de la piel, para saber lo que tiene.

—Segun eso ¿no hai remedio posible?

I el señor B., pendiente de la respuesta, casi no respiraba.

—La edad es una esperanza—dijo el doctor.

—Lo dice usted por consolarme.

—Ya ve usted como no se puede decir siempre toda la verdad. Usted es mas que un pariente.

—Sí, soi su abuelo,

El señor B. vió al doctor algo confuso, i como no le agradaba hacer dramas, se apresuró a decirle:

—Doctor, si el niño salva lo deberá a sus conocimientos. Es usted un hombre de corazon i hará por él, o mas bien dicho por nosotros, cuanto esté a su alcance.

—Tengo una desconfianza tan inmensa en mis fuerzas, que me arredra la responsabilidad.

—Nadie hará mas que usted, doctor.

I los dos hombres se estrecharon las manos como si hubieran firmado un contrato solemne, en el que la ciencia iba á entrar en lucha contra algo que era casi invencible. Era éste un detalle nimio de la gran vida de la naturaleza; pero para el señor B. tenia tal importancia, que le parecia se trataba de la suerte de toda la humanidad.

El señor B. presentó el doctor a su hija, diciéndole:

—Ten confianza en él; la vida del niño está en sus manos.

—¡Sí—replicó ella—despues de Dios!

Se hicieron con precision los preparativos del viaje. Toda la servidumbre debia trasladarse a la gran quinta que Enrique poseia en San Bernardo, i que la familia habia visitado solo una vez. La casa de Santiago quedaria al cuidado de una vieja

llavera. El señor B. prometió a Faustina que iría todas las semanas a acompañarla por varios días.

En todos estos arreglos no se trataba para nada de Enrique, como que desde algun tiempo hacia en la casa el papel de un huésped, de un alojado que entraba i salía por instantes. El doctor habia declarado que este viaje no era necesario; pero Faustina insistió ponderando las ventajas de aquel aire mas puro i seco. Su oculto propósito de venganza entraba mui principalmente en esta preferencia. No creía en el estado de suma gravedad de su hijo, porque estos trajines i proyectos de paseos habian alegrado el ánimo del niño haciendo renacer su perdido apetito. I como nada sufría i dolor alguno le molestaba, Faustina le creía mui léjos de un gran peligro. Mas que la salud de su hijo tan querido le preocupaba el golpe que recibiría su marido cuando llegara a la casa i la encontrara desierta, recibiendo al mismo tiempo la noticia de que Luchito estaba mui mal, casi sin remedio, como ella habia tenido cuidado de repetirlo a la servidumbre para aumentar todavia la fuerza del golpe que le asestaba. Enrique se habia ido por seis u ocho días a un lugar de baños i era necesario que a su regreso no la encontrara.

A la mañana del día siguiente tomó el tren que

debía conducirla a su nueva i campestre residencia, llevando consigo todo el inmenso equipaje que arrastra una familia opulenta, junto con una numerosa e inútil servidumbre. La marcha se había hecho con tanta precipitación i los preparativos tan sin orden que no se sabía cómo ni a dónde iban a comer ese día i a dormir esa noche; pero el gran pensamiento era que la casa estuviera solitaria para el día siguiente, fecha del regreso de Enrique.

Cuando llegaron a la gran quinta fué aquello una sorpresa para el jardinero i la familia que cuidaba de ella. Nada se les había comunicado sobre el arribo de la señora. Las piezas estaban sucias i no había sino una, amueblada con sobrada modestia; pero toda esta pobreza i falta de preparativos agradó a Faustina.

A pesar de las desgracias que la abatían, su marido perdido i su hijo en peligro, sentía renacer en su corazón algunas emociones juveniles en presencia de aquellos campos hermosos i cubiertos de verdura, de esas alamedas sin fin, de esos pobres suburbios transformados en verjeles, de esas fincas cerradas con bajas tapias por sobre las que caían a la calle las ramas de los arbustos floridos. Le pareció que toda la jente que vivía sin ambición i sin ruido bajo esos humildes techos,

era feliz, i por un instante la dicha que suponía en los demas penetró en su alma llenándola de una pura delicia.

Luchito, dejando a un lado la afectación i el estiramiento con que en Santiago se enseña a vivir hasta a los niños, marchaba solo por las empolvadas i solitarias calles del pueblo, sin querer aceptar el auxilio de nadie, libre, feliz, expansivo i creyéndose ya bueno.

La quinta, aunque mui descuidada, era bastante hermosa i estensa. La fachada tenía un solo piso; pero en el interior se alzaba un segundo, afectando las formas de un pabellon. En este departamento se instaló Faustina con su hijo i Rosalía. La servidumbre tomó las habitaciones del primer piso, en el que se arregló también el comedor. Desde las ventanas del dormitorio de Faustina se tenía una hermosa vista: en primer término el boscoso jardín de la quinta i de los huertos vecinos, i despues una vasta sábana de verdura que se estendía hasta las montañas, en cuyas faldas se divisaban algunos trigales, pequeños sembradíos de hortalizas i viñedos que trepaban los cerros, deteniéndose fatigados cerca de las cumbres. Un triste silencio, el silencio de los pueblos agrícolas, dominaba el estenso panorama; solo se oía de cuando en cuando el ruido pesado de los trenes i

el silbido de las locomotoras que anunciaban su eterno viaje para el norte i para el sur, con una regularidad matemática.

Tanto agradó a Faustina este lugar, que acarició la idea de vivir siempre en él. No léjos de sus ventanas se alzaba un grupo de negros cipreses que daban sombra a un banco de piedra. Una armonía triste i soñadora envolvía este sitio. A Faustina le pareció eso una tumba, i la idea de la muerte pasó por su mente sin causarle espanto, agradándole ser enterrada ahí, en el mismo lugar en que yacia el viejo banco de piedra.

Dos días despues de instalada Faustina en su nueva residencia, la visitó su padre en compañía del doctor a quien habia encargado la curacion de su nieto.

Era un domingo por la mañana, i al atravesar el carruaje por la plaza, vieron a Faustina que salia de la iglesia acompañada de su hijo. Detuvieron los caballos i la invitaron a subir, i todos juntos se dirijieron a la quinta.

El doctor no habia fijado su atencion en Faustina la primera vez que la visitó; preocupado por los diversos incidentes a que daba lugar la junta con sus demas colegas i distraido con la charla del señor B., vió solo a la madre aflijida i llorosa, medio oculta en un extremo de la sala; pero ahora, sentado frente de ella, tocando casi sus rodillas

en el interior estrecho del carruaje, alumbrada la escena con toda la luz del medio día, no pudo ménos de asombrarse en presencia de su estraña belleza. Jamas el rostro de una mujer le habia impresionado tan profundamente.

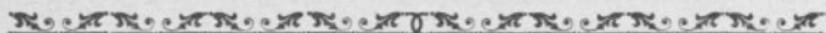
Pasaron un día que para todos fué mui agradable. El niño, con el cambio de temperamento i algunos remedios del doctor, se encontraba mui bien; estuvo tan alegre que jugó con su médico, uniéndose a él con la amistad mas estrecha.

En la tarde el doctor regresó a Santiago, dejando en todos los habitantes de la quinta la impresion mas favorable.

El señor B. quedó acompañando a su hija por algunos días.

El doctor debia volver los juéves i domingos a visitar a su enfermo.





X

Cuando Enrique regresó a su casa, despues de una corta escursion balnearia, encontró cerradas las habitaciones de Faustina.

—La señora se ha ido a la quinta—le dijo la vieja llavera que estaba al cuidado de la casa—el niño está enfermo i los médicos le han recetado ese cambio de temperamento.

Enrique se alarmó al recibir esa noticia i preguntó repitidas veces por la clase de enfermedad de Luchito, queriendo conocer todos sus síntomas.

La buena vieja, mui impresionada por el dolor de Enrique, olvidó las instrucciones de Faustina, diciendo que para ella el niño no estaba enfermo, que eran ardidés de los médicos para ganar plata i que, al contrario, el dia de la partida le habia visto alegre como pocas veces.

—I ¿por qué no se me ha comunicado este viaje?—preguntó Enrique.

La vieja arrugó el rostro i encojió los hombros, queriendo espresar así que ella ignoraba el motivo.

—El señor B. ¿ha acompañado a Faustina?

—El señor está en su casa; la señora ha partido con doña Rosalía i los sirvientes. Solo yo he quedado aquí.

—¿No te ha dicho algo de mí?

—Nó.

Enrique comprendió que nada habia de serio en la enfermedad del niño i que ese viaje era uno de los muchos medios de hostilizarle que empleaba Faustina desde algun tiempo. Sin embargo, deseó ver a su hijo e inmediatamente se habria puesto en marcha para estar a su lado a no haberse alzado de por medio su amor propio ofendido. No quiso dar a Faustina el placer de un triunfo i, al contrario, prefirió mostrarle con su indiferencia que comprendia su táctica.

A medida que Enrique meditaba en la conducta de su esposa, en los medios pequeños i ruines de que, segun él, se valia para ofenderle, se ahondaba mas el abismo que le separaba de ella. Habian llegado a sus oidos, exajeradamente abultadas, las quejas de Faustina sobre su conducta i las palabras hirientes que empleaba para calificarla. Aho-

ra, tal vez para presentarse en público como una víctima, se escapaba de su lado, llevándose a su hijo sin comunicarle una palabra.

Era esto la prueba mas grande de altanería i hasta de desprecio hácia él.

Pero estaba resuelto: en esta ocasion no cederia como en tantas otras; i aun cuando la enfermedad del niño fuera verdadera, dejaria marchar libremente los sucesos, por tremendos que fueran. Él no tenia obligacion de saber nada desde que nada se le comunicaba.

La conducta del señor B. parecíale tambien bastante estraña. Conocida la influencia que tenia sobre su hija ¿cómo no la aconsejaba el olvido, el perdon, o por lo ménos la clemencia hácia un hombre que la amaba, que en nada grave la habia ofendido i cuya falta debia ser leve i disculpable para los hombres? Por todas partes se veia hostilizado. Su conducta débil, como se lo habia observado Camilo, era la causa de su desprestijio i de su falta de autoridad en el seno de la familia. Se le trataba como a un espantajo, como a algo que no existe o que hace reir. Era necesario probar que su falta de carácter no era tan completa i que aun quedaba en él un poco de dignidad i de altivez. Juró en su interior no ver a Faustina si no se le llamaba. Su ausencia haria sufrir a su hijo, cuyo carácter sensible i tierno, i mui amante

para con él, le impresionaba dolorosamente; pero este mismo sufrimiento llegaría hasta Faustina i lo vengaría.

Durante varios días esperó Enrique con alguna impaciencia un recado, una insinuacion cualquiera de Faustina para que le visitara en su retiro. Sabia que no le escribiría; pero no se imaginaba se le condenara al mas completo silencio. Ni siquiera le habia visto el señor B. para darle noticias del pequeño enfermo. ¿Acaso ya no era el marido de su esposa ni el padre de su hijo? I al verse tan combatido, él, que era sensible i amante, un rabioso deseo de venganza henchia su pecho i oleajes de caliente sangre azotaban su rostro. Hubiérase arrancado del corazon todo sentimiento noble, todo afecto amoroso hácia su familia; hubiera querido ser malo, perverso, infame, para que así se le condenara con justicia.

Esta hostilidad de que Enrique se creía víctima, servia para disculpar su conducta ante su propia conciencia, pues habíase lanzado a una vida de disipacion i de locura. Sus negocios descuidados le habian hecho perder algunas sumas, de lo que culpaba a Faustina; sus gastos personales se triplicaban, a pesar de que su esposa gastaba ahora mucho ménos, i para colmo de su infelicidad habia elevado a la altura de una pasion uno de esos

amores de cuarta i quinta mano, cuya conquista es la obra de un día.

Necesitando amar i ser amado, hastiado de la lucha de su hogar, un tanto ansioso de caricias i de placeres, encontraba un consuelo i un desquite a sus pesares en ese amor fácil, sin celos i sin molestias, que ño le procuraba sino goces. Su querida tenia, como todas, una historia desgraciada que habia conmovido profundamente el sincero i poco experimentado corazon de Enrique, i al oir su relato, en el mismo lecho amoroso de la víctima, llegó a creer que habia en el mundo muchas clases de virtud, la de la esposa honrada i fiel i la de la jóven engañada, sin familia i sin defensa, que en su abandono siente el hambre i la desnudez i que, sin embargo, rechaza las ofertas de una vida abundante i cómoda.

En verdad, Luisa no habia resistido tanto; pero la impresionable bondad del carácter de Enrique realizaba sus méritos, viendo una desgracia en cada flaqueza de la niña i una abnegacion casi heroica en la defensa, débil por cierto, de su dignidad i de su pudor.

Luisa poseia con exceso las condiciones de esas mujeres que son materialmente adoradas: un rostro de cortornos virjinales con ojos claros, expresivos i candorosos; talle esbelto, flexible i rico en líneas i curvas de estrema gracia. El seno un

tanto abundante, revelaba que la niña se trasformaba en mujer de mundo i de experiencia, a lo que se agregaba allá en el fondo, en el misterio, en el secreto de su vida, una voluptuosidad sin freno i sin rubor.

Era sobrina de Amalia, la antigua amiga de Enrique, que al descubrirla abandonada i pobre la recojió jenerosamente, colmándola de dádivas, con ese falso desprendimiento que es el anticipo de un gran negocio. Desde que la vió la destinó para Enrique, pensando mui cuerda i previsora-mente que Luisa podria retener al hombre que se le habia escapado a ella, lo que era lo mismo, pues todo quedaría en casa, es decir, el dinero.

Hacia tiempo que Amalia buscaba a su esquivo amante para deslumbrarle con los destellos de esa joya falsa, i el dia que paseando en carruaje le encontró en compañía de Camilo, casi enloquecida por el hallazgo, dijo al oido de Luisa que ese era el hombre a quien la tenia destinada.

Enrique aceptó la aventura con el corazon lijero, imaginándose que seria dueño de prolongarla a su arbitrio i ponerle fin cuando el hastío le invadiera; pero la calculadora i graciosa muchacha supo retenerle a su lado mas allá de toda prevision, probando una vez mas el peligro que se corre en ese juego de las pasiones, en que muchos, creyéndose dueños de sí, entran seguros i risueños

para salir con el corazón seco i las alas quemadas.

La situación de Enrique era muy a propósito para sumirle en este amor que le consolaba de sus desgracias. Sin esta nueva pasión que le distraía de sus penas ¿qué habría sido de él? Se habría vuelto loco o convertido en un escéptico incurable. Aceptaba su situación como un eficaz i sabio remedio que le salvaba de peores males. Es cierto que en ocasiones se despertaban en su alma escrúpulos de virtudes ya desvanecidas; pero estos destellos pálidos se extinguían fugaces ante los poderosos raciocinios de su nueva moral convencional. Su amor a Faustina se extinguía lentamente, como se hacen cenizas las brasas de un fuego que no se sopla, i de su hogar feliz i querido de otra época solo vivía poderoso, mas tierno i profundo el cariño hacia su hijo, a quien no veía.

A veces, cuando el hastío de su vulgar pasión le mordía el alma, alzabase imperioso el deseo de ver a su hijo i de estrecharlo entre sus brazos; pero las ofensas de Faustina i la vergüenza de su situación le retenían lejos, indignado i rabioso. Ya Enrique solo iba a su casa por momentos, pues comía en el club i la noche la pasaba al lado de Luisa. Una mañana, al abrir la puerta de calle de su casa, encontró una tarjeta del señor B. en la cual se leían, escritas con lápiz, estas palabras:

“Le he venido a ver muchas veces.” Pensó Enrique que tal vez el señor B. tendría algo grave que comunicarle, i la idea de una desgracia oprimió su corazón.

Después de almorzar se dirigió a casa del señor B. Iba sobresaltado i temeroso; pues si nada consolador tendría que comunicarle, molestábale por lo ménos encontrarse en presencia de ese severo juez de su conducta que todo lo sabía i con el que no deseaba tener una explicación.

El señor B. recibió a Enrique con su serenidad afectuosa de siempre.

Discreto i amable, no tocó ni por incidencia el punto que tanto temía Enrique.

Habló de asuntos comerciales i políticos, i al recordar a su hija i a su nietecito lo hizo de tal manera que Enrique llegó a creer que el señor B. ignoraba por completo lo ocurrido i vivía en el engaño de que las relaciones de ambos esposos eran como siempre cariñosas i cordiales.

Al despedirse Enrique, el señor B. le dijo con la mayor sinceridad:

—¿Por qué no comes en casa algunas veces? Comprendo que te será agradable la charla de los amigos de la mesa del club, pero no debes olvidar que es bueno i mui meritorio alegrar la soledad de los viejos.

Enrique se conmovió; pues si el señor B. repre-

sentaba un papel, lo hacia mui noblemente, i de tal manera le agradeci6 su discrecion que su resentimiento con Faustina disminuy6 en mucho.

Volvi6 esa misma semana a casa del se6or B., i el pr6ximo domingo se diriji6 en su compa6ia a la quinta que habitaba Faustina.

Imajin6base que de esta visita saldria el arreglo de sus asuntos matrimoniales, pues era indudable que la actitud del se6or B. correspondia a un proyecto de reconciliacion ideado entre el padre i la hija; pero tan gratas ilusiones se disiparon ap6nas se encontr6 en presencia de su esposa.

Es cierto que por la primera vez ella le tendia la mano, pero una mano fr6a e inerte que se le permitia estrechar solo porque el se6or B. estaba presente. Despues no le concedi6 ni una palabra, ni una mirada. Reinaba en toda la casa la misma frialdad solemne impresa en el rostro de Faustina, i hasta la servidumbre, seria i casi desde6osa, parecia mirarle como a un estra6o. Su hijo, tan afectuoso i comunicativo, se le acercaba ahora con timidez, con un recelo que revelaba el temor de recibir de 6l algun mal.

Era esta situacion respecto de su hijo la que mas dolorosamente sentia Enrique i la que mas le indignaba, pues en su ciego despecho llegaba a encontrar aceptable hasta la inveros6mil suposicion de que Faustina hubiera puesto a su hijo al

corriente de su desgracia, i enseñádole la conducta que debia observar para con él, no imaginándose jamas que el niño procedia por su propia inspiracion i que su fino instinto le hacia descubrir al autor del doloroso cambio en la vida de sus padres, de la tristeza perenne que reemplazaba al sol i a la alegría de otro tiempo.

Disipadas por completo sus esperanzas respecto de una reconciliacion con su esposa, ya no pensó Enrique sino en abandonar la casa en que se creia un intruso. Por consideraciones al señor B. no regresó a Santiago ese mismo dia i postergó su viaje para la mañana del siguiente. En la noche no concurrió sino un instante al salon, retirándose despues a su dormitorio. Mas tarde, cuando todos dormian, salió a pasearse al jardin. Necesitaba ensanchar su pecho oprimido con el fresco aire de la noche, impregnado del aroma de los árboles i de las flores. Esto le haria bien, pues el viento se llevaria una parte de sus pesares. Internóse en lo mas boscoso del parque, buscando el asiento de piedra, testigo de muchos idilios de sus amores con Faustina; pero al acercarse le pareció oír el murmullo de una conversacion. Se detuvo i escuchó. Era el señor B. que pedia casi suplicante a su hija el olvido de todo lo pasado i la reconciliacion con su esposo.

—¡Imposible!—repetia ella con voz empapada

en lágrimas.—No puedo vencer mi naturaleza, no puedo; no lo haré jamas. Cuando quiero hacer este sacrificio en obsequio tuyo, algo mas poderoso que mi deseo se alza en mi corazon i me detiene. Esto es sin remedio, padre mio. Resígnate a ello como yo.

Enrique escuchó su sentencia con serenidad; su ánimo estaba preparado a ella desde tanto tiempo, que su corazon no dió un latido de mas.

Un ruido de pasos sobre las hojas le hizo ocultarse.

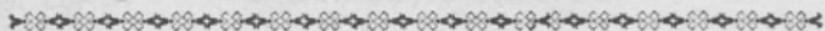
Faustina, del brazo del señor B., pasó frente a él. Ambos iban silenciosos i sombríos. Al verla, el corazon de Enrique se oprimió con fuerza ante el recuerdo de la que habia amado, i... de la que amaba siempre.

Siguió de léjos a la triste pareja, i cuando ésta se hubo ocultado en sus habitaciones, entró él tambien a la suya, se arrojó en el lecho i se durmió, despues de largas horas de desvelo, con ese sueño pesado que en las desgracias sin remedio nos aplasta como una losa mortuoria. A la mañana siguiente, ántes de partir, entró al pequeño dormitorio de Luchito situado junto al de Faustina. Se acercó al lecho sin hacer el menor ruido. El niño dormia aun. Estaba pálido i dos grandes ojeras cubrian de sombras sus ojos.

Durante largo rato le contempló lleno de an-

siedad, pues en esa inmovilidad del sueño su rostro se veía mas flaco, como si los males de que sufría se acentuaran con mas rigor. Un terrible presentimiento heló la sangre en las venas de Enrique, e involuntariamente i sin darse cuenta, iba a penetrar en el dormitorio de Faustina para interrogarla sobre la salud de su hijo; pero la puerta se cerró con violencia i el crujir de una doble llave le hizo volver en sí i recordar que nada tenia que hacer en esa alcoba.





XI

Llegó el otoño, i Faustina, en vez de regresar a Santiago, continuó viviendo en la quinta, trasformada por el mal tiempo en el mas triste de los destierros. ¡El invierno en el campo! Ante esta sola idea se estremece de horror el corazon de las mujeres felices de las ciudades; pero Faustina experimentaba cierto íntimo regocijo al ver ponerse amarillento i seco el verde tapiz de los campos, mustio el follaje de los árboles, cuyas hojas se desprendian al contacto de la mas lijera brisa. Aquel cielo cuyos horizontes estaban ocultos por revueltas i tempestuosas nubes ¿no era la imájen fiel de su alma, ya para siempre sin alegrías ni esperanzas, i combatida constantemente con las borrascas de sus celos i desgracias?

El frío de la nueva estacion obligó tambien al señor B. a permanecer encerrado en su abrigado

gabinete de lectura, privado del placer que le proporcionaba la presencia de su hija, i solo cuando el cielo se despejaba i el sol entibiaba apenas la tierra con sus rayos sin calor, el ya achacoso anciano, venciendo la pesada indolencia de sus años, se escapaba de su bufete sin clientes para ir a visitar en su destierro al nietecito enfermo i a la hija desgraciada, y por consiguiente mas querida.

Solo Guillermo, el médico de Luchito, era el puntual visitante de la abandonada familia. Aun cuando lloviera hasta convertirse las acequias en torrentes i los ríos en mares, él no faltaba a su compromiso de visitar al enfermo una o dos veces por semana, pues comprendia la situacion de Faustina i le gustaba llevar el consuelo de su amistad, mas que el de su ciencia, a esa madre eternamente alarmada respecto de su hijo.

Despues del señor B., Guillermo era la única persona que en la quinta era esperada i recibida con placer, pues llevaba consigo un poco de ese ruido de la vida, que, como el sol en las moradas sombrías, ensancha i alegra los corazones oprimidos. El carácter del doctor era tambien mui a propósito para hacerse querer i desear en el seno de una familia que sufria de esa enfermedad moral, de esa tristeza grave i profunda que causan los infortunios del corazon. Amable i serio á la

vez, respetuoso i atento hasta ver a Faustina con esa especie de culto sincero que los hombres virtuosos i de corazon rinden a las mujeres desgraciadas i hermosas. Nunca se escapaba de sus labios una palabra indiscreta, i sus observaciones i críticas eran tan llenas de bondad, que ponian en transparencia su alma pura i jenerosa. Miraba el mundo i el desarrollo de la comedia humana desde un ideal mui elevado, estrañándose que los hombres fueran tan buenos siendo de un material tan mezquino. Tenia esa ilustracion sin pedantería que no se revela sino cuando es necesario; pero cuando discutia sobre ciencias, sobre las pasiones, sobre algo noble (i mas de una vez habia tenido tenaces controversias con el señor B.) su rostro pálido i circundado de una profusa barba color castaño, se encendia, sus ojos negros arrojaban fugaces destellos i su voz tenia acentos tan musicales i vibrantes, que en algunas ocasiones Faustina, que seguia atenta la discusion con la cabeza inclinada sobre su costura, interrumpia su tarea para contemplar asombrada aquella transformacion del doctor que de frío i metódico se convertia en entusiasta i fogoso sostenedor de sus ideas. En esos instantes estaba elocuente i se revelaba bajo una nueva faz apasionada que hacia contraste con su gravedad casi melancólica de todos los dias.

Guillermo tenía solo treinta i dos años i hacia cuatro que estaba viudo. Interrogado una vez por Faustina de por qué no habia vuelto a casarse, contestó sin vacilar que solo una vez se amaba en la vida.

Esta respuesta, que podia ser demasiado romántica para un doctor en medicina, agradó a Faustina, pues estaba de acuerdo con su terrible i egoísta moral, i desde entónces le consideró como a un hombre superior, incapaz de mancharse con los feos vicios que, segun el mismo señor B. le confesara, eran comunes a todos los hombres.

• Le admiraba miéntras mas le conocia. Un cariño respetuoso brotaba en su alma hácia ese hombre jóven que denotaba una riqueza de erudicion, un poder de reflexion i de intelijencia que harian honor a un viejo pensador. ¿Desde qué edad habia principiado a sondear los graves problemas de la ciencia i del alma humana? Estaba cierta de que en su infancia, en vez de jugar, habia filosofado tratando de esplicarse la inmensa i sublime tragedia que hace circular la vida a traves de los séres, arrastrando al mundo en un movimiento de creaciones i destrucciones sin fin. A su lado, Faustina se enamoraba del estudio i de la ciencia, pensando que tal vez las desgracias del corazon se curaran sumerjiendo el alma en ese abismo mis-

terioso i encantador del saber, que eleva i engrandece el espíritu, desprendiéndole de todas las pequeñas miserias que anonadan i aplastan una existencia vulgar.

A veces, en medio las grandes polémicas entre el doctor i el señor B., Faustina se avergonzaba de su ignorancia i se creia humillada de representar el eterno papel de muda oyente. Sentia que las nuevas verdades golpeaban imperiosas en el fondo de su alma, i veia estenderse ante su vista horizontes llenos de luz i de grandeza, cuya existencia ni en sueños se imaginara; pero no encontraba la palabra, ni la frase que explicaran lo que sentia. ¡Qué oscura i pequeña habia sido su vida! Su mismo padre ¡cuánto sabia, qué tesoros de conocimientos no revelaba en sus conversaciones, que ella habria ignorado siempre a no conocer a Guillermo. ¿Por qué el señor B. nunca habia charlado así con Enrique? I en medio de su profundo despecho hácia su marido, que llegaba á los límites en que principia el odio, sentia cierto goce en empequeñecerle i recordaba ruborosa que jamas le habia oido hablar con nadie de estos asuntos, pues sus conocimientos, sus gustos i su preocupacion eterna no salian del límite mezquino del comercio, del valor de las acciones, del precio de los bonos, de la compra-venta de frutos i de propiedades. ¡Ah! No se atrevia a confesarlo en alta

voz; pero lo sentia en el fondo de su alma: se habia casado con un hombre comun i debia ser víctima de sus gustos vulgares. Se empecinaba con crueldad en juzgar a Enrique bajo esta nueva faz desgraciada; i como el que ve siempre una estatua en el fondo oscuro de una sala i le contempla despues a la plena luz del dia, descubriendo los defectos que las sombras ocultan, así miraba ahora a Enrique con sus ojos impregnados con la luz de una nueva aurora i le encontraba insignificante i defectuoso.

No pasaba desapercibido para el doctor el efecto profundo que producía en Faustina el conocimiento de algunas verdades científicas i gozaba con sus sorpresas i asombros. A veces, cuando una revelación hería el fino i noble espíritu de la jóven, abandonaba la costura, cruzaba los brazos sobre su seno i abría desmesuradamente los ojos como para que penetrara por ellos en abundancia la luz de la nueva verdad. Estaba así muy bella, inundaba su rostro un resplandor casi celestial, sus pupilas titilaban anhelantes i Guillermo veía con una especie de misterioso placer cómo germinaban en aquella alma pura las semillas de una nueva i rica naturaleza.

Sin saber cómo ambos jóvenes se acercaban i unían en la intimidad de una misma idea generosa. Cuando el doctor explicaba un fenómeno cual-

quiera de la tierra o del cielo o desarrollaba una teoría propia, Faustina le escuchaba silenciosa, i este interes de la jóven le causaba tan vivo placer i orgullo, que no hubiera cambiado su modesta situacion de maestro desconocido por la de una de esas celebridades que arrastran i electrizan a un auditorio inmenso.

Insensiblemente las costumbres de Faustina se modificaban. Ya no satisfacian su espíritu esas largas visitas al templo en que durante horas permanecia inmóvil, leyendo por la milésima vez las pájinas de su libro místico, llenas de vagas visiones i de misterios relijiosos que el pensamiento humano no podia penetrar. Los sermones del cura principiaban a parecerle buenos i convenientes solo para la servidumbre de la casa, para los campesinos i jentes del pueblo cuya moralidad no es la obra de la educacion i de la enseñanza sino del miedo a un eterno castigo. Ahora le gustaba solo orar, porque su pensamiento penetraba en una rejion inmensa, volaba de mundo en mundo admirando al Divino Creador de esa armonía sublime cuya 'grandiosidad la asombraba i conmovia. Sus ideas relijiosas se hacian mas puras e ideales a medida que abandonaba el pesado bagaje de supersticiones i de creencias idólatras que aplastaban su conciencia. Sentíase así mas libre i feliz, i un sentimiento de ternura in-

mensa, de amor para toda la humanidad nacia ardiente en su alma en reemplazo de los inútiles dogmas i tradiciones que se iban. Hacer el bien, proteger a los desgraciados i consolar a los aflijidos, le parecia la mas sublime mision que una criatura podia desempeñar en la tierra. Indudablemente los sacerdotes i los médicos debian poseer un alma mui jenerosa.

Cierta mañana llegó llorando a casa de Faustina una mujer que habia sido su sirvienta: iba en busca del médico que curaba a Luchito, porque su hija se moria i el médico del pueblo habia partido a un fundo de los alrededores. Guillermo no estaba, ni podia esperarse su visita por ser los primeros dias de la semana. Faustina, mui impresionada a la vista de esa desesperacion de madre, se informó de la enfermedad de la niña i tomando su botiquin se dirigió a la casa.

Cuando llegó a la humilde habitacion de su antigua sirvienta, encontró a la pobre muchacha tendida sobre la cama i casi moribunda. Las vecinas que la rodeaban se apartaron sorprendidas ante la aparicion de la hermosa i elegante señora i hasta la misma enferma, a pesar de sus dolencias, le sonrió ruborizada i agradecida.

El caso era, en efecto, mui grave; una indigestion, proveniente de la mala i desordenada alimentacion, que se habia convertido en colerina

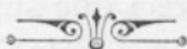
de mal carácter. La improvisada doctora confeccionó una pócima, que la enferma bebió sin resistencia, i momentos despues estaba tranquila i fuera de peligro. Este triunfo científico, que la jente calificó de milagroso i debido a la virtud de la señora, dió gran fama a Faustina, la llenó de satisfaccion i la hizo experimentar un goce íntimo i desconocido. ¡Cuánto bien no podia hacer en lo sucesivo! Ahora podria dedicar al servicio de los desgraciados sus horas perezosas é inútiles, lo que sin duda le procuraria el olvido de sus propias desventuras. Pensó tambien que Guillermo podia ilustrarla sobre muchas cosas, enseñándola a curar aquellas enfermedades comunes i fáciles para las cuales los médicos todos no tienen sino una misma receta.

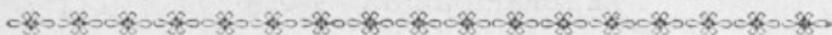
Dos o tres días despues de este feliz ensayo médico, la casa de Faustina era la de un doctor a la hora de consultas. De todas partes de la ciudad le llevaban enfermos para que los sanara, i hasta personas decentes iban a consultarla sobre antiguas dolencias que los médicos no conocian ó no sabian curar. En vano la jóven, confundida i casi avergonzada de su audacia, se escusaba diciendo que ella nada sabia i que cometeria hasta un crimen si prescribiera á los enfermos cualquier réjimen. Esta esplicacion a nadie satisfacía, la creian hija de la modestia de la jóven, i contri-

buia a aumentar la fe i la ciega confianza que en ella tenian. El ejemplo de la niña salvada tan milagrosamente lo oponian para vencer su resistencia.

—Dénos cualquier cosa—le decian—estamos ciertos de que Ud. nos ha de sanar.

Pero ella, temerosa de causar algun daño, solo distribuia tónicos entre las personas que a su juicio los necesitaban. Hacia esta distribucion sonriente i llena de bondad, sintiendo no poseer algunos de los secretos de esa ciencia admirable que cura i consuela a la humanidad en sus días de grandes angustias.





XII

A principios del mes de setiembre, el señor B., rejuvenecido algun tanto por los primeros días tibios de la primavera, se dirigió una mañana a casa de su hija. Iba mui pensativo i por el camino parecia distraerse contemplando la campiña, cuyos huertos ostentaban las primeras hojas verdes i los primeros brotes de la nueva estacion. A veces sacaba la cabeza por una de las ventanas del wagon a fin de aspirar la brisa que suponía impregnada de olores; pero aquella vejetacion naciente exhalaba apénas una débil fragancia que el viento arrasaba i desvanecía sin que el olfato mas fino pudiera percibirla. Entónces el señor B., contrariado en su ilusion, subia el vidrio de la ventana, lo que no era un inconveniente para que volviera a bajarlo a la vista de un nuevo parque o jardin, de un potrero mas pastoso que hacia renacer su deseo.

No hai duda que el señor B. estaba preocupado i nervioso; i en verdad que tenia razon para encontrarse en tal estado. Su hija tan querida parecia haberle olvidado. Desde hacia tres meses sus cartas eran tardías i hasta un tanto lacónicas i frías; parecian escritas de prisa i por una persona preocupada de negocios graves i urjentes, i la última, enviada por él hacia cuatro días, no le habia sido contestada. ¿Qué ocurría en casa de su hija? ¿Se habria agravado la salud de su nietecito i se le ocultaba la noticia por no entristecerle? I el señor B., no pudiendo soportar la terrible duda, aprovechó la primera mañana de sol para tomar el tren que debia conducirle a casa de su hija.

Cuando llegó a la quinta, su corazon se oprimió presajando alguna dolorosa nueva; pero felizmente una de las sirvientas que salió a su encuentro le tranquilizó en el acto diciéndole que la señora estaba buena.

—Pero ¿i el niño?—preguntó anhelante el abuelo.

—Está bueno i mas gordo que nunca.

El señor B. respiró feliz.

Sin embargo, Faustina no estaba en casa, i la sirvienta le dijo, como cosa mui natural i que era ya una costumbre, que habia salido a visitar a los enfermos acompañada de don Guillermo, el doctor.

—¿A los enfermos?—esclamó el señor B. admirado.

—Sí, ¡hai tantos en el pueblo i sus alrededores!

—¿Reina alguna epidemia? ¿Hai viruelas?

—Viruelas nó; aunque tambien... en la otra semana murió uno; pero las principales enfermedades i las que mas abundan—añadió la sirvienta con la seguridad de una persona que está perfectamente al cabo del estado sanitario de la localidad—son las pulmonías, las calenturas, los empachos i los malos partos, porque como aquí no hai matronas...

—I ¿Faustina cura todo eso?

—Ella sola nó; pero cuando viene el señor don Guillermo la acompaña a ver a los enfermos i les deja recetas. En casos de apuro la señora tambien receta... ¡i tiene unos aciertos prodijiosos! Todos los enfermos desean mas bien curarse con ella que con el doctor.

El señor B. no preguntó mas; quedó silencioso i solo se interrumpió a la vista de su nietecito que, al saber la visita de su abuelo, echó a correr gozoso para abrazarlo.

El señor B. tomó al niño en sus brazos i despues de besarlo muchas veces lo sentó sobre sus rodillas.

En verdad, Luchito estaba mas gordo, pero era una gordura blanda, fofa, que tenia mucho de ar-

tificial i de pasajero. El señor B. observaba al niño con esa ternura i esa alegría triste i recelosa del que goza de un bien presente i teme que el mas lijero contraste se lo arrebate. El pobre niño vivia sostenido por el bacalao i los *lipofosfitos*, i apénas se le suspendia esta alimentacion por algunas semanas para dar descanso a su naturaleza, sumerjase de nuevo en el abatimiento de su vida artificial. El doctor habia pretendido curarlo sin remedios, dándole apénas pequeñas dósis que lo tonificaran discretamente, sin fatigarlo. Su grande esperanza era la naturaleza. Una vida alegre i feliz en medio de un campo sano; que la rica savia de la tierra rehiciera su organismo de una manera lenta, pero segura i sin esfuerzo. Desgraciadamente el éxito era indeciso i la victoria divisábase mui lejana, i hoi el doctor, temeroso i desalentado, ocupábase en rehacer al dia siguiente lo que la naturaleza destruia el anterior.

A veces, en presencia de ese mal incurable que no se dejaba vencer ni por la ciencia ni por la naturaleza, el jóven médico se alarmaba presintiendo un fin trájico. ¡Qué inmensa responsabilidad la suya si no salvaba al niño, i cómo se atraeria para siempre el odio de la madre, de esa madre tan bella i desgraciada! Ante esa idea amenazadora se apoderaba de su espíritu un anhelo i una agitacion impotentes; hubiera querido rehacer de

un solo golpe la pobre i viciada sangre del enfermito, trasmitiéndole la de sus propias venas; pero eso era imposible, i volvía a someterse resignado, pero no vencido, ante esa fuerza inexorable que crea i destruye sin hacer caso de nuestros dolores i lágrimas.

En mas de una ocasion, cuando, desalentado por la inutilidad de sus esfuerzos se debilitaba su esperanza de salvar al niño i se avergonzaba de su impotencia, pensó proponer a Faustina una junta de cuatro o seis de sus colegas, de los que él mas respetaba, lo que atenuaria su responsabilidad el día de la catástrofe; pero ¿cómo proponer esto a la jóven madre que tan confiada vivía creyendo que su hijo estaba salvado? Eso era precipitarla del cielo de una dulce esperanza al fondo de la mas tremenda incertidumbre; i luego, si el niño sanaba, pues todo era posible a su edad; si una de esas felices i súbitas reacciones que realizan prodijios le arrancaba de los brazos mismos de la muerte ¿por qué iría a dividir con otros la gloria de su triunfo, i, lo que él estimaba mas que la gloria, el agradecimiento de Faustina?

Algo de esta angustiosa lucha, que laceraba el corazón del doctor, pareció comunicarse al espíritu del señor B., cubriéndolo de negros temores, cuando, con su mirada de abuelo i de hombre experimentado, creyó descubrir en el interior del

niño los jérmenes del antiguo mal que continuaba sus estragos. I miéntras el pobre anciano sumerjia su pensamiento en el sombrío porvenir con que aquella tumba medio abierta le amenazaba a él i a su hija, el niño reia indiferente sobre sus rodillas...

El señor B., con el corazon oprimido al ver esa inocente i confiada alegría del niño que nada sospechaba de su destino, quiso levantarse de su asiento para dar libre curso a sus suspiros; pero Luchito le detuvo diciéndole:

—¿Sabes? Tengo que preguntarte una cosa.

—Bueno; todo lo que quieras.

—Nó, mejor es que nó—dijo el niño poniéndose sério.—Mi mamá puede enojarse.

—¡Oh! tu mamá no se enoja por nada de eso; sabe que entre los dos debe existir mucha confianza.

—Bueno—dijo el niño, jugando pensativo con el canoso bigote de su abuelo.—¿No has visto a mi papá? ¿Por qué ya no vive con nosotros? ¿Por qué ya no nos quiere?

—¡Sí te quiere, te adora!—esclamó el señor B., haciendo un violento esfuerzo para retener las lágrimas que sentia subir de su corazon a sus ojos—i si no viene es porque ahora tiene muchos negocios que le impiden moverse de Santiago.

—¿Sí? Pero ¿va a venir?...

—Iba a venir conmigo; pero despues no pudo. Vendrá mui pronto.

—Entónces dale este abrazo i dile que yo quiero verlo.

I Luchito se estrechó fuertemente al cuello de su abuelo.

El señor B. no pudo mas; púsose súbitamente de pié i echó a andar en direccion al jardin. Su pecho, henchido de emociones, necesitaba respirar mucho aire fresco para no ahogarse. El niño siguió tras él.

Cuando penetró en el huerto, cuyos árboles ostentaban todavia las desnudas ramas del invierno, su tristeza pareció aumentar. El jardin estaba mui descuidado, las mas hermosas plantas se habian perdido i la maleza seca invadia los senderos i reemplazaba las hermosas i fragantes flores de otro tiempo.

—Todo ha cambiado—dijo el señor B.—todo está como nuestro corazon.

I pensó en Faustina.

—Se conoce—agregó—que ella no cuida de esto i que se contrae únicamente a vivir de su dolor.

Un ruido de voces, entre las que distinguió inmediatamente el señor B. una mui querida de su corazon, le distrajo de sus penosos pensamientos.

—Mi mamá i Guillermo—dijo el niño a media voz, sin entusiasmarse, ni correr hácia Faustina como lo hacia ántes.

Eran, en efecto, su hija i el doctor que regresaban a la hora del almuerzo, despues de haber visitado en compañía a los enfermos del pueblo.

El señor B. se dirijió al encuentro de su hija.

Faustina estaba encantadora; probablemente habia hecho a pié i de prisa una larga caminata, pues su sangre, ajitada con el ejercicio, encendia sus mejillas, dándole un aspecto de salud i de juventud que abrillantaba su belleza; i cuando abrazó a su padre, un lijero rubor, algo como un ténue resplandor, la hermosteó todavia mas.

El señor B. no habria sabido explicar lo que experimentaba en ese momento al ver a su hija tan cambiada; pero, sin duda alguna, le habria agradado mas contemplar en su rostro las huellas de sus desgracias que las de su contento. ¿Acaso no comprendia Faustina todo lo que su situacion tenia de triste i de amenazante? ¿Habia olvidado sus infortunios? ¡Él, con una sola mirada, con unos cuantos minutos que habitaba esa casa, sentia el pecho oprimido con toda la fuerza de los sucesos pasados i de las desgracias que aun se cernian en el porvenir, i ella llegaba satisfecha i deslumbradora!

El señor B. miró al doctor i le saludó fríamente. Horribles sospechas brotaron en su corazón de hombre de mundo, de viejo conocedor de las pasiones humanas; i todo lo que hasta ese momento habia sufrido se desvaneció ante la inmensa desgracia que presentia. Tuvo un arranque violento de hombre celoso: pensó retirarse para siempre de esa casa i concluir sus días, que por fortuna eran pocos, en su solitario hogar, léjos i abandonado de todo lo que mas amaba; pero haciendo sentir de alguna manera el peso de su indignacion i de su desgracia.

Una voz secreta alzóse, sin embargo, del fondo del alma para defender a la hija.

—¡Faustina!... ¿Seria posible?... Ella, la intransigente con el vicio, la severa, la noble, la candorosa ¿podria caer en la misma falta que tanto condenaba i despreciaba en los otros i que no habia querido perdonar a su esposo, prefiriendo la ruina de su casa? ¡Oh, nó, imposible!

I esta defensa de su hija, hecha en lo íntimo de su conciencia, le tranquilizó algun tanto. Un rayo de aurora penetraba en el oscuro fondo de su alma. Miró de frente a su hija, como si buscara en su fisonomía una frase que le advirtiera su engaño i le pareció encontrarla en el puro brillo de sus ojos, en el candor de su mirada franca i hasta en el acento firme i sincero de su voz.

—Nó, es siempre pura—murmuró con la energía de un juez que falla.

Pero esa maldita experiencia de los viejos, esa desconfianza ante la virtud, que sienten los hombres de mundo, volvía, al menor incidente, a morderle el alma.

—¡De qué no es capaz el corazón humano!—se decía el señor B.—Se ha visto ángeles i santos caer a la tierra o al infierno desde las puertas mismas de los cielos. ¿Quién, pues, estará libre de ser arrastrado por una pasión?

I recordaba que él, viejo ya, las había sentido i muy violentas.

Felizmente nada contribuyó en ese día a aumentar las sospechas del señor B. Durante el almuerzo, Faustina refirió a su padre cómo había llegado a hacerse doctora en medicina i cómo la primera aventura afortunada con que inició su carrera la obligó a proseguir en ella, viéndose rodeada de solicitudes i de exigencias a las cuales no podía resistir sin pena.

Al principio su situación le daba vergüenza i tenía miedo de cometer alguna torpeza; pero luego comprendió que podía hacer mucho bien, i que, por mas ignorante que ella fuera, siempre lo haría mejor que las médicas del campo. ¡Cuántos horrores había visto hacer a esas mujeres! El solo hecho de desterrar el fanatismo ciego del pueblo

por la ciencia de sus curanderas era ya un gran triunfo. Además, ella no curaba sino las enfermedades caseras, dando un remedio conocido i razonable en vez de los mistos estrambóticos i las brujerías de la medicina popular. I tanto placer encontraba en estas tareas, que ahora le seria imposible renunciar a ellas. Sus días eternos de ántes se deslizaban ahora sin sentirlos. Qué goce tan íntimo i tierno experimentaba su corazón cuando salía de un rancho cubierta de bendiciones i de agradecimientos, al considerar que en vez del dolor i la desesperacion dejaba tras de sí el consuelo i la esperanza. ¡Ah, no cambiaria por nada esas satisfacciones!

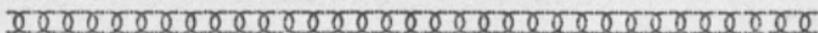
Después, descontenta de su obra incompleta, habia obligado al doctor a visitar a sus enfermos, i cada vez que venia a la villa le hacia recorrer la clientela. La verdadera obra de caridad era la del doctor; porque al fin, para la vida ociosa que ella llevaba, sus enfermos le proporcionaban una ocupacion, mientras que el doctor desatendia sus intereses, una vez por semana, en obsequio de enfermos lejanos i desconocidos.

El señor B., a fin de hacerse perdonar el saludo frío i casi descortes que dirigió al doctor a su llegada, lo felicitó por su conducta i le agradeció su abnegacion.

Guillermo declinó el honor de esas felicitaciones con fina gravedad.

A medio día el doctor regresó a Santiago en un carruaje de posta, i el señor B., desorientado, se culpaba de haber ido demasiado léjos en sus sospechas, a pesar de que algo le molestaba todavía i de que su corazón no estaba completamente libre de dudas como el día anterior. La felicidad que había visto resplandecer esa mañana en el rostro de su hija le hería como una desgracia.





XIII

Era así, en verdad, tal como Faustina lo refería al señor B. como se vió obligada a desempeñar el papel de doctora en medicina sin haber obtenido título alguno universitario que acreditara sus estudios i conocimientos; pero lo que Faustina no sabia esplicar al señor B. ni a nadie, porque tal vez no lo comprendía i le habria causado horror el comprenderlo, era cómo se encontraba tan dispuesta, i casi tan preparada para desempeñar ese papel.

Habria dicho probablemente, i sin mentir, que la larga enfermedad de su hijo, que la obligaba a leer las recetas, a preparar pócimas, a conocer los tónicos, los calmantes i hasta los excitantes habia desarrollado en ella gustos e instintos médicos; que una vez comprometida en la obra benéfica de procurar alivio a los que sufren encontró en esas tareas cierta satisfaccion que la hacia feliz...

Pero ¿i nada mas?

I ese espíritu que la alentaba llenándola de fe, que convertia en goces los desagradados de contemplar en la intimidad las miserias humanas, esa exuberancia de ternura que desbordaba de su alma a la primera impresion delicada que sentia, i esa especie de rejuvenecimiento, de savia primaveral que circulaba por su sangre, atenuando los dolores de sus desgracias i haciendo renacer en su corazon la esperanza por algo desconocido i bello ¿nada le decian?

¡Nada! Sentia sin esplicarse lo que ajitaba su espíritu. Gozaba inocentemente las delicias de una nueva existencia sin comprender sus causas; i si álguien le hubiera dicho:—“¡Tú estás enamorada!”—habria descorrido el velo de su vida i reveládole un misterio horrible. Faustina, horrorizada, hubiera deseado huir a ocultarse donde viven las fieras.

A veces, cuando pensaba en su situacion estraña de esposa viuda, se sorprendia de estar tranquila i de que las heridas de su corazon se hubiesen casi cicatrizado cuando se imaginaba que manarian sangre eternamente. Recordaba entónces las palabras de su padre: “No hai dolor que dure toda la vida”, i agradecia a la Providencia que hubiera estendido hasta ella los efectos de esa frase misericordiosa.

Es cierto que pensaba en Enrique i trataba de investigar su vida; pero al recordar su traicion i conocer su conducta presente no sufría las crueles torturas de entónces, sino un sentimiento humillante de compasion i de desden.

Su alejamiento de la sociedad se hizo completo durante la última época. Los primeros domingos de su residencia en la quinta, algunas familias de Santiago la visitaban con frecuencia. Llevaban a su retiro el bullicio de los salones, los chismes de alcoba, los rumores que la vida mundana deja al pasar i que el ocio recoge adornándolos con su imaginacion: matrimonios hechos, deshechos i por hacer; tentativas frustradas de algunas mamás para pescar éste o aquel ventajosísimo partido para sus hijas; mujeres mui virtuosas sorprendidas en aventuras galantes; descripciones de trajes que habian alcanzado el mayor éxito en los últimos bailes; i todo sabrosamente condimentado con cierta salsa en que se hacia demasiado uso de la relijion i de la moral, que aparecian en riña.

Esta vida no era por cierto mui deliciosa para una mujer en la situacion de Faustina. Le chocaba ver a esas mujeres casadas que parecian solteras i a esas jóvenes solteras que hasta por sus trajes parecian casadas. I luego las confiancias íntimas que le hacian con la escusa del mas cordial cariño: Enrique continuaba en su vida de

escándalo insolente i ruinosa; sin duda que adoraba a esa mujer, pues gastaba en ella una fortuna. La otra noche... I como Faustina les observara que nada queria saber, la reconvenian dulcemente recordándole que sus derechos de esposa le imponian el deber de saberlo todo para que tomara sus medidas. De otra manera su propia fortuna desapareceria. ¡Ah, si fuera solo su fortuna!

Hasta las mas virtuosas i graves damas soplaban al oido de Faustina algun eco de la vida de su esposo. Parecia que con refinada e hipócrita maldad se gozaban en la angustia i humillacion de la amiga que poco ántes veian rodeada de envidiable ventura. Ellas sabian las cosas por sus maridos. Como los hombres se lo comunican todo entre sí i murmuran como las mujeres...

Una de esas discretas i benévolas amigas llegó un día a emitir juicio tan exajerado respecto de Enrique, que Faustina, ofendida en lo íntimo de su dignidad, tomó la defensa del esposo, i dijo con calor:

—No creo que esté tan desacreditado puesto que lo recibes en tu casa.

—¡Oh, lo hago por ti, querida; lo hago por ti!

—Gracias; pero si es así, puedes escusarte de ese sacrificio. Yo no lo necesito.

I de esta manera, perdiendo una vieja amiga por día, Faustina quedó reducida a su vida solita-

ria. Solo una que otra amiga, que se encontraba en peor situacion que ella respecto de su marido, la veia de tarde en tarde, cada vez que tenia algun buen acopio de desgracias que referirle, consolándose así con estos desahogos i explosiones del mal lote que le habia tocado en suerte en el reparto de los maridos infieles. El resto de sus brillantes relaciones, enjambre alegre de blanco i dorado plumaje, ni siquiera tendió una sola vez su vuelo hácia la morada distante i sombría de la mujer en desgracia. En este número se encontraban las mujeres indiferentes, eternamente felices, que toman el matrimonio filosóficamente, pensando que la infidelidad de un esposo no vale una arruga en el rostro, las que, a pesar de todo, siguen gastando en terciopelo, en blondas i en brillantes el patrimonio de sus hijos, bailando en los salones como chiquillos i conservándose siempre jóvenes i hermosas. Este era el tipo que le recomendaban imitar para ser dichosa. I como Faustina observara a las consejeras que ellas no habian imitado a su vez el modelo, decian en su descargo que estaban ya demasiado viejas i cargadas de hijos cuando descubrieron este secreto.

¡El secreto! Es decir la infidelidad de los maridos! Hablaban de este verdadero delito como de cosa natural, infalible i hasta necesaria. Aceptaban su situacion de víctimas como algo ló-

jico en su naturaleza i en su destino; protestaban por despecho, por hacer ruido, por inferir al culpable algun castigo, pues hasta los inocentes se chamuscan las alas por el pecado de sus padres.

Faustina llegó a conocer con horror que existian mujeres tan indiferentes o hábiles que anhelaban la posesion del secreto para obtener ventajas positivas, pues manteniendo a sus esposos pendientes de la amenaza i del castigo de sus faltas eran mas atendidas i obsequiadas por ellos. Una debia a esta feliz casualidad la posesion de un palco en el teatro Municipal, otra un amueblado espléndido, otra la valiosa diadema de brillantes que lucia en el último baile, i otra hasta la linda casa de ladrillos que habitaba, pues de otra manera su avaro marido no la hubiera adquirido. I así los ejemplos eran numerosos i consoladores para las víctimas, de tal manera que las novicias, todavia en la luna de miel, no se aterraban demasiado ante la perspectiva.

Todas estas miserias i revelaciones humillantes pasaban sobre Faustina sin modificar en lo menor su carácter altivo e intransijente. A su juicio, una mujer que aceptaba las faltas de su marido, que las permitia siquiera de pensamiento en su propio hogar, que dejaba dormir tranquilo al delincuente en su sagrado lecho de amor, era una mujer dig-

na del marido i espuesta a seguir sus aguas. Ella preferia la muerte a semejante bajeza.

Ademas, no era verdad que esa falta fuera comun a todos los hombres. Existian algunos dignos i puros; i al afirmar esto, el pensamiento de Faustina se posaba seguro, sereno i engrandecido sobre la frente de Guillermo. Estaba cierta de que él no habia manchado jamas la castidad de su amor, puesto que aun en su viudez conservaba a la dichosa muerta la fidelidad consagrada a la esposa viva; i al pensar así un sentimiento de envidia o de celos ajitaba su corazon.

—¡Qué dichosa—pensaba Faustina, alzando como ideal de su existencia la vida de la jóven muerta que rodó a la tumba de entre los brazos de su fiel esposo—qué dichosa la mujer que ama i es amada sin que la mas leve duda la atormente, que vive orgullosa de poseer para sí sola un alma sin mancha, que ve estinguirse su juventud siendo siempre amada i reposa su vejez entre los mismos brazos amantes que la estrecharon el día de sus bodas nupciales, i cuyos lazos no se rompen ni con la muerte, porque su viejo esposo, desesperado, llevará hasta la tumba el santo i eterno amor de toda su vida!

I Faustina lloraba al ver que sus ideales locos habian caido despedazados, i que el hombre que

pudo realizarlos no se encontró con ella en su camino.

Sufria i gozaba al pensar en esto. Si habia errado el sendero de su vida tenia siquiera la fortuna de haber encontrado la encina protectora i cariñosa a cuya sombra su fe i su moral se engrandecian. No era, pues, tan desgraciada. Habia hallado un alma huérfana, hermana de la suya, i gozaria de su contacto en el secreto misterioso de sus pensamientos. Sus veladas ya no serian tan solitarias.

La pureza de estos deseos impedía que Faustina comprendiera cuánto habia de inconveniente i peligroso en consagrar sus pensamientos a un hombre que no era su marido; pero este principio de inmoralidad que en otra mujer podia conducir a su perdicion, en ella ejercia solo una influencia ideal. Tenia repugnancia a la carne, i sus escándalos eran tan cándidos como esas desnudeces virjinales de los niños.

¿Comprendia Guillermo lo que pasaba en el corazon de Faustina? En verdad, vivia desorientado, sin poder atribuir a un sentimiento de amor o de amistad el tierno i confiado afecto que la jóven le demostraba. Tenia tan respetuosa opinion de su carácter i virtud, que estimaba sus actos como manifestaciones de la gratitud que la madre sentia por el hombre que era considerado como el

salvador de su hijo. Recordaba estas palabras de Faustina:

—Mientras usted viva, doctor, estoy cierta de que mi hijo no morirá.

Pero otras veces se confundía, i sin ser vanidoso llegaba a creer que Faustina sentía por él una de esas pasiones serias, que las mujeres virtuosas, ligadas a otro hombre por santos deberes, sepultan en el fondo del alma, pero que no hai esfuerzo humano que la impida revelarse en la voz, en las mejillas o en los ojos.

No estaba el doctor verdaderamente enamorado de Faustina; pero sentía por ella un cariño delicado i noble que bien podia convertirse en una pasión profunda. Había en la jóven tanta hermosura unida a una fuerza moral tan poderosa que no inspiraba una pasión súbita i violenta. El efecto ardiente i seductor de su belleza lo atemperaba el respeto que infundía su carácter. Estas cualidades eran mucho mas peligrosas, i el doctor, hombre de una vida correcta, estudioso i tranquilo, aunque apasionado i vehemente en el fondo, se espantaba al imaginarse los escándalos i las luchas de una gran pasión. Además ¿podía Faustina llegar a ser su querida? ¡Imposible! Méenos podia ser su esposa. ¿A qué lanzarse entónces en aventuras que habian de tener un fin trájico? Apenas principiaba a sospechar la existencia de esta pasión i

ya sufría las amarguras que eran su consecuencia en la visible impresion de desagrado que su llegada con Faustina produjo en el señor B. Nó, no contribuiría él a desarrollar esa pasion desgraciada. Prefería las delicias apacibles de una amistad noble i pura a los ocultos goces de un amor criminal, que seria su ruina i la de la mujer amada. I al pensar así experimentaba un goce extraño, superior a los del amor; algo que comunicaba a su espíritu grandeza i fuerza, i le disponia a realizar prodijios.

Desde ese instante, el doctor, confiando tal vez demasiado en el dominio que ejercia sobre su corazon, se entregó sin recelo al placer de cultivar con Faustina una noble i sincera amistad.





XIV

Trascurrieron algunos meses sin que suceso alguno alterara la vida en apariencia tranquila de Faustina i del señor B., el cual habia decidido pasar con su hija todo el verano; i en consecuencia, se hallaba instalado a firme en un departamento de la quinta. Las primeras violentas sospechas respecto de su hija se habian desvanecido, quedándole un amargo recuerdo que se traducia por un exceso de cariño hácia Faustina. Ahora comprendia que entre su hija i el doctor solo existia un noble i recíproco aprecio, i aun cuando les viera charlar en la intimidad, ya no se producian en su ánimo las indignaciones i las alarmas celosas que esperimentó a su llegada. Solo Luchito, con mas instinto que el viejo decrepito, parecia dominado por oculta aversion hácia el estraño que reemplazaba a Enrique en las atenciones i hasta en el

cariño de su madre. Las simpatías que en otro tiempo le profesara se habían cambiado en una repulsion odiosa que solo disimulaba el respeto. ¿Por qué Faustina odiaba a Enrique i parecía querer al doctor? Esto debía de ser malo; i el niño callaba i ocultaba estos pensamientos en el silencio de sus sueños. Su misma madre no era la de ántes, pues, distraida en ocupaciones que no tenia, le descuidaba algun tanto i no le acariciaba con esa efusion apasionada i tierna de otros días. ¿Seria porque ya no estaba tan enfermo? Solo su abuelito era cada día mas afectuoso i condescendiente con él. ¡Le cuidaba con una atencion tan solícita! I lo que era mas agradable, le sacaba a paseo todas las mañanas i despues de hacerle tomar leche se echaban a andar por las solitarias i boscosas calles de la villa hasta llegar a los baños o a alguna casa amiga cuyo jardin recorrian tomando algunas flores o ramas que Luchito venia cimbrando por el camino.

Conocian las casas de los enfermos de Faustina, entre las que descollaba un rancho situado junto a una grande acequia-sombreada de verdes sauces. Habia en el interior una viejita enferma de parálisis que movia eternamente sus manos con profundo asombro de Luchito. La primera vez que la vió preguntó por qué era eso, i la hermana que la cuidaba, tambien mui vieja, le contestó que án-

tes teja calcetines i se habia quedado con la costumbre como si tuviera todavia los palillos entre sus manos i la lana sobre sus rodillas.

—I ¿no se le puede sujetar?—dijo el niño.

—No le gusta que la sujeten. Lloro.

—I ¿no se cansa?

—No se cansará, cuando no quiere descansar—, dijo la vieja hermana con indiferencia.

Luchito quedó mui convencido, aunque extraño de un capricho tan perseverante; pero al señor B. se le hizo escrúpulo engañarle i le explicó que aquello era una enfermedad.

Faustina solia visitar a la paralítica llevándole algunos socorros.

Tal era la vida del señor B. i de su nietecito.

Por lo que hace a Faustina, un gran cambio se habia operado en su corazon. Ya no era posible engañarse ni confundir su pasion con otra clase de sentimientos. Amaba, i no se horrorizaba de sí misma. ¿Cómo habia caido en el abismo, a pesar de sus cuidados, de su moral, de su alejamiento de la vida? ¿Era un castigo del cielo por sus severidades para con Enrique i su tenaz resistencia a perdonarle? ¡I ahora se encontraba tambien ella en situacion de ser perdonada! Es verdad que no habia cometido la mas leve falta i que no era culpa suya que semejante sentimiento se hubiera adueñado de su corazon; pero estas consideracio-

nes no tranquilizaban su conciencia i comprendia que ya no era la esposa inmaculada de ántes.

Su grande empeño era detenerse i retroceder de la senda peligrosa por que avanzaba, desechando todos los pensamientos con que hasta hace poco i sin saberlo se deleitaba, sumerjiendo su espíritu en una vida ideal. A veces pensaba que para ponerse al abrigo de todo peligro i de toda sospecha, para castigarse a sí misma debia regresar a Santiago i no resistir por mas tiempo una reconciliacion con su esposo; pero no tenia fuerzas para realizar este sacrificio. Se encontraba ahora mas léjos que nunca de su marido. Ántes la separaban solo el despecho, el ódio, una sed de venganza i de castigo, i ahora una indiferencia helada, mortalmente fría, como algo que no ha existido jamas o concluido para siempre.

El mismo doctor contribuia, sin quererlo, a agravar esta situacion, pues su propósito de no dar pábulo a la llama que ardia en el corazon de Faustina i en el suyo, solo servia para avivarla. Presentándose sincero, respetuoso, modesto i sin pretensiones, realzaba sus méritos. A veces, cuando el doctor visitaba a algunos de los graves enfermos de Faustina i regresaban juntos a la quinta, viviendo un instante en esa intimidad deliciosa de dos corazones que se aman, ellos sentian recíprocamente la influencia del uno sobre el otro,

podian escuchar el latido de sus corazones temiendo que el menor pretesto los hiciera estallar. El peligro pasaba, sin embargo, pues el mismo goce profundo i silencioso de que disfrutaban el uno al lado del otro, i el deseo de prolongarlo para siempre, sofocaba la esplosion. ¡Ah, una palabra tal vez seria el fin de ese mudo idilio que los hacia tan felices!

Hubieran vivido así eternamente, hablando de todo ménos de su amor; pero una mañana, despues de un largo paseo en que la conversacion fué mas íntima, pues sin hablar de sus propios sentimientos trataban de otros mui semejantes a los suyos, llegaron a la quinta visiblemente conmovidos. Era la hora de almuerzo. Faustina se dirigió a su dormitorio, miéntras el doctor quedó esperando en el costurero, pequeña habitacion en la que tambien se recibia a las personas de confianza. Reinaba en la salita una semi-oscuridad, pues la ventana que caia al jardin estaba cerrada i el doctor no quiso abrir uno de los postigos, agradándole esa luz algo misteriosa que correspondia al estado de su ánimo. Un gran ramo de flores frescas, recojidas esa misma mañana i colocadas en un grueso jarro chinesco, esparcia una fuerte fragancia que, reconcentrada en la pequeña sala, casi mareaba. El doctor esperó largo rato. Sin saber por qué estaba ajitado i nervioso; se paseaba

i sentaba alternativamente como quien presiente algo inesperado, un gran peligro o una inmensa dicha.

La puerta que comunicaba el costurero con el dormitorio de Faustina se abrió de improviso i apareció ella lijera i radiante, pidiendo excusas por su retardo. El doctor, que estaba de pié, la tomó suavemente de los brazos i atrayéndola hácia su pecho la besó en las mejillas, en la frente i en los ojos. Faustina parecia dominada por deliciosa sorpresa; no hizo la menor resistencia i solo cuando él la soltó, dándose cuenta de su accion, le dirigió una mirada de tierno i severo reproche.

—¡Perdóneme!—le dijo él inclinándose i con acento profundamente conmovido.—¡Soi un loco; la amo!

Temblaba como un criminal. Estremecimientos nerviosos, que no podia dominar, le ajitaban con violencia.

—No la he ofendido... la he besado a usted como se besa a una imájen adorada, a algo santo o divino.

—Sí—dijo ella tristemente—pero me ha hecho perder la confianza i tal vez el aprecio que sentia por usted. Despues de lo que ha hecho ¿cómo podremos continuar cultivando nuestra dulce amistad?

El doctor cayó de rodillas pidiendo perdon; queria besar sus manos, pero ella le levantó con dignidad.

—Sé—dijo él con sinceridad—que cuando se tiene la dicha i a la vez la desgracia de amar a una mujer como usted, se deben dominar todos los impulsos del corazon. Lo he hecho así durante mucho tiempo; pero hace un instante sentí con tal fuerza el encanto de la belleza, de la bondad, de la gracia i de la pureza de usted, Faustina, que no pude resistir i caí en las vulgaridades de los que aman, olvidando que usted no era libre como yo para amar i dejarse amar.

—Pero un doctor debe curarse mejor que nadie sus propias enfermedades.

El doctor creyó ver en estas palabras de Faustina una burla cruel, un sarcasmo a su pasion. Quedóse inmóvil i helado, pensando que habia confundido como un imbécil las deferencias de una hospitalidad benévola con los sentimientos del amor.

—¡Ah, señora!—dijo, cambiando de tono—no podia usted haber inventado un castigo mas cruel que el de burlarse de un hombre desgraciado i manifestarle que nunca ha sido para él mas que una cliente agradecida.

I saludó respetuosamente para retirarse; pero Faustina le tendió la mano i le detuvo con una

mirada de tan profunda ternura, que la felicidad inundó de nuevo el corazón del doctor.

—Somos amigos, i bien sabe usted cuánto se le aprecia i se le quiere en esta casa; pero ¿puedo ser yo para usted otra cosa que una amiga afectuosa i sincera? ¿A qué pensar en sueños irrealizables? Vivamos estimándonos sin degradarnos. Si usted me ama ¿puede acaso desear que sea una mujer criminal i que acepte, en mi situación, los homenajes de usted?

—¡Jamás!—replicó él con firmeza i estrechando la mano que se le tendía.

I como se escuchara la voz del señor B. que preguntaba desde el patio si su hija había regresado, Faustina abrió la ventana, i la luz que llenó la pieza pareció disipar las ilusiones i los sueños que ahí se anidaban, reemplazándolos por la realidad de la vida con todos sus sacrificios.

Después del almuerzo, el señor B. tomó gravemente el brazo del doctor i le invitó a pasear por el jardín. Tenía algo importante que comunicarle.

El doctor palideció. Una voz secreta le decía que su dicha había terminado para siempre. ¿Se conocían sus secretos? ¿Se le iba a despedir?

El señor B. principió por dirigirle palabras muy afectuosas: había estudiado a fondo su carácter i sentía por él un aprecio que en su larga vida ha-

bia profesado a mui pocos hombres. Por eso le iba a dar una gran prueba de confianza i de estimacion.

I el señor B. sacó de su bolsillo una carta de Santiago en que se le anunciaba que Enrique trataba de realizar sus propiedades con el propósito de dirigirse a Europa para siempre.

El señor B., comprendiendo que la situacion de su hija era de todos conocida, no hizo de ella el menor misterio i reveló al doctor la causa de la ruptura matrimonial, pidiéndole al mismo tiempo su cooperacion i el servicio de la influencia que ejercia con Faustina a fin de impedir esa desgracia i volver a unir dos corazones que indudablemente se amaban. El viaje de Enrique seria la ruptura del matrimonio de su hija sin esperanza alguna de arreglo, el escándalo de una mujer abandonada por su marido, la ruidosa revelacion de asuntos que las conveniencias sociales medio habian ocultado. No hacia cuestion de intereses, sino de honra. Nada le importaba la fortuna de su yerno; podia derrocharla a su antojo; su hija poseeria siempre lo necesario para vivir con holgura; pero la sospecha vergonzosa que ese abandono arrojaria sobre la honra de Faustina seria el golpe mas cruel que podia recibir en su vejez. Si moria ¡con qué intranquilidad no abandonaria la vida pensando que dejaba a su hija sola en la

tierra, apenas con un niño cuya existencia era tan incierta!

I el señor B. miró al doctor con atención, como para que le confirmara o desmintiera esta última dolorosa sospecha; pero Guillermo no dió respuesta alguna.

Un pensamiento criminal pasaba por su mente: el de ser dueño, el de apoderarse de Faustina, reemplazando al hombre que la abandonaba.

¡Qué inmensa dicha!

I saboreaba en un instante los goces que le procuraría esa posesión; pero cuando volvió de su sueño, se avergonzó de haber podido abrigar semejante pensamiento en presencia del señor B.

¿Es que existe en el fondo de todas las naturalezas algo de miserable?

Rebelóse indignado contra su flaqueza; i a fin de sofocarla i de castigarse, se apresuró a asegurar al señor B. que toda la influencia que se le suponía la pondría al servicio de tan noble empresa.

El señor B., mui agradecido, le observó que era necesario obrar con rapidez a fin de resolver tan grave asunto ántes de que Enrique realizara sus negocios i sus propiedades. Como el doctor debía regresar a Santiago esa misma tarde i no volvería a la quinta sino ántes de cuatro o cinco días,

es indudable que se le exigía iniciara inmediatamente sus negociaciones.

Una vez obligado a dar principio a su delicada comision el doctor se vió rodeado de dificultades. ¿Cómo procedería? Al aceptar su papel de mediador con tan jenerosa precipitacion esperaba aprovechar una de esas felices oportunidades que facilitan los arreglos i constituyen la mitad de su éxito. Además, su corazon se resistia. ¿Iba él mismo a lanzar a Faustina en los brazos de su esposo? Al pensar en esto se oprimia su corazon i le parecia que la sangre dejaba de circular por sus venas. No tenia las pretensiones de un seductor ni las esperanzas e ilusiones de un enamorado. Sabia que su amor era algo imposible, porque ni él intentaria mancharlo con un crimen ni ella faltaria jamas a sus deberes; pero no se resignaba a aceptar la separacion eterna, el olvido i la muerte. No la veria nunca si era necesario a su reposo i a su honor; pero tenia, en cambio, una aspiracion: que ella le amara siempre, que le amara desde el fondo de su alma!

Los instantes pasaban i el señor B., impaciente, insinuó de nuevo al doctor que era necesario hablar a Faustina. El pobre viejo se imaginaba divisar en alta mar la nave que conducia a Enrique, separándolo para siempre de su familia, i cada minuto que trascurria lo sentia como una eter-

nidad, como un obstáculo que malograba sus proyectos. No intentaba realizar él mismo la reconciliación, porque había fracasado tantas veces en la empresa; quería que otro, que bien podía ser mas afortunado i mas hábil, la intentara, i nadie como el doctor se hallaba en mejor situacion para alcanzar el triunfo. Pero el doctor vacilaba todavía. ¿No era inconveniente esta intrusion de un estraño en los asuntos íntimos de un matrimonio? Sin embargo, su mision era jenerosá, i visible era tambien el sacrificio que hacia en obsequio á la felicidad de Faustina. Esta idea le dió valor. Le pareció que la jóven no olvidaria jamas su abnegacion i que este acto de su vida, tal vez mas que su propio amor, lo conservaria para siempre en su recuerdo.

Fortalecido con esta esperanza se dirijió hácia la pequeña sala en que poco ántes habia tenido lugar su escena apasionada con Faustina. ¡Qué distinto papel representaba ahora! Iba grave i casi sombrío.

La jóven le observó un instante con cierta sorpresa; pero acostumbrada a su gravedad i atribuyéndola a un resto de resentimiento por lo que habia ocurrido, se tranquilizó i le recibió sonriente.

—Faustina—dijo él con espresion solemne e irónica—el señor B. se imagina que tengo la for-

tuna de ejercer un poco de influencia en usted, la influencia de los médicos que inspiran confianza a sus clientes. ¿Será esto verdad, Faustina?

—Tal vez—replicó ella un tanto desagradada u ofendida.

—I cree el señor B. que esta influencia, puesta al servicio de una causa noble, puede realizar algo mui provechoso para usted, como por ejemplo, el arreglo de sus asuntos matrimoniales, la union de usted con su marido.

—I usted, en obsequio a mi felicidad i a la suya, se ha decidido a servir de mediador... ¡Es curiosa la embajada!

—Piensa usted, Faustina, lo mismo que yo habia imaginado: que tal vez doi un paso inconveniente; pero despues de una lucha seria he vencido las resistencias de mi corazon, pensando que todo debia sacrificarlo a la dicha de usted.

—¡Gracias!

—El señor B. cree, Faustina, que la situación de usted no puede prolongarse por mas tiempo.

—I usted participa de la misma opinion i viene a manifestarme un deseo de mi padre i de usted ¿no es así?

—Exacto, Faustina.

Ella se mordió los labios i en sus ojos brilló un rayo de ira; pero dominándose al instante dijo con penosa altivez:

—No necesito juntarme con mi marido para saber resguardarme i dominar mi corazon.

—Lo sé—dijo el doctor—i por eso admiro a usted, Faustina; pero no se trata de esto: el señor B. está desesperado porque ha sabido que su yerno se ausenta de Chile para siempre, i quiere detenerlo y reconciliarlo con usted.

—Esa reconciliacion es imposible—dijo ella; i fijando en el doctor una mirada penetrante, agregó:—I ahora mas imposible que nunca.

El doctor no tenia nada que observar a esa firme i decisiva respuesta. Su mision estaba terminada. Dió á la conversacion otro rumbo, i poco despues salia de la sala para comunicar al señor B. el fracaso de su negociacion.

Mas tarde el doctor partia para Santiago. Sumido en un sillón del wagon, parecia abatido por inmensa tristeza. ¿Todo habia terminado entre él i Faustina? ¿Qué significaba la frialdad de muerte con que le dió la mano al despedirse? La tentativa de reconciliarla con su esposo ¿la habia ofendido en su amor viendo en ella una proposicion de olvido de sus sentimientos? ¡Ah! Faustina no comprendia lo jeneroso i cruel de su sacrificio i le habia tratado de una manera desdeñosa i hasta hiriente. No debia hacerse ilusiones; no era sino el médico de esa casa, i por consiguiente no volveria a ella si no se le llamaba.

I firme en esta resolucion de hombre enamorado i ofendido, apénas llegó a Santiago se lanzó de lleno al trabajo i al estudio, como para buscar en ellos el olvido de su pasion.



XV

La tenaz resistencia de Faustina para perdonar a Enrique, produjo en el ánimo del señor B. un profundo abatimiento i una sorda irritacion contra su hija, que se manifestó en una extrema frialdad en sus relaciones. El pobre anciano pasaba silencioso la mayor parte del dia, i a no detenerle el cariño de su nietecito, que en nada era culpable de lo ocurrido, hubiera regresado a Santiago en compañía del doctor.

Faustina no se esplicaba este enojo sino como un capricho de padre que se disgusta porque no se le obedece, como si se tratara de un asunto cualquiera en que el corazon i la dignidad no estuvieran interesados. ¿En obsequio de qué gran propósito se la queria sacrificar? Ella vivia bien así. Su hijo i su padre le bastaban. Ademas, esta repulsion a unirse al hombre que la habia ofendi-

do era ya algo encarnado en su naturaleza, i la insistencia en que ella se convirtiera en un objeto sumiso, de fácil arreglo, en obsequio de algun interes social, la indignaba despertando la enerjía de su altivo carácter.

Pero todas estas contrariedades, si bien molestaban a Faustina, no la hacian sufrir. Lo que la preocupaba i abstraia por completo su pensamiento, era la conducta de Guillermo y el recuerdo de los últimos sucesos. Al partir el doctor para Santiago ¿se alejaba de ella para siempre? En un día, en unas cuantas horas habia experimentado las mas violentas emociones: la dicha de sentirse amada por el hombre a quien ella amaba tambien en secreto, i el disgusto de aquella proposicion de arreglo con su marido hecha por el mismo que momentos ántes le confesaba su amor. No se sabia explicar una conducta tan contradictoria, pues si realmente la amaba ¿cómo podia conciliarse este sentimiento con el deseo de verla unida a su esposo? ¡Ah! su amor no era tan grande cuando se resignaba a perderla para siempre; era un capricho, una pasion cualquiera.

Durante muchos días Faustina vivió con el pensamiento fijo en esta idea, i como a la semana siguiente el doctor no volviera a la quinta, se apoderó de ella una inmensa tristeza, esa pena negra i profunda de los que aman sin esperanza. A ve-

ces pensaba, despues de repasar en su memoria una a una todas las palabras de Guillermo, que habia querido sacrificarle su amor. ¿No le habia dicho ella misma que era un crimen amarla i que se contentara con su amistad? Él habia aceptado, e instantes despues le daba una prueba de sumision a sus deseos tratando de unirla á su esposo. Sin duda alguna que esta conducta era noble, era jenerosa; pero esta nobleza i jenerosidad la heria en el alma, pensando que un amor verdadero no se resigna fácilmente a tan enorme sacrificio. Su egoísmo de mujer enamorada la ofuscaba de tal manera que no comprendia ni aceptaba que el doctor tuviera una moral idéntica a la suya.

Trascurrieron varias semanas sin que el doctor volviera á la quinta; Faustina estaba verdaderamente indignada de su conducta: no era caballeresca ni humana. ¿No tenia el compromiso de atender a su enfermo? Si tenia con ella algun resentimiento, debia sofocarlo i no olvidar por eso sus deberes de médico. Además, esos días habia notado que Luchito estaba mui decaído; era, pues una falta de atencion i de cariño, una verdadera crueldad abandonarle a su triste suerte. ¿Habria necesidad de buscar a otro médico? I pensaba que semejante cambio seria una desgracia, pues nadie como Guillermo conocia la enfermedad i la naturaleza del niño.

En verdad, el niño no estaba peor que ántes; pero Faustina, viéndole abandonado por el doctor, confundia su desgracia con la de su hijo, i tanto se preocupaba de su salud, que realmente llegó a creerle muy enfermo; pero el señor B., cuyas antiguas sospechas respecto a los ocultos sentimientos de su hija habian renacido en presencia de sus visibles tristezas, la tranquilizaba i aun llegaba a burlarse de sus temores.

Estrañaba tambien el señor B. la prolongada ausencia del doctor, i no sabiendo si atribuirla a enfermedad, insinuó a Faustina la idea de escribirle preguntándole por su salud. I al hacer esta indicacion, el señor B. parecia esperar en la respuesta de su hija, algo como la resolucion de un problema.

Faustina se turbó i aun palideció al escuchar estas palabras, i dijo confusa que ella no le escribiria, pues no creia que estuviera enfermo.

El señor B. no volvió á tocar semejante asunto; comprendió que existia algo de misterioso en esta ausencia del doctor i que tal vez era mejor que no viniera.

Los días trascurrían penosos, i la quinta, a pesar de encontrarse en la época de su mas exuberante vejetacion, parecia como abandonada. Reinaba en ella ese silencio triste de las casas visitadas por la desgracia o en la que ha habido

un reciente duelo. Solo el señor B. se paseaba despues de almuerzo algunos instantes por el huerto, llevando abiertos algunos diarios de Santiago, recibidos esa misma mañana, i que apénas leía, preocupado de asuntos que le interesaban mas que las noticias políticas o los sucesos locales. No se resignaba con su suerte, i aun cuando creía haber hecho en obsequio de la felicidad de su hija todo lo que su deber i su cariño de padre le aconsejaban, insistía buscando algun medio que sirviera para reconciliar a Faustina con su esposo, a fin de que la dicha i el amor volviesen a unir esa pequeña familia deshecha.

Solo Luchito obtenía ventajas positivas de esta situación desgraciada, pues era objeto de los mayores cuidados i caricias de su madre. Una inmensa ternura hacía su hijo se despertaba en el corazón de Faustina; comprendía que él también había sido abandonado i trataba de reemplazar con su amor el afecto i las atenciones que ya no le prodigaba su médico; i en esta explosión de su ternura, en esta intimidad de una desgracia común, encontraba un alivio a sus propias desventuras. A veces se consideraba feliz pensando que no debía pretender en la tierra otra dicha que este puro amor de su hijo, i algo tremendo la confirmó en su creencia.

Una noche que acababa de acostar a Luchito

en su lecho i cuando ya se retiraba despues de haber depositado en su frente el beso de la madre que desea para su hijo felices sueños, el niño la detuvo con una mirada. Ella quedó de pié aguardando que algo la dijera, i con la luz que tenia en la mano iluminaba su bello rostro sonriente.

—No te vayas—la dijo Luchito—voi a decirte una cosa; acércate.

Faustina acercó su cabeza a la del niño; pero él quedó silencioso.

—Di—murmuró Faustina.

—Nó—contestó él, volviéndose en su almohada—mañana, ahora nó.

Pero como Faustina insistiera, sacó él sus bracitos, i enlazándolos al cuello de su madre, mui apretados, le dijo al oido:

—No quiero que venga mas el doctor; no lo llares nunca.

—¿Por qué?—preguntó Faustina asustada.

—Porque cuando él viene, tú no me quieres.

—¡Qué tontito! ¿Pero de dónde sacas eso?... ¿Conque yo no te quiero?—dijo Faustina roburizada i con voz que temblaba por la emocion.

—Sí; no me quieres cuando viene el doctor.

—Pero ¿por qué dices eso?

—Porque cuando el doctor venia tú no me besabas ni me acariciabas como ahora.

—¡Ah!—dijo ella buscando en su imaginacion una excusa a sus faltas—es que si te acaricio demasiado no tomas los remedios que te deja.

El niño quedó silencioso, i Faustina, temblando a la idea de que su explicacion no le convenciera, le arregló precipitadamente la ropa del lecho, le besó en la frente, i se alejó, diciéndole con voz profundamente conmovida:

—Duerma, mi hijito, duerma tranquilo; yo lo adoro.

Se encerró en su alcoba mui ajitada. Un sentimiento, mezcla de terror i de vergüenza, la oprimia el corazon, haciéndola sentir las angustias de sus grandes faltas. Su hijo habia leido en el fondo de su alma. Su criminal pasion era tan visible que hasta el inocente niño la conocia. ¡Qué castigo tan cruel la deparaba el cielo! ¡El juez severo, el juez tremendo de sus actos, que con una mirada i una palabra podia condenarla a las mas atroces torturas, estaba ahí a su lado para siempre, era su propio hijo!

Era cierto, el mismo Luchito se lo recordaba en la mas tierna i dulce de las quejas. Durante algun tiempo habia vivido enajenada, sumida en sus extásis, sin ver lo que pasaba a su alrededor, olvidada de sus deberes i dejando en el abandono o en la indiferencia a su pequeño hijo enfermo. Era casi tan criminal como su marido. ¿Qué otras

faltas podia cometer ella? Era ahora digna de vivir a su lado.

El exceso de su propio abatimiento la hizo recobrar su dignidad. Un grito de su conciencia inocente le devolvió la calma e irguió su altiva cabeza, por la que solo habian pasado sueños inconscientes, que no manchaban su castidad i su pureza. Se encontraba fuerte, casi mas fuerte que ántes, porque habia salido victoriosa de las pruebas a que la habia sometido su corazon. No se esplicaba cómo ese cariño natural por un hombre lleno de bondades se habia convertido en una passion. Eso habia ocurrido sin su consentimiento: ahora todo estaba terminado para siempre. I al pensar así, se escapó de su pecho un suspiro que semejava al jemido causado por el dolor de una herida abierta, advirtiéndole que su amor era mas serio i grande de lo que pensaba. ¡Ah! la curacion seria larga i dolorosa.

Luchito, como persona de esperiencia i mui discreta, no volvió a pronunciar el nombre del doctor, ni a repetir sus quejas, ni a recordar incidente alguno que se relacionara con su pasado abandono. Era ahora mui feliz, pues volvía a ser el único objeto de las preocupaciones de Faustina, la cual le atendía con el cuidado que merecia un niño intelijente i observador que penetraba los sentimientos mas ocultos de su madre. Cuando

Faustina estaba al lado de su hijo i el recuerdo del doctor venia a su mente, experimentaba los terrores de una persona que puede ser descubierta en una falta; le parecia que ese recuerdo era como un sacrilejio, como algo que manchaba a su propio hijo, i trataba de ahuyentarlos de su imaginacion, de borrarlos de su memoria.

Faustina vivia ahora constantemente al lado del niño; si bordaba o dibujaba estaba él ahí, siguiendo con curiosidad las curvas del lápiz, entretenido al ver cómo aparecian sobre el blanco papel rosetones, triángulos o caladas ojivas que formaban en conjunto un gran cuello o un modelo cualquiera; pero mas le gustaba ver bordar con seda de diversos colores, porque entónces le parecia que brotaban de la tierra prados de flores vivas que jermaban con el sol.

Para Faustina estos ratos eran deliciosos i la hacian olvidar sus penas. A veces reia sorprendida ante una observacion orijinal o estraña, pero siempre exacta, i que no se le habria ocurrido a un grande. ¡Ah! cómo habia perdido ella, durante algun tiempo, estas dulzuras, estas delicadezas, estos finos i esquisitos goces que nos procuran las sorpresas de un alma que nace a la vida i ve i siente muchas cosas por la primera vez. Así, confundiendo su vida con la de Luchito, volvia a encontrar Faustina un poco de la dicha i del reposo

perdidos i cuando la asaltaban los recuerdos, buscaba contra ellos una proteccion o un refugio en el seno de su hijo, ya que todo se desvanecia ante la pura satisfaccion de sus caricias.

El señor B. tomaba parte con frecuencia en estos idilios de madre e hijo, haciendo al niño preguntas que revelaran su talento. Una noche, un hermosa noche de luna, tibia i fragante como son todas las de noviembre, la escena terminó con lágrimas. Estaban los tres en el costurero de Faustina; no habia en la habitacion mas luz que la de la luna que entraba por la ventana abierta que caia al jardin.

—¿Qué te gusta mas, Luchito—preguntó el señor B. a su nieto—el día o la noche?

— El día.

—¿Por qué?

—Porque la luz me alegra.

El señor B. pareció satisfecho; pero Faustina observó:

—En las noches de luna, como ésta, tambien hai luz.

—Yo te diré—dijo el niño con su plateado acento—el cielo me gusta mas de noche i la tierra de día.

Al señor B. le parecia todo esto encantador. Estas respuestas gráficas revelaban un talento que era necesario cultivar con esmero, i como la en-

fermedad del niño fuera una pesadilla que nublabas sus dichas, la idea de perderle pasó por su imaginación. Su cabecita pálida se destacaba de entre la blanca luz de luna que llenaba la pieza, i el señor B. creyó ver en ella algo como una mortaja que le envolvía.

Dominado por supersticioso terror, cerró inmediatamente la ventana.

—No es conveniente—dijo—este aire frío de la noche.

I paseándose ajitado por la habitación trataba de disipar los terribles presentimientos que le asaltaban. Faustina comprendió lo que pasaba en el corazón del señor B. i sus antiguos temores, un tanto desvanecidos, renacieron con espanto. Ajitada i nerviosa llevó al niño a su lecho, como arrancándole de entre los brazos de esa visión que ambos habían creído entrever.



XVI

La residencia en la quinta era cada día mas triste para el señor B. Le parecia que en el momento mas inesperado todo cuanto en la tierra le quedaba se iba a derrumbar aplastándole bajo el peso de sus desgracias. Tenia miedo de mirar a su alrededor. Sin embargo, era necesario luchar e ir de frente contra la adversidad. Si se tratara solo de él, se dejaria arrastrar por la corriente; pero era la felicidad de su hija i de su nietecito lo que peligraba.

Para el señor B. toda su dicha i la de las personas que le rodeaban consistia en la union de su hija con Enrique. Si se obtenia este gran triunfo, todo lo demas, hasta la salud del niño, vendria fácilmente. No pensaba, pues, en otra cosa que en encontrar el medio de llevar a cabo esa reconciliacion.

Cierta mañana el señor B. amaneció mui contento; parecia rejuvenecido i radiante, i lo primero que hizo, al salir de su habitacion, fué dirigirse a la de Luchito e invitarlo a dar su paseo de todos los días. Era demasiado temprano i el niño estaba soñoliento; pero el señor B. le hizo levantar i él mismo le ayudó a vestirse, i con una ajilidad nerviosa e impaciente se echó a andar con su compañero por las avenidas ya tantas veces recorridas de la villa.

La alegría del señor B. era perfectamente justificada; despues de varias noches de insomnio, pensando cómo arreglar los asuntos matrimoniales de su hija, habia encontrado el remedio seguro e infalible, i este descubrimiento, que le hacia tan feliz, era para el señor B. mas grande que todos los que la ciencia i el arte habian inventado en el presente siglo.

El procedimiento era por demas sencillo: consistia solo en hacer sentir a Luchito el deseo de esta reconciliacion; que él la exigiera de su madre con esa infantil i suave dulzura de los niños ante la que se desploman las voluntades mas tenaces. ¿Podria resistir Faustina a las súplicas perseverantes de su hijo? No era creíble; él, en semejante situacion, cederia en el acto. I el señor B. meditaba la manera mas oportuna i acertada de realizar su propósito; sin precipitacion, tomando

todas las precauciones convenientes a fin de evitar un nuevo fracaso.

Fatigado por la rápida marcha que distraído habia hecho, se sentó a descansar sobre el tronco de un árbol derribado, que los leñadores parecian haber abandonado a los transeuntes.

—Hai aquí una hermosa vista—dijo el señor B., dirijiendo sus miradas al abierto i amplio panorama que le circundaba —¿te gusta este sitio, Luchito?

—Sí—dijo el niño indiferente—pero mas me agradan los sauces que están en el otro camino, junto al rancho de la viejecita enferma, porque por ahí pasa esa grande acequia con el agua tan clara.

—Nos volveremos por ahí para que veas correr el agua.

En ese instante se dejó oír la ruidosa i cansada respiracion de un tren que pasaba.

—¿Va para Santiago?—preguntó el niño.

—Viene.

Un fuerte silbido i un ruido de cadenas que se chocaban anunció que el tren se habia detenido en la estacion.

—¿Te agradaria ir a Santiago?

—Oh, sí—dijo el niño con entusiasmo—no me gusta esta ciudad. ¿I a ti?

—Tampoco.

—Entonces ¿por qué no nos vamos?

—Si tu mamá quiere... dijo el señor B. con finjida indiferencia. Esta noche, cuando te lleve a acostar, puedes decirle: "Mamá, yo quiero ir contigo a Santiago; yo me muero aquí, yo quiero ver a mi papá." Ruégale i llora, si es necesario, hasta que consigas que se vaya; pero todo esto ha de ser como que sale de ti. Veamos ¿cómo le vas a decir?

El niño, entusiasmado con la esperanza de ver a su padre i tal vez con el papel que iba a representar, repitió mui bien la lección.

El señor B., satisfecho i mui confiado en el éxito de su obra, echó a andar de regreso a la quinta.

—Nos vamos por el camino de los sauces—dijo el niño—voi a despedirme de la viejecita.

Iban mui alegres como si les sonriera una gran fortuna inesperada; el niño creíase ya en Santiago i el señor B. veía a su hija reconciliada con su esposo, olvidada del pasado i dichosa como lo era hacia tres años.

Cuando el niño divisó la pajiza vivienda de la paralítica echó a correr con velocidad; el señor B., contento al verle tan alegre, le siguió con la vista. De improviso el pobre viejo dió un grito i echó a correr a su vez.

Luchito, al pasar corriendo la angosta i movi-

ble puente que enfrentaba a la puerta del rancho, habia caído a la acequia.

El señor B., pesado i viejo, llegó jadeante al sitio del accidente. La hermana de la paralítica que habia oído el ruido del cuerpo al caer en el agua i los gritos del niño, corrió tambien precipitadamente i se dirigió sin vacilar al sitio en que el borde de la acequia desaparecia, pudiéndose penetrar a ella mui fácilmente. Ahí llegó el niño andando i arrastrado por el agua, i la mujer le tomó en sus brazos i le salvó.

Todo no habia pasado de un gran susto, pues no existia el menor peligro. La acequia, por fortuna, no arrastraba un gran caudal ese día; pero el señor B., casi aterrado, temia las consecuencias de lo ocurrido a ese niño enfermizo, a quien el mas leve accidente postraba en cama. El traje del niño estaba empapado i no habia con qué reemplazarle, i ni un carruaje para conducirle a la quinta, que estaba a ocho cuadradas de distancia. Sin vacilar, el señor B. desnudó al niño, le secó como pudo, le envolvió en los pañuelos de las dos mujeres i en la gruesa frazada del lecho i le condujo en brazos hasta su casa, sin querer confiar a nadie por el camino esa carga adorada, ese tesoro que valia mil veces mas que su propia vida.

Llegó a la quinta temeroso, presintiendo la escena que tendria lugar cuando Faustina viese a

su hijo en semejante estado; felizmente estaba en la iglesia, i el señor B. aprovechó su ausencia para vestir al niño i hacerle beber unos cuantos traguitos de coñac. Luchito, ya repuesto del susto, reía nerviosamente, i su alegría efímera tranquilizaba al abuelo que le creía a salvo de una recaída. ¿Contarian a Faustina la aventura? Tal vez convenia ocultársela por el momento, hasta que pasara todo peligro, evitándole de esta manera las impresiones i temores de todo un día. Así se hizo, i ya todo parecía salvado, cuando en la mesa, a la hora del almuerzo Faustina notó el nuevo traje que vestia Luchito. ¿Que significaba ese cambio? El niño dejó que contestara su abuelo, i éste, sorprendido ante lo inesperado de la pregunta, esplicó el hecho diciendo que iba a pasear a Santiago con el niño.

Luchito aplaudió entusiasmado la respuesta.

—¡Sí, a Santiago, a Santiago!—esclamó palmeando.

—Pero ¿por qué te alegras tanto?—dijo Faustina.—¿No lo sabias?

I atrayendo hacia sí la cabeza del niño le besó en la frente, diciéndole:

—¡Me abandonas i estás contento!

Pero luego, muy sorprendida, exclamó:

—Has bebido coñac. ¿Por qué?

Luchito volvió a mirar a su abuelo.

—Yo le dí un poco—respondió el pobre viejo algo turbado—tenia frío.

—¡Frío! en este tiempo i en este día de ardiente sol!

I Faustina fijó en su hijo una de esas miradas de madre en que revelaba su eterna alarma.

—¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

—Sí—dijo el niño palideciendo—me duele la cabeza.

I una convulsion violenta le ajitó un instante.

—Este niño se ha resfriado; tiene fiebre—dijo Faustina, posando su mano en la frente del enfermo.

Fué necesario referirle lo ocurrido; entónces Faustina alarmada, presintiendo algo mui grave, le llevó inmediatamente a su lecho, le hizo fricciones con alcohol i le dió de beber una taza de flores sudoríficas, tilos i violetas.

El señor B. insinuó la idea de llamar por telégrafo un médico a Santiago; pero el niño se incorporó en el lecho diciendo con enerjía que no quería médicos.

Faustina, mui ruborizada, pues comprendió la causa de esa resistencia, le tranquilizó asegurándole que no se llamaría a ningun doctor, pues confiaba que Dios le sanaría con los remedios que acababa de suministrarle.

Durante algunas horas el enfermo estuvo tran-

quilo; pero al venir la noche, la fiebre, que parecia vencida, fué aumentando por grados, i una ajitacion nerviosa esterna alarmó profundamente a Faustina i al señor B. Erá indispensable llamar médicos; pero cuando esto se decidió ya era tarde i la oficina telegráfica estaba cerrada. Se pensó enviar a Santiago un sirviente en un carruaje de posta, pero ¿vendria algun médico a esas horas? Solo uno, pero a ese jamas le llamaria.

Así, llenos de vacilaciones i dominados por esa esperanza fatal que solo nos abandona en presencia del cadáver, la madre i el abuelo pasaron toda la noche velando junto al lecho del pequeño enfermo, suministrándole remedios que calmaran su fiebre. Esperaban la venida del día para conducirle a Santiago en el primer tren que pasara. Era necesario llevarle al centro de todos los recursos fáciles i rápidos.

Al amanecer todo estaba preparado; un carruaje trasformado en cómodo lecho para conducirle a la estacion, i blandos almohadones de plumillas i de pelusas de seda para instalarle en un carro especial. El enfermo, profundamente abatido, fué colocado sucesivamente en uno i otro lecho como un cuerpo inerte. Su fiebre habia acrecentado i principiaba el delirio. Cada palabra que el niño decia en medio de su sueño febril desgarraba el corazon de Faustina, pues eran quejas doloridas

i espresiones de un sentimiento oculto que solo manifestaba en su delirio. ¿Qué habia hecho él para que se le separara de su padre? En Santiago no se habria caido a la acequia i por consiguiente no se habria muerto.

—¡Ah, se cree muerto ya!—dijo Faustina, levantando al cielo sus brazos. I su corazon, que hasta entónces habia resistido sereno, estalló en sollozos.

Así, lleno de angustias, fué todo el viaje hasta llegar a Santiago.

La instalacion en la casa, despues de una ausencia tan larga, ofrecia a cada momento una dificultad; i aun cuando Faustina habia traído consigo toda la servidumbre, a cada instante una necesidad cualquiera la distraia de su dolor i la alejaba del lecho del enfermo.

Enrique no estaba en la casa; como no almorzaba ni comia en ella, todas las mañanas salia i solo regresaba a las altas horas de la noche. El señor B. quiso hacerle buscar en el club, pero Faustina no lo consintió.

—¡Todavía, aun en este momento resistes a una reconciliacion!—le dijo el señor B. con la espresion de severo reproche.

—En este instante es cuando necesito de mas tranquilidad: su presencia haria renacer en mí nuevos pesares. ¡Que venga cuando ya todo esté concluido!

—Lo que dices es espantoso—esclamó desesperado el señor B.

Faustina no contestó.

Ambos se dirijieron al salon contiguo, donde esperaban dos médicos que habian sido llamados.

Uno de ellos parecia extranjero. Era de regular estatura, rubio i de fisonomía encendida. Usaba anteojos. Era uno de los médicos chilenos mas ilustres, tan respetado i querido por su ciencia como por su filantropía. Los niños le adoraban porque una bondad i una ternura infinitas parecia desprenderse de sus palabras i de todo su sér. Se llamaba el doctor Allende Padin. Su compañero era mas jóven, alto, moreno i de fisonomía inteligente.

—Una gran desgracia, doctor—dijo Faustina, dirijiéndose a Allende Padin—mi hijito se muere i solo usted, solo ustedes—agregó mirando al otro doctor—pueden salvarle.

En ese instante se dejó oír un jemido tan lastimero que Faustina se estremeció. Allende Padin puso atento oído i cuando el lamento se hubo apagado dijo a su colega:

—Es una meninjitis tuberculosis.

—Así parece.

I todos pasaron a la pieza del enfermo.

Apénas vieron los doctores la espresion angustiosa del rostro del niño confirmaron el diagnós-

tico: era, en efecto, una meninjitis tuberculosis, enfermedad rápida, que en pocas horas se desarrolla i termina, sobre todo cuando encuentra condiciones tan favorables como la naturaleza debilitada del pobre Luchito.

Miéntras los doctores hacian su exámen profesional, al parecer por pura fórmula, pues la cuestion estaba resuelta para ellos desde el primer momento, la madre i el abuelo fijaban en los facultativos miradas llenas de angustiosa ansiedad procurando descubrir en alguna leve muestra de emocion la terrible verdad que tal vez se les iba a ocultar.

Debieron descubrirla en algun jesto doloroso o compasivo, en el silencio helado como la muerte que reinó un instante, en el respeto casi solemne con que hablaron a la madre i que parecia decir: "Señora, sois mui desgraciada; aprontaos para sufrir". Así lo comprendió Faustina i así tambien lo comprendió el señor B. i ambos salieron de la pieza del enfermo, acompañando a los doctores, con esa espresion muda, con esa especie de petrificacion de todo nuestro sér, que causan las grandes e inexorables desgracias.

¡Ah! Todo estaba perdido! ¿No habria alguna fuerza misteriosa, algun remedio desconocido que se escapaba a la ciencia, o que los doctores no recordaban en ese instante, capaz de salvar al

niño? I el pensamiento de Faustina voló hácia Dios, pensando que solo Él podia conservarle a su hijo. Oró con el alma llena de ternura i de fe. Un tanto aliviado su corazon con la plegaria que habia elevado al cielo, recobró su serenidad, su invencible fuerza; i como quien responde a una voz secreta, murmuró estas palabras:

—¡Hágase tu voluntad!

Las horas de ese día trascurrieron lentas i dolorosas, i en medio de la angustia que oprimia el corazon del señor B., vivia siempre imperioso su propósito de reconciliar a su hija con Enrique. Tal vez la inmensa desgracia que les amenazaba iba a servir a ese objeto. El dolor, que predispone a la ternura, arrojaria al uno entre los brazos del otro. I el señor B. esperaba este final; pero Enrique no aparecia. Decidióse, al fin, a hacerle buscar, contrariando las órdenes de Faustina, e inmediatamente se presentó la oportunidad de realizar su deseo.

Un amigo de Enrique que habia visto estacionados frente a la casa los cupés de algunos doctores i notado en el interior de ella esa agitacion que producen las catástrofes violentas, entró a informarse de lo que ocurría. El señor B. le recibió como a un enviado providencial, satisfizo su curiosidad o interes, i en seguida le rogó comunicara Enrique lo que ocurría, pues habiendo

llegado esa misma mañana ignoraba todavía la enfermedad de su hijo.

El amigo buscó a Enrique con ese anhelo del que tiene una noticia importante, buena o mala, que comunicar; pero no le encontró en ninguno de los conocidos sitios en que con frecuencia se presentaba.

—¿Para qué le necesitas?—le preguntaban.

Pero él, deseoso de conocer la impresión que la noticia iba a producirle, no reveló a nadie el objeto de sus trajines. Solo a las once de la noche le encontró jugando *baccarat* en el club, i despues de saludarle, le llamó discretamente fuera de la sala. Enrique continuó jugando, pues, como desgraciado en amor que era, habia ganado alguna suma i no le parecia decoroso abandonar su asiento; pero lo hizo precipitadamente al leer estas líneas escritas con lápiz que le envió su amigo: "Ven; noticias graves".

—¿Qué ocurre?—preguntó Enrique asustado.

—¿Sabes que tu mujer ha llegado?

—En verdad, lo ignoraba; pues no he vuelto a casa desde la mañana de hoi.

—Así lo presumia.

—¿I bien?

—Esta tarde pasé por ahí i me llamó la atención ver estacionados frente a la puerta de calle

los cupés de algunos doctores. Probablemente ha llegado enferma, o es el señor B.

—¡O mi hijo!...

—Tal vez.

—¿Nada mas sabes?

—Nada mas...

Enrique salió precipitadamente del club i subió a uno de los carruajes que siempre esperan frente a su fachada, i en pocos minutos estuvo en su casa. Al ver la puerta de calle junta, un presentimiento horrible le heló la sangre; atravesó casi corriendo el patio apenas alumbrado i se encontró en la sala con el señor B. i otras personas, todos silenciosos, dominados todavia por el dolor i el espanto de una muerte casi súbita.

Al ver a Enrique, el señor B. se dirigió hácia él i tomándole dulcemente de los hombros, le dijo con espresion benévola i triste:

—¡Llegas tarde, hijo mio!

Él prorrumpió en sollozos.

—¡Mi hijo! mi hijo!—gritó con la espresion de un dolor tan profundo que desgarró todos los corazones.

I corrió a la pieza del niño. El señor B. i algunas de las personas de su mas íntima amistad le siguieron en silencio, comprendiendo que en ese instante era inútil toda palabra i todo consuelo.

Hacia una hora que Luchito habia muerto, i reposaba todavia en su blanco lecho de ángel i de mártir, conservando en su rostro enflaquecido los rastros bien marcados de sus sufrimientos. El día ántes de la víspera de su muerte, habia cumplido ocho años i ya algunas arrugas surcaban su frente.

Enrique se precipitó como un loco sobre el cadáver de su hijo. Faustina, que todavia le contemplaba llorando en silencio, se hizo a un lado del lecho para dar paso a su marido.

—¡Oh mi Luchito adorado, oh mi desgraciado hijito!—gritaba abrazando el cadáver i cubriéndolo de besos, como si quisiera darle vida con su aliento.

Todos los jemidos, todos los alaridos de los grandes dolores se escapaban del pecho de Enrique desesperados i coléricos. ¡Ah! que inmensa injusticia!... ya no veria nunca a su hijo... a lo que mas amaba en la vida... ¿Qué iba a ser de él? ¿Qué lazo, que afecto le ligaria a la tierra?... ¡Él tambien queria morir!... ¡Sí, que le sepultaran con su hijo en la misma tumba!...

I como si todavia dudara de que fuera cierto lo que veia, estremecia al pequeño muerto con mas angustia que si se estremeciera su propio cadáver.

Todos lloraban; solo Faustina, de pie, contemplaba la escena, fría e inmóvil como una estatua de mármol.

—¡Oh! la miserable—esclamó Enrique cubriéndola con una mirada de mortal odio—ha querido vengarse i me arroja sobre el corazon el cadáver de mi hijo!

Todos, ménos Faustina, se imaginaban que Enrique habia perdido la razon.

—Es Dios que te castiga—dijo ella—i no quieres creerlo.

—¿Por qué? ¿Qué le he hecho? ¿Qué crimen he cometido?...

Esa escena de recriminaciones parecia un sacrilejio junto al cadáver de un ángel.

El señor B., lleno de majestad, i con su hermoso rostro ennoblecido por el dolor, se acercó a Enrique, i le dijo con solemne dulzura:

—No hai aquí ningun culpable, hijo mio; i si existe no está al alcance de nuestra censura. Resígnate, querido Enrique; tu dolor es noble i mui natural; pero no es mas grande que el que sienten la madre i el abuelo.

Enrique, sollozando siempre, inclinó la cabeza mas tranquilo i resignado.

—Salgamos de aquí—dijo el señor B.—tomando a Enrique del brazo con infinita ternura—necesitas de calma, como que el golpe, por lo inesperado, ha sido para ti mas tremendo.

El señor B. condujo a Enrique a sus habitaciones i permaneció a su lado silencioso i atento,

como si cuidara de un enfermo. De cuando en cuando pronunciaba afectuoso una de esas frases de consuelo i de esperanza que engrandecen nuestro espíritu i nos dan fuerzas para soportar resignados i serenos las mas grandes desgracias. Sin duda que Enrique sentia los benéficos efectos de esa palabra amiga i bondadosa, pues sus sollozos eran mas tardíos i un abatimiento casi inerte reemplazaba a la desesperacion violenta i colérica de los primeros momentos. Al fin sus lágrimas llegaron a correr silenciosas i pudo interrogar al señor B. sobre la enfermedad de su hijo. Quería conocerlo todo en sus mas mínimos detalles.

El desgraciado abuelo refirió a Enrique, sin ocultar nada, ni siquiera sus deseos i proyectos de unir el roto matrimonio de sus hijos, la triste historia de los últimos días, i cuando hubo terminado su narracion, era él i no Enrique quien necesitaba de consuelos, pues el pobre viejo lloraba con esa angustia del que siente rodar sus últimas lágrimas sobre sus últimas ilusiones.

La noche se deslizó entre sollozos, i ya las primeras luces de la mañana penetraban a la pieza de Enrique haciendo inútil el gas. Algunas personas que les acompañaban principiaron a retirarse, recomendando a Enrique i al señor B. el reposo, i mas que todo, la resignacion. Todos habían pasado por esos trances dolorosos de la vida,

perdiendo a sus hijos, a sus padres o a sus esposas, i al fin se habian resignado ante esa fuerza inexorable i tremenda, igual para todos, que a nadie respeta, ni a los poderosos, ni a los débiles.

—¡Ah! cada uno se cree el único en su dolor!—decia una señora viuda que habia perdido tambien a sus hijos—i en este instante cuántos no sufrirán el mismo golpe i llorarán al lado de otros queridos muertos! Así es la vida; i bien mirada, los que se van son los dichosos... ¿Para qué este empeño por retenerlos? ¿Tenemos muchas felicidades que ofrecerles? ¡Ah! lo hacemos por puro egoísmo, por evitarnos el dolor que nos causa su separacion; pero están mejor allá... i la prueba es que nadie querria volver para andar el mismo camino.

Enrique parecia mas tranquilo; tal vez principiaba a estar de acuerdo con el fondo de esta filosofía natural i humana. Él, con tantas condiciones para ser feliz ¿lo habia sido alguna vez? Lo dudaba. Indudablemente, su hijo tampoco lo habria sido. No tenia ni salud. Estaba condenado desde la cuna...

Sin sentirlo penetraban en el alma de Enrique los primeros razonamientos de la resignacion.

—No tenemos sino un camino que seguir—dijo el señor B.—para ser en la tierra lo menos desgraciados...

—¿Cuál?—preguntó Enrique con dulzura, i como dispuesto a andarlo.

—Ser buenos i no hacer sufrir a nadie.

Reinó un largo silencio, que Enrique interrumpió espresando el desco de ver a su hijo; queria darle el último beso.

—Sí—dijo la abnegada señora que les acompañaba—pero prométeme que tambien abrazarás a Faustina. ¡Ella te ama i es tan buena! Que la desgracia que lloramos traiga en compensacion este gran bien. Estoy cierta de que Luchito se estremecerá de alegría al ver que sus padres se aman...

El señor B. miró a Enrique con espresion casi suplicante. Un rayo de esperanza penetraba en su sombrío corazon.

—¡Vamos!—dijo Enrique con resolucion.

Cuando penetraron en la pieza de Luchito todos se estremecieron ante la escena dolorosa que se presentó a sus ojos: Faustina, sentada sobre el pavimento i apoyada en algunos almohadones tenia en sus faldas el cadáver de su hijo i le acariciaba como si estuviera vivo, pasaba sus dedos por entre las madejas de sus rubios cabellos i se inclinaba a besarle en los labios, en los ojos i en la frente. Toda la noche la habia pasado así, velándolo entre sus brazos, abrigándolo con el calor de su seno. Cuando vió a su marido, a su padre i a su amiga levantó el rostro pálido i demacrado

i sonrió tristemente. El señor B. se arrodilló junto a su hija, con mas respeto i mas fe que si lo hiciera frente a un altar, i besó el rostro de su nietecito.

Enrique permaneció de pié, mudo e impasible.

Parecia que Faustina era un obstáculo para que él se acercara a su hijo. Ella tampoco le dirigió una sola mirada.

El señor B. se alzó con mucha dificultad. Su corazon estaba despedazado ante este nuevo i último fracaso de sus esperanzas.

—¡Ah! - murmuró con espantosa amargura— ¡todo está concluido para siempre! Hai en ellos un resentimiento invencible.

I salió de la habitacion seguido de Enrique i apoyado en el brazo de su buena amiga, que le decia:

—¡Es que ya no se aman!... Hai que saber conservar el cariño... El amor que se estingue es como el fuego que se convierte en cenizas: nada ni nadie es capaz de reanimarlo.

.....

A la mañana siguiente, cuando el señor B. regresó del cementerio, Faustina, echándole los brazos al cuello, le dijo:

—Solo tú me quedas en la vida; me voi contigo.

—Soi yo el que se viene a tu lado—dijo el se-

ñor B. haciendo esfuerzos para que las lágrimas no brotaran de sus ojos.—¿No me recibirán en esta casa? Creedme, hija mia, todavía puedes ser feliz. Muchas mujeres son madres, a tu edad, por primera vez; puedes tener nuevos hijos que hagan revivir en su imájen al que has perdido... Toma la vida con todas sus nobles amarguras i con todas sus nobles dichas, i te aseguro que las últimas no serán escasas.

—Para esa nueva vida seria necesario que lo amara como en otro tiempo... Nó, nó—repitió como aterrada—todo ha concluido para mí.

El señor B. guardó silencio, pensando que no era ese el momento de insistir.

Ademas tenia fija en su mente una idea que le tranquilizaba i abria su corazon a una nueva esperanza. Se alejó de su hija murmurando pensativo:

—Sí; ese será el momento oportuno... en el instante de mi muerte... Ni ella ni Enrique resistirán a los ruegos del que les abandona para siempre. Se arrodillarán junto a mi lecho i les bendeciré. Será como la celebracion de un nuevo matrimonio. Esperemos...

FIN

